JOAN DIDION

El año del pensamiento mágico

Unas memorias conmovedoras sobre la enfermedad y la muerte a través de la experiencia personal de la periodista y escritora Joan Didion. Este libro memorable ha cautivado a millones de lectores en todo el mundo. En él, la escritora Joan Didion, una de las autoras norteamericanas más reputadas de finales del siglo XX, narra con una fascinante distancia emocional la muerte repentina de su marido, el también escritor John Gregory Dunne. Este libro tan breve como intenso es, por consiguiente, una reflexión sobre el duelo y la crónica de una supervivencia.

El año del pensamiento mágico obtuvo el National Book Award en 2005.

Joan Didion

El año del pensamiento mágico

ePub r1.0
Titivillus 23.04.18

Título original: *The Year of Magical Thinking*
Joan Didion, 2005
Traducción: Javier Calvo Perales

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Proyecto Scriptorium

epublibre

5º Aniversario

Más libros, más libres

Edición conmemorativa

Este libro es para John y para Quintana

1

La vida cambia deprisa.
La vida cambia en un instante.
Te sientas a cenar y la vida que conocías se acaba.
La cuestión de la autocompasión.

Estas son las primeras palabras que escribí después de que pasara. El archivo de Microsoft Word («Notas sobre el cambio.doc») lleva la fecha «20 de mayo de 2004, 23.11», pero debe de ser porque abrí el archivo y pulsé «guardar» automáticamente al cerrarlo. En mayo yo no introduje ningún cambio en aquel archivo. Llevaba sin cambiar nada desde el momento en que había escrito aquellas primeras palabras, en enero de 2004, un día, dos o tres después de que pasara.

Estuve mucho tiempo sin escribir nada más.

La vida cambia en un instante.
El instante normal.

En algún momento, a fin de recordar lo que más me había impresionado del suceso, me planteé añadir esas palabras: «el instante normal». Enseguida vi que no hacía falta añadir la palabra «normal», puesto que era imposible olvidarlo: la palabra no se me iba nunca de la cabeza. De hecho, era la naturaleza normal de todo lo que había precedido al suceso lo que me impedía creer de verdad que había sucedido, absorberlo, incorporarlo, dejarlo atrás. Ahora me doy cuenta de que esto no tiene nada de raro: cuando tenemos delante un desastre repentino, siempre nos fijamos en lo anodinas

que eran las circunstancias en las que ha tenido lugar lo impensable, en el cielo azul claro del que ha caído el avión, en el recado rutinario que ha terminado con el coche en llamas en el arcén, en los columpios donde los niños estaban jugando como de costumbre cuando la serpiente de cascabel atacó desde la hiedra. «Estaba volviendo a casa del trabajo, feliz, triunfador y sano, y de repente ya no existía», leí en el testimonio de una enfermera psiquiátrica cuyo marido se mató en accidente de carretera. En 1966 me dediqué a entrevistar a mucha gente que había estado viviendo en Honolulú la mañana del 7 de diciembre de 1941. Toda aquella gente sin excepción iniciaba sus testimonios del ataque a Pearl Harbor diciéndome que había sucedido «una mañana de domingo completamente normal». «Era un día precioso de septiembre, normal y corriente», sigue diciendo la gente cuando les pides que te describan la mañana en Nueva York en que el vuelo 11 de American Airlines y el 175 de United Airlines fueron estrellados contra las torres del World Trade Center. Hasta el informe de la Comisión del 11-S se abría con esta nota narrativa insistentemente premonitoria y sin embargo todavía demudada de asombro: «El martes, 11 de septiembre de 2001, amaneció templado y casi sin nubes en el este de Estados Unidos».

«Y de repente… ya no existía». En mitad de la vida estamos en la muerte, dicen los episcopalianos junto a la tumba. Más tarde me di cuenta de que durante aquellas primeras semanas le debí de repetir los detalles de lo sucedido a todo el mundo que vino a casa, a todos los amigos y parientes que trajeron comida, prepararon bebidas y pusieron platos en la mesa del comedor para toda la gente que se presentaba a comer o a cenar, a todos aquellos que recogieron los platos y congelaron las sobras y pusieron en marcha el lavavajillas y llenaron nuestra casa (todavía no conseguía pensar en ella como *mi* casa) por lo demás vacía, aun después de que yo me fuera al dormitorio (nuestro dormitorio, sobre cuyo sofá seguía habiendo un albornoz de toalla de la talla XL comprado en la década de 1970 en el Richard Carroll de Beverly Hills) y cerrara la puerta. Aquellos

momentos en que me vencía abruptamente el agotamiento son lo que recuerdo mejor de los primeros días y semanas. No recuerdo haberle contado a nadie los detalles, pero debí de hacerlo, porque todo el mundo parecía conocerlos. En un momento dado me planteé la posibilidad de que se hubieran contado los detalles de la historia entre ellos, pero la rechacé de inmediato: la historia que conocían era en todos los casos demasiado precisa para haber corrido de boca en boca. Venía de mí.

Otra razón de que yo supiera que la historia venía de mí era que ninguna de las versiones que yo había oído incluía los detalles que yo todavía no podía afrontar, como, por ejemplo, la sangre en el suelo de la sala de estar, que se quedó allí hasta que José llegó por la mañana y la limpió.

José. Que formaba parte de nuestro hogar. Que se suponía que tenía que volar a Las Vegas aquel mismo día, el 31 de diciembre, pero al final se quedó sin ir. Aquella mañana José estuvo llorando mientras limpiaba la sangre. Cuando le conté lo que había pasado, al principio no me entendió. Estaba claro que yo no era la narradora ideal de aquella historia, mi versión tenía algo que resultaba al mismo tiempo demasiado brusco y demasiado elíptico, mi tono tenía algo que no conseguía comunicar el dato central de la situación (una incapacidad que me volví a encontrar más tarde, cuando se lo tuve que contar a Quintana), pero cuando José vio la sangre, sí que lo entendió.

Yo había recogido las jeringas abandonadas y los electrodos del electrocardiógrafo antes de que él llegara por la mañana, pero con la sangre no había podido.

A grandes rasgos.

Ahora, cuando me pongo a escribir esto, es el 4 de octubre de 2004 por la tarde.

Hace nueve meses y cinco días, sobre las nueve en punto de la noche del 30 de diciembre de 2003, mi marido, John Gregory

Dunne, pareció experimentar (o experimentó), sentado a la mesa donde los dos nos disponíamos a cenar en la sala de estar de nuestro apartamento de Nueva York, un infarto masivo y repentino que le causó la muerte. Nuestra única hija, Quintana, llevaba cinco noches inconsciente en una unidad de cuidados intensivos de la División Singer del Centro Médico Beth Israel, un hospital que había por entonces en la avenida East End (cerró en agosto de 2004), conocido más habitualmente como «el Beth Israel Norte» o «el antiguo Doctors' Hospital», donde lo que había parecido un simple caso de gripe estacional lo bastante grave como para hacerla ir a urgencias el día de Navidad por la mañana se había agravado espectacularmente hasta convertirse en neumonía y choque séptico. Este es mi intento de asimilar el período que vino a continuación: las semanas y después los meses que se llevaron por delante cualquier idea fija que yo pudiera tener de la muerte, de la enfermedad, de la probabilidad y de la suerte, tanto buena como mala; del matrimonio, los hijos y los recuerdos; del dolor y las formas en que la gente afronta y no afronta el hecho de que la vida se termina; de lo superficial que es la cordura, de la vida en sí misma. Llevo toda la vida siendo escritora. Y en calidad de escritora, ya de niña, mucho antes de que empezaran a publicarme lo que escribía, desarrollé la sensación de que el significado en sí residía en los ritmos de las palabras, las oraciones y los párrafos, técnicas para ocultar lo que fuera que yo pensaba o creía detrás de una pátina cada vez más impenetrable. Mi forma de escribir es mi forma de ser, o la forma en que he acabado siendo, y sin embargo en el presente caso me gustaría tener, en vez de las palabras y sus ritmos, una sala de montaje equipada con una Avid, un sistema de edición digital que me permitiera pulsar una tecla y desmontar la secuencia temporal, mostrarles a ustedes todos los fotogramas de la memoria que me vienen ahora a la cabeza, dejar que sean ustedes quienes elijan las tomas, las expresiones ligeramente distintas, las lecturas variantes de las mismas líneas. En este caso las palabras no me bastan para

encontrar los significados. En este caso necesito que lo que yo pienso y creo sea penetrable, al menos para mí misma.

2

30 de diciembre de 2003, martes.

Habíamos visitado a Quintana en la UCI de la sexta planta del Beth Israel Norte.

Habíamos vuelto a casa.

Habíamos hablado de si cenábamos fuera o nos quedábamos en casa.

Yo dije que encendería la chimenea y cenaríamos en casa.

Encendí la chimenea, me puse a hacer la cena y le pregunté a John si quería una copa.

Le serví un *whisky* y se lo llevé a la sala de estar, al sillón junto a la chimenea donde solía sentarse y donde ahora estaba leyendo.

El libro que John estaba leyendo era de David Fromkin, unas galeradas encuadernadas de *Europe's Last Summer: Who Started the Great War in 1914?*

Terminé de hacer la cena y puse la mesa en la sala de estar, donde, si estábamos los dos solos, podíamos cenar ante la chimenea. Me encuentro a mí misma haciendo hincapié en la chimenea porque las chimeneas eran importantes para nosotros. Yo había crecido en California, John y yo habíamos vivido veinticuatro años juntos allí, y en California calentábamos las casas encendiendo la chimenea. Encendíamos la chimenea hasta en las noches de verano, cuando caía la niebla. Las chimeneas encendidas indicaban que estábamos en casa, que habíamos completado el ciclo, que nos habíamos cobijado para pasar la noche. Encendí las velas. John pidió

una segunda copa antes de sentarse. Yo se la di. Estaba concentrada en mezclar la ensalada.

John estaba hablando y de pronto se calló.

En un momento dado de los segundos previos o del minuto previo a callarse me había preguntado si el segundo *whisky* que le había servido era puro de malta. Yo le dije que no, que le había puesto el mismo *whisky* que la primera vez.

—Bien —me dijo él—. No sé por qué, pero creo que no deberías mezclarlos.

En otro momento de aquellos segundos previos o de aquel minuto previo, John me había estado contando por qué la Primera Guerra Mundial era el acontecimiento crucial del que fluía todo el resto del siglo XX.

Solo recuerdo que levanté la vista. John tenía la mano izquierda levantada y estaba encorvado e inmóvil. Al principio pensé que me estaba gastando una broma poco afortunada, intentando hacerme más llevadera aquella jornada tan difícil.

Recuerdo que le dije: «No hagas eso».

Como no me contestó, lo primero que me vino a la cabeza fue que tal vez había empezado a comer y se había atragantado. Recuerdo que intenté levantarlo y separarlo lo bastante del respaldo de la silla como para hacerle la maniobra de Heimlich. Recuerdo lo mucho que pesaba cuando se desplomó hacia delante, primero sobre la mesa y luego al suelo. Al lado del teléfono de la cocina yo tenía pegada con cinta adhesiva una tarjeta con los números del servicio de ambulancias del New York-Presbyterian. No es que los tuviera allí pegados en previsión de un momento así. Los tenía pegados junto al teléfono por si algún vecino del edificio necesitaba una ambulancia.

Otra persona.

Llamé a uno de los números. Un operador me preguntó si John estaba respirando. Yo le dije: «Vengan ya». Cuando llegaron los paramédicos intenté contarles lo que había pasado, pero antes de que pudiera terminar ellos ya habían transformado la parte del salón

donde John estaba tirado en una sala de urgencias. Uno de ellos (eran tres, tal vez cuatro, al cabo de una hora ya no estaba segura) se puso a hablar con el hospital sobre el electrocardiograma que ya parecían estar transmitiendo. Otro estaba preparando la primera o la segunda jeringa de las muchas inyecciones que le acabarían poniendo. (¿Epinefrina? ¿Lidocaína? ¿Procainamida? Me vienen nombres a la cabeza pero no tengo ni idea de dónde han salido). Recuerdo que les dije que tal vez se hubiera asfixiado. Me lo refutaron con un simple gesto del dedo: el conducto respiratorio no estaba obstruido. Ahora parecían estar usando palas desfibriladoras con el objeto de restaurar el ritmo cardíaco. Obtuvieron algo que tal vez fuera un ritmo cardíaco normal (o eso pensé yo: estábamos todos en silencio y se produjo un salto brusco), a continuación lo perdieron y volvieron a empezar.

—Sigue en fibrilación —recuerdo que dijo el que hablaba por teléfono.

—En fibrilación-V —me aclararía el cardiólogo de John cuando me llamó a la mañana siguiente desde Nantucket—. Debieron de decir «fibrilación-V». V quiere decir «ventricular».

Tal vez dijeran «fibrilación-V» y tal vez no. La fibrilación auricular no causa paro cardíaco de forma inmediata ni necesaria. La ventricular sí. Tal vez la ventricular se daba por sobreentendida.

Recuerdo que intenté esclarecer mentalmente lo que iba a pasar a continuación. Como en el salón estaba el personal de la ambulancia, el siguiente paso lógico sería ir al hospital. Se me ocurrió que el personal médico podía decidir salir para el hospital de un momento a otro y que yo no estaría lista. Que no tendría a mano lo que necesitaba llevar. Que les representaría una pérdida de tiempo y me dejarían allí. Encontré mi bolso, unas llaves y un resumen que el médico de John había hecho de su historial clínico. Cuando volví a la sala de estar, los paramédicos estaban mirando el monitor que habían colocado en el suelo. Yo no podía ver el monitor, así que miré las caras de ellos. Me acuerdo de que uno echó un vistazo a los demás. Cuando decidieron que había que trasladarlo,

todo sucedió muy deprisa. Yo los seguí al ascensor y les pregunté si podía acompañarlos. Ellos dijeron que iban a bajar primero la camilla y que yo podía ir en la segunda ambulancia. Uno de ellos esperó conmigo a que volviera a subir el ascensor. Para cuando él y yo entramos en la segunda ambulancia, la primera ya estaba saliendo de la parte delantera del edificio. La distancia de nuestro edificio a la parte del New York-Presbyterian que antes era el New York Hospital es de seis manzanas transversales. No recuerdo ninguna sirena. No recuerdo que hubiera tráfico. Cuando nosotros llegamos a la entrada de urgencias del hospital, la camilla ya estaba desapareciendo en el interior del edificio. Había un hombre esperando en la zona de acceso para coches. No se veía a nadie más que no llevara uniforme hospitalario. Aquel hombre era el único.

—¿Es la esposa? —le preguntó al conductor, y a continuación se dirigió a mí—: Soy su asistente social —me dijo, y supongo que fue entonces cuando lo supe.

«Abrí la puerta, vi a aquel soldado con uniforme de gala y lo supe. Lo supe inmediatamente». Esto decía la madre de un chico de diecinueve años muerto por una bomba en Kirkuk en un documental de la HBO que citaba Bob Herbert en la edición matinal del *New York Times* del 12 de noviembre de 2004. «Pero pensé que, si yo no le dejaba entrar, él no me lo podría comunicar. Y de esa forma no habría sucedido, nada de todo aquello habría sucedido. Y el soldado no paraba de decirme: "Señora, tengo que entrar". Y yo no paraba de decirle: "Lo siento, pero no puede entrar usted"».

Cuando leí esto un día a la hora del desayuno, casi once meses después de la noche de la ambulancia y el asistente social, reconocí aquella forma de pensar como la mía.

Una vez dentro de urgencias, vi que metían la camilla en un cubículo, empujada por más gente con uniforme hospitalario. Alguien me dijo que esperara en la zona de recepción. Obedecí. Había una cola para hacer el papeleo de ingreso. Esperar en la cola

parecía la opción más constructiva. Esperar en la cola indicaba que todavía había tiempo para manejar todo aquello; yo tenía copias de las tarjetas sanitarias en el bolso, yo nunca había hecho trámites en aquel hospital —el New York Hospital era la parte asignada a Cornell del New York-Presbyterian, mientras que la parte que yo conocía era la parte asignada a Columbia, el Columbia-Presbyterian, situado en la Ciento sesenta y ocho con Broadway, a veinte minutos de distancia como mínimo, demasiado lejos en el caso de una urgencia como la nuestra—, pero podía sacarle rendimiento a aquel hospital desconocido, podía hacer algo útil, podía organizar el traslado al Columbia-Presbyterian en cuanto John estuviera estable. Estaba concentrada en los detalles de aquel traslado inminente al Columbia (le iba a hacer falta una cama con telemetría; después yo podía intentar que trasladaran también a Quintana al Columbia; la noche en que la habían ingresado en el Beth Israel Norte yo había apuntado en una tarjeta los números de busca de varios médicos del Columbia, y alguno de ellos podría conseguirnos aquel traslado) cuando el asistente social volvió a aparecer y me sacó de la cola del papeleo para llevarme a una sala vacía que había junto a la zona de recepción.

—Puede usted esperar aquí —me dijo.

Esperé. Hacía frío en aquella sala, o tal vez lo tenía yo. Me pregunté cuánto tiempo habría pasado entre el momento de llamar a la ambulancia y la llegada de los paramédicos. A mí me parecía que no había pasado ni un momento («una mota en el ojo de Dios» fue la expresión que se me ocurrió en aquella sala contigua a la recepción), pero debieron de ser como mínimo varios minutos.

Durante una temporada yo había tenido en un tablón de anuncios de mi despacho, por razones relacionadas con cierto episodio de la trama de una película que estaba escribiendo, una tarjeta pautada de color rosa en la que había escrito a máquina una frase del *Manual de Merck* que explicaba cuánto tiempo puede pasar el cerebro humano privado de oxígeno. La imagen de aquella tarjeta pautada de color rosa me vino ahora a la cabeza, en la sala contigua

a la recepción: «La anoxia en el tejido durante más de 4-6 minutos puede provocar daños cerebrales irreversibles o muerte cerebral». Yo me estaba diciendo a mí misma que debía de estar recordando mal la frase cuando reapareció el asistente social. Lo acompañaba otro hombre, al que me presentó como «el médico de su marido». Hubo un silencio.

—Ha muerto, ¿verdad? —me oí decir al médico.

El médico miró al asistente social.

—Adelante —le dijo el asistente social—. Es una mujer muy fuerte.

Me llevaron al cubículo cerrado con cortinas donde John yacía, ya solo. Me preguntaron si quería a un sacerdote. Dije que sí. Apareció un sacerdote y dijo las palabras. Yo le di las gracias. Ellos me dieron el clip plateado en el que John guardaba su carnet de conducir y sus tarjetas de crédito. Me dieron el dinero que habían encontrado en sus bolsillos. Me dieron su reloj de pulsera. Me dieron su teléfono móvil. Me dieron una bolsa de plástico en la que me dijeron que encontraría su ropa. Yo les di las gracias. El asistente social me preguntó si podía hacer algo más por mí. Yo le dije que me podía meter en un taxi. Él lo hizo. Yo le di las gracias.

—¿Tiene usted dinero para el trayecto? —me preguntó.

Yo, la mujer fuerte, le dije que sí. Cuando entré en el apartamento y vi la chaqueta y la bufanda de John tiradas en la misma silla donde las había dejado al volver de visitar a Quintana en el Beth Israel Norte (la bufanda de cachemir roja y el anorak impermeable que había sido la chaqueta oficial de rodaje de *Íntimo y personal*), me pregunté qué se le permitiría hacer a una mujer nada fuerte. ¿Venirse abajo? ¿Necesitar sedación? ¿Gritar?

Recuerdo que pensé que necesitaba hablar de aquello con John.

No había nada de lo que yo no hablara con John.

Como los dos éramos escritores y los dos trabajábamos en casa, nuestras jornadas enteras estaban pobladas por la voz del otro.

Yo no siempre pensaba que él tuviera razón y él tampoco pensaba siempre que la tuviera yo, pero los dos éramos la persona en que el otro confiaba. No había separación alguna entre nuestros intereses ni afanes en ninguna situación. Mucha gente daba por sentado que, puesto que a veces uno de los dos recibía una crítica más positiva o un adelanto más cuantioso, debíamos de «competir» entre nosotros de alguna forma, que nuestra vida privada debía de ser un campo minado de envidias profesionales y resentimientos. Esto distaba tanto de ser verdad que el hecho de que la gente insistiera en ello sugería ciertas lagunas en la visión general que había del matrimonio.

Aquella era otra de las cosas de las que solíamos hablar.

Lo que recuerdo del apartamento la noche en que volví sola a casa del New York Hospital es su silencio.

En la bolsa de plástico que me habían dado en el hospital había unos pantalones de pana, una camisa de lana, un cinturón y creo que nada más. Alguien, supuse que alguno de los paramédicos, había rajado las perneras de los pantalones de pana. En la camisa había sangre. El cinturón era trenzado. Me acuerdo de que enchufé su teléfono móvil al cargador que tenía en su escritorio. Recuerdo que metí su clip plateado en la caja del dormitorio donde guardábamos los pasaportes, los certificados de nacimiento y las certificaciones de haber servido de jurado. Ahora miro el clip y veo que llevaba encima las siguientes tarjetas: un carnet de conducir del estado de Nueva York, pendiente de renovación el 25 de mayo de 2004; una tarjeta de débito del Chase; una tarjeta American Express, una MasterCard del Wells Fargo; un carnet del museo Metropolitan; un carnet de la sección Oeste del Writers Guild of America (era la temporada previa a la votación de la Academia, durante la cual se podía usar el carnet de la WGA Oeste para ver películas gratis, John debía de haber ido al cine, no me acuerdo); un carnet del Medicare y una tarjeta impresa por Medtronic con la inscripción «Llevo implantado un marcapasos Kappa 900 SR», el número de serie del aparato, un número para llamar al médico que

lo había implantado y la anotación: «Fecha del implante: 03 Jun 2003». Me acuerdo de que junté el dinero en metálico que él había llevado en los bolsillos con el que yo llevaba en el bolso, alisando los billetes con la mano, y que tuve especial cuidado en intercalar los de veinte con los de veinte, los de diez con los de diez, y los de cinco y uno con los de cinco y uno. Recuerdo que al hacerlo pensé que así John vería que yo me estaba encargando de todo.

Cuando lo vi en el cubículo cerrado con cortinas de la zona de urgencias del New York Hospital, John tenía uno de los incisivos mellado, supongo que de la caída, porque también tenía hematomas en la cara. Cuando identifiqué su cadáver al día siguiente en el tanatorio Frank E. Campbell ya no se le veían los hematomas. Se me ocurrió que enmascarar los moretones debía de ser a lo que se refería el empleado de pompas fúnebres cuando le dije que no quería que lo embalsamasen y él me contestó: «En ese caso solo lo limpiaremos». El encuentro con el empleado de pompas fúnebres me sigue resultando muy remoto. Yo había llegado al Frank E. Campbell tan decidida a evitar cualquier reacción inapropiada (lágrimas, rabia, risas incontroladas ante aquel silencio digno de Oz) que ahora estaba reprimiendo toda reacción posible. Después de que mi madre muriera, el empleado de la funeraria que vino a recoger su cuerpo había dejado en su lugar sobre la cama una rosa artificial. Me lo había contado mi hermano, ofendido hasta la médula. Yo quería estar blindada contra las rosas artificiales. Recuerdo que tomé una decisión rápida y enérgica sobre el ataúd. Recuerdo que en el despacho donde firmé los documentos había un reloj de pie que no funcionaba. El sobrino de John, Tony Dunne, que era quien me acompañaba, le mencionó al hombre de la funeraria que el reloj no funcionaba. El hombre, como si le complaciera elucidar un elemento decorativo, nos explicó que el reloj llevaba años sin funcionar, pero que lo conservaban como una «especie de memorial» a una encarnación anterior de la empresa. Daba la

impresión de que nos estaba presentando aquel reloj a modo de lección. Yo me concentré en Quintana. Fui capaz de no escuchar lo que estaba diciendo el hombre de la funeraria, pero mientras me concentraba en Quintana no fui capaz de impedir que me vinieran a la cabeza estos versos: «A cinco brazas yace tu padre. / Lo que eran sus ojos ahora son perlas».

Ocho meses más tarde, le pregunté al encargado de nuestro edificio de apartamentos si todavía conservaba el registro de la portería correspondiente a la noche del 30 de diciembre. Yo sabía que existía un registro: durante tres años había sido presidenta del consejo del edificio, y el registro de la portería era intrínseco al protocolo del edificio. Según el registro, los porteros aquella noche habían sido Michael Flynn y Vasile Ionescu. Yo no me acordaba de aquello. Vasile Ionescu y John tenían un pasatiempo al que se entregaban para divertirse en el ascensor, un jueguecito, entre un exiliado de la Rumanía de Ceaucescu y un católico irlandés de West Hartford, Connecticut, basado en su apreciación común del postureo político. «¿Y dónde anda Bin Laden?», decía Vasile cuando John se subía al ascensor, y el juego consistía en ver quién hacía la sugerencia más improbable: «¿Es posible que Bin Laden esté en el ático?», «¿En el dúplex?», «¿En el gimnasio?». Cuando vi su nombre en el registro, se me ocurrió que no me acordaba de si Vasile había iniciado aquel juego al llegar nosotros del Beth Israel Norte sobre la hora de la cena del 30 de diciembre. En el registro de aquella noche solo había dos anotaciones, menos que de costumbre, incluso para ser una época del año en que la mayoría de los ocupantes del edificio emigraban a climas más benignos:

NOTA: A las 21.20 han llegado unos paramédicos para atender al señor Dunne. Se han llevado al señor Dunne al hospital a las 22.05.

NOTA: Bombilla fundida en el ascensor de pasajeros A-B.

El ascensor A-B era el nuestro, el ascensor en que los paramédicos habían subido a las 21.20 y en el que a las 22.05 se habían llevado a John (y a mí) a las ambulancias que esperaban abajo, el ascensor en el que yo había vuelto sola a nuestro apartamento a una hora no registrada. Yo no me había fijado en que había una bombilla fundida en el ascensor. Tampoco había sido consciente de que los paramédicos habían pasado cuarenta y cinco minutos en el apartamento. Siempre le había dicho a todo el mundo que habían sido «quince o veinte minutos». «Si estuvieron tanto tiempo, ¿eso quiere decir que John estaba vivo?», le pregunté a un médico al que conocía. «A veces trabajan mucho rato, sí», me dijo él. Pasó un tiempo antes de que me diera cuenta de que aquello no contestaba en absoluto a mi pregunta.

El certificado de defunción, cuando me llegó, indicaba que la hora de la defunción había sido las 22.18 del 30 de diciembre de 2003.

Antes de marcharme del hospital me preguntaron si autorizaría la autopsia. Yo les dije que sí. Más tarde leí que, en los hospitales, preguntarle a un pariente si autoriza una autopsia se considera una cuestión delicada y peliaguda, a menudo el más difícil de los pasos rutinarios que siguen a una muerte. Los mismos médicos, de acuerdo con muchos estudios (por ejemplo «The Intern's Dilemma: The Request for Autopsy Consent» [«El dilema del interno: pedir consentimiento para la autopsia»], de J. L. Katz y R. Gardner, publicado en la revista *Psychiatry in Medicine* n.º 3, pp. 197-203, 1972), experimentan una ansiedad considerable cuando tienen que plantear la petición. Saben que la autopsia es esencial para el aprendizaje y la enseñanza de la medicina, pero también son conscientes de que el procedimiento apela a un temor primitivo. No sé si la persona del New York Hospital que me pidió que autorizara la autopsia experimentó aquella ansiedad, pero yo se la podría haber ahorrado: yo quería autopsia. Yo quería autopsia a pesar de que había presenciado algunas mientras estaba haciendo investigación.

Sabía exactamente lo que ocurre en ellas, sabía que te abren el pecho como si fueras un pollo en el escaparate de una carnicería, que te desprenden la cara y te pesan los órganos en una balanza. Yo había visto a detectives de homicidios apartar la mirada cuando estaban practicando una autopsia ante ellos. Aun así, la quería. Necesitaba saber cómo, por qué y cuándo había sucedido. De hecho, quería estar presente mientras la hacían (yo había presenciado otras autopsias con John, así que le debía el estar en la suya, se me había metido entre ceja y ceja que si fuera yo la que estaba en la mesa, él estaría presente), pero no confiaba en ser capaz de explicar mis razones de forma racional, de modo que no lo pedí.

Si la ambulancia salió de nuestro edificio a las 22.05 y la muerte se produjo oficialmente a las 22.18, los trece minutos transcurridos entre una cosa y otra no fueron más que contabilidad, burocracia y asegurarse de que se respetaran los procedimientos hospitalarios, se cumplimentara el papeleo y hubiera la persona apropiada a mano para liquidar el asunto e informar a la mujer fuerte.

Lo de liquidar el asunto, según me enteré más tarde, se denominaba «dictaminar», como, por ejemplo, «Dictamen: 22.18».

Pero yo tenía que creer que había estado muerto desde el principio.

Porque si no creía que llevaba muerto desde el principio, la conclusión era que debería haber podido salvarlo.

Hasta que vi el informe de la autopsia, seguí pensándolo de todas maneras, un perfecto ejemplo de autoengaño en su modalidad omnipotente.

Un par de semanas antes de su muerte, mientras estábamos cenando en un restaurante, John me pidió que le apuntara una cosa en mi cuaderno. Él siempre llevaba tarjetas para tomar notas, unos tarjetones de ocho por quince con su nombre impreso que le cabían en el bolsillo interior. Mientras cenaba se le ocurrió una cosa de la que no quería olvidarse, pero cuando se buscó en los bolsillos no encontró ninguna tarjeta. Necesito que me apuntes una cosa, me dijo. Me aclaró que era para su nuevo libro, no para el mío, una

distinción en la que hizo hincapié porque por entonces yo estaba documentándome para escribir un libro relacionado con el deporte. Esta es la nota que me dictó: «Los entrenadores solían salir después del partido y decir: "Habéis jugado de maravilla". Ahora salen con la policía estatal, como si estuvieran en una guerra y ellos fueran el ejército. Es la militarización del deporte». Cuando yo le di la nota al día siguiente, él me dijo: «Puedes usarla tú si quieres».

¿Qué quiso decir con aquello?

¿Acaso sabía que no iba a escribir aquel libro?

¿Acaso tuvo una premonición, sintió una sombra? ¿Por qué se olvidó de llevarse las tarjetas a la cena aquella noche? ¿Acaso él no me había avisado, un día en que yo me había olvidado mi cuaderno, de que la capacidad de apuntar algo cuando se te ocurría era lo que marcaba la diferencia entre ser capaz y no ser capaz de escribir? ¿Acaso algo le estaba diciendo aquella noche que se le acababa el tiempo de ser capaz de escribir?

Un verano, cuando vivíamos en Brentwood Park, incurrimos en el hábito de parar de trabajar a las cuatro de la tarde para ir a pasar un rato en la piscina. A él le gustaba leer de pie en el agua (aquel verano se releyó varias veces *La decisión de Sophie*, intentando ver cómo funcionaba) mientras yo trabajaba en el jardín. Era un jardín pequeño, en miniatura, con senderos de grava, una pérgola de rosas y lechos de flores bordeados de tomillo, santolina y matricaria. Yo había convencido a John unos años antes para que desplantáramos una parcela de hierba y plantáramos aquel jardín. Para mi sorpresa, dado que él nunca había mostrado interés alguno por la jardinería, empezó a tratar el resultado como si fuera un don místico. Cuando faltaba poco para las cinco, en aquellas tardes de verano, nadábamos un rato y nos íbamos a la biblioteca envueltos en toallas para ver *Tenko*, una serie de la BBC que por entonces se emitía en los canales de redifusión, sobre unas mujeres inglesas satisfactoriamente predecibles (una era inmadura y egoísta y otra parecía estar inspirada en la señora Miniver) encerradas en un campo de prisioneros japonés de Malasia durante la Segunda Guerra

Mundial. Después de ver el episodio de cada tarde de *Tenko*, subíamos al piso de arriba para trabajar un par de horas más, John en su despacho de lo alto de las escaleras y yo en el porche acristalado que había al otro lado del pasillo y que se había convertido en mi oficina. A las siete o siete y media salíamos a cenar, muchas noches al Morton's. Aquel verano el Morton's nos parecía perfecto. Siempre tenían quesadillas de gambas y pollo con alubias negras. El local era frío, elegante y oscuro por dentro, pero se veía el crepúsculo por las ventanas.

Por aquella época a John no le gustaba conducir de noche. Esa era una de las razones, según me enteré más tarde, de que quisiera pasar más tiempo en Nueva York, un deseo que por entonces a mí me resultaba un misterio. Una noche de aquel verano me pidió que condujera yo de vuelta a casa después de cenar en la residencia que Anthea Sylbert tenía en Camino Palmero, Hollywood. Anthea vivía a menos de una manzana de una casa de la avenida Franklin donde nosotros habíamos vivido entre 1967 y 1971, de manera que no existía el problema de orientarse en un vecindario desconocido. Mientras arrancaba el motor, se me ocurrió que podía contar con los dedos el número de veces que yo había conducido estando John en el coche. La única otra vez que me vino a la cabeza aquella noche había sido un día en que lo sustituí al volante para que descansara durante un trayecto en coche de Las Vegas a Los Ángeles. Él llevaba un rato quedándose dormido en el asiento del pasajero del Corvette que teníamos por entonces. De pronto abrió los ojos. Y al cabo de un momento dijo, con mucha cautela:

—Yo iría un poco más despacio.

Yo no tenía la sensación de ir a una velocidad inusual, así que miré el velocímetro: estaba yendo a doscientos por hora.

Aun así.

Un trayecto a través del desierto de Mojave era una cosa. Pero no había sucedido nunca que él me pidiera que lo llevara a casa después de una cena en la ciudad: aquella noche de Camino Palmero no tenía precedentes. Ni tampoco los tenía el hecho de que,

al final del trayecto de cuarenta y cinco minutos hasta Brentwood Park, él declarara que yo había «conducido bien».

Durante el año previo a su muerte, John mencionó varias veces aquellas tardes de piscina, jardín y *Tenko*.

Philippe Ariès, en *El hombre ante la muerte*, señala que la característica esencial de la muerte tal como aparece en el *Cantar de Roldán* es que, por mucho que sea repentina o accidental, la muerte siempre «nos avisa con antelación de su llegada». A Gawain le preguntan: «Oh, buen señor, ¿creéis acaso que tan pronto moriréis?». Y Gawain contesta: «Yo os digo que no viviré dos días». Ariès señala: «Ni el médico ni sus amigos ni los sacerdotes (estos últimos ausentes y olvidados) saben tanto del asunto como él. Solo el hombre que agoniza sabe cuánto tiempo le queda».

Te sientas a cenar.

—Puedes usarla tú si quieres —me dijo John cuando le di la nota que él me había dictado hacía una semana o dos.

Y ya no estás.

El dolor por la muerte de un ser querido, cuando llega, no es en absoluto como esperamos que sea. No fue lo que sentí al morir mis padres: mi padre murió cuando le quedaban pocos días para cumplir ochenta y cinco años, y mi madre a falta de un mes para los noventa y uno, los dos después de varios años de ir perdiendo salud. Lo que yo sentí en ambos casos fue tristeza, soledad (esa soledad del hijo abandonado a la edad que sea), pesar por el tiempo pasado, por las cosas nunca dichas, por mi incapacidad para compartir o incluso para admitir de ninguna forma real, al final, el dolor, la impotencia y la humillación física que los dos experimentaron. Yo entendí que las muertes de ambos eran inevitables. Llevaba mi vida entera esperando aquellas muertes (temiéndolas, teniéndoles terror, imaginándomelas). Cuando por fin tuvieron lugar, se quedaron a cierta distancia, separadas de la cotidianidad de mi vida. Tras la muerte de mi madre recibí una carta de un amigo de Chicago, un

antiguo sacerdote de la sociedad Maryknoll, que intuía con exactitud lo que yo estaba sintiendo. La muerte de un progenitor, me escribió, «a pesar de lo preparados que estemos y ciertamente a pesar de la edad que tengamos, descoloca las cosas que tenemos muy adentro, desencadena unas reacciones que nos sorprenden y que pueden liberar recuerdos y sensaciones que creíamos olvidados largo tiempo atrás. Durante ese período indeterminado que denominamos duelo, es como si estuviéramos en un submarino, en silencio sobre el lecho oceánico, sintiendo las cargas de profundidad, a veces cercanas y a veces lejanas, que nos azotan con recuerdos».

Mi padre había muerto y mi madre también, y durante una temporada yo iba a tener que andarme con cuidado con las minas, pero aun así me levantaría por las mañanas y mandaría la ropa sucia a lavar.

Seguiría planeando el menú del almuerzo de Pascua.

Seguiría acordándome de renovarme el pasaporte.

El dolor por la muerte de un ser querido es otra cosa. Carece de distancia. Viene en forma de oleadas, de paroxismos, de premoniciones repentinas que debilitan las rodillas, ciegan los ojos y cancelan la normalidad de la vida. Prácticamente todo el mundo que ha experimentado el dolor por la muerte de un ser querido menciona este fenómeno de las «oleadas». Eric Lindemann, que fue jefe de psiquiatría en el Massachusetts General Hospital en la década de 1940 y entrevistó a muchos familiares de víctimas mortales del incendio de Cocoanut Grove en 1942, definió el fenómeno con una concreción absoluta en un famoso estudio de 1944: «sensaciones de angustia somática que se presentan en forma de oleadas de entre veinte minutos y una hora cada una, la sensación de tener un nudo en la garganta, dificultad para respirar, necesidad de suspirar y una sensación de vacío en el abdomen, falta de potencia muscular y una intensa angustia subjetiva que se describe como tensión o dolor mental».

Un nudo en la garganta.

Ahogo y necesidad de suspirar.

En mi caso, aquellas oleadas llegaron por la mañana del 31 de diciembre de 2003, siete u ocho horas después del hecho, cuando me desperté sola en el apartamento. No recuerdo haber llorado la noche antes; en pleno episodio yo había entrado en una especie de *shock*, durante el cual lo único que me permitía pensar a mí misma era que tenía que hacer una serie de cosas. Había tenido que hacer cosas mientras el personal de la ambulancia estaba en mi salón. Por ejemplo, había tenido que encontrar la copia del resumen del historial médico de John para poder llevármela al hospital. Por ejemplo, había tenido que echar carbón al fuego de la chimenea para bajar la llama, porque tenía que marcharme. También en el hospital había tenido que hacer cosas. Por ejemplo, me había tenido que poner en la cola. Por ejemplo, me había tenido que concentrar en la cama con telemetría que le iba a hacer falta a John para su traslado al Columbia-Presbyterian.

A mi regreso del hospital nuevamente había tenido cosas que hacer. No era capaz de identificar todas aquellas cosas, pero había una que sí sabía: antes que nada, tenía que comunicarle lo sucedido al hermano de John, Nick. Me dio la impresión de que ya se había hecho tarde para llamar a su hermano mayor, Dick, a Cape Cod (se acostaba temprano, llevaba un tiempo mal de salud y no quería despertarlo con la mala noticia), pero a Nick sí que se lo tenía que decir. No planeé cómo hacerlo. Me limité a sentarme en la cama, descolgué el teléfono y marqué el número de su casa de Connecticut. Él contestó. Yo se lo dije. Después de colgar el teléfono, y rigiéndome por lo que únicamente puedo describir como un nuevo patrón neurológico de marcar números y pronunciar las palabras, volví a descolgar. No podía llamar a Quintana (seguía en el mismo sitio donde la habíamos dejado hacía unas horas, inconsciente en la UCI del Beth Israel Norte) pero sí que podía llamar a Gerry, su marido desde hacía cinco meses, y también podía llamar a mi hermano, Jim, que estaría en su casa de Pebble Beach. Gerry me dijo que vendría a verme. Yo le dije que no hacía falta que viniera, que yo estaría bien. Jim me dijo que cogería un avión. Yo le dije que

no hacía falta plantearse coger aviones, que ya hablaríamos por la mañana. Estaba intentando averiguar qué hacer a continuación cuando sonó el teléfono. Era la agente de John y mía, Lynn Nesbit, amiga nuestra desde finales de los sesenta, si no me equivoco. Por entonces no me quedó claro cómo se había enterado, pero se había enterado (tenía algo que ver con un amigo en común con el que tanto Nick como Lynn parecían haber hablado durante el último minuto) y me estaba llamando desde un taxi de camino a nuestro apartamento. En cierto sentido me sentí aliviada (Lynn sabía gestionar las cosas, Lynn sabría qué tenía que hacer yo), pero en otro me quedé perpleja: ¿cómo podía lidiar yo en aquellos momentos con el hecho de tener compañía? ¿Qué íbamos a hacer? ¿Nos íbamos a quedar sentadas en el salón con las jeringuillas, los electrodos del electrocardiógrafo y la sangre todavía en el suelo? ¿Tenía yo que reavivar lo que quedara del fuego de la chimenea? ¿Íbamos a tomar una copa? ¿Habría cenado ella ya?

¿Había cenado yo?

En el momento mismo en que me pregunté a mí misma si había cenado tuve mi primer vislumbre de lo que se avecinaba: si pensaba en comida, descubrí aquella noche, me entraban ganas de vomitar.

Llegó Lynn.

Nos sentamos en la parte del salón donde no había sangre ni electrodos ni jeringuillas.

Recuerdo que mientras hablaba con Lynn pensé (esta era la parte que yo no podía decir) que la sangre debía de venir de la caída: se había caído de cara, de ahí el diente mellado que yo le había visto en urgencias del hospital, y el diente le debía de haber hecho un corte dentro de la boca.

Lynn descolgó el teléfono y dijo que iba a llamar a Christopher.

Aquel fue otro momento de perplejidad: el Christopher al que yo conocía más era Christopher Dickey, pero estaba o bien en París o en Dubái, y en cualquier caso Lynn lo habría llamado Chris, no Christopher. Me sorprendí a mí misma pensando en la autopsia. Era posible que la estuvieran practicando mientras yo estaba allí

sentada. Luego me di cuenta de que el Christopher al que Lynn se estaba refiriendo era Christopher Lehmann-Haupt, el principal redactor de necrológicas del *New York Times*. Recuerdo una sensación de *shock*. Me entraron ganas de decir «Todavía no», pero se me había secado la boca. Yo era capaz de hacerme a la idea de la «autopsia», pero la noción de «necrológica» no me había pasado por la cabeza. «Necrológica», a diferencia de «autopsia», que era algo que quedaba entre John y yo y el hospital, implicaba que la cosa ya había sucedido. Me sorprendí a mí misma preguntándome, sin experimentar sensación alguna de falta de lógica, si la cosa también había sucedido en Los Ángeles. Me puse a intentar calcular qué hora era cuando se había muerto y si ya era esa hora en Los Ángeles. (¿Había tiempo de volver atrás? ¿Podíamos tener un final distinto en el horario del Pacífico?). Recuerdo que se adueñó de mí una necesidad imperiosa de no permitir que nadie del *Los Angeles Times* se enterara de lo sucedido leyéndolo en el *New York Times*. Llamé al amigo más íntimo que teníamos en el *Los Angeles Times*, Tim Rutten. No recuerdo qué más hicimos Lynn y yo entonces. Recuerdo que ella dijo que debería quedarse a pasar la noche, pero yo le dije que no, que estaría bien sola.

Y lo estuve.

Hasta la mañana. Cuando, antes de despertarme del todo, intenté acordarme de por qué estaba sola en la cama. Experimenté una sensación plomiza. La misma sensación plomiza con que me despertaba las mañanas después de que John y yo nos peleáramos. ¿Acaso nos habíamos peleado? ¿Por qué, cómo había empezado, y cómo podíamos arreglarlo si yo ni siquiera me acordaba de cómo había empezado?

Y entonces me acordé.

Durante varias semanas fue así como me despertaba por las mañanas.

Siento al despertar el telón de la noche, no el día.

Uno de los varios versos de poemas distintos de Gerard Manley Hopkins que John engarzó durante los meses inmediatamente posteriores al suicidio de su hermano pequeño, a modo de rosario improvisado.

Oh, la mente, montañas tiene la mente; riscos otoñales
temibles, abruptos y no hollados por el hombre. Poco valor les conceden
quienes nunca los han descendido.
Siento al despertar el telón de la noche, no el día.
Y he pedido estar
en un lugar sin tormentas.

Ahora me doy cuenta de que mi insistencia en pasar aquella primera noche sola era más complicada de lo que parecía, un instinto primitivo. Por supuesto que yo sabía que John había muerto. Por supuesto que yo ya le había comunicado la noticia definitiva a su hermano, y al mío, y al marido de Quintana. Lo sabía el *New York Times* y lo sabía el *Los Angeles Times*. Y sin embargo, yo no estaba preparada para aceptar que la noticia fuera definitiva: a cierto nivel seguía creyendo que lo sucedido todavía era reversible. Por eso necesitaba estar sola.

Después de aquella primera noche, me pasé semanas enteras sin estar sola (Jim y su mujer, Gloria, vinieron en avión desde California al día siguiente, Nick volvió a la ciudad, Tony y su mujer Rosemary vinieron desde Connecticut, José no se fue a Las Vegas, nuestra asistente Sharon volvió de sus vacaciones en la nieve, siempre habría gente en casa), pero aquella noche sí que necesitaba estarlo.

Necesitaba estar sola para que él pudiera volver.

Aquel fue el principio de mi año de pensamiento mágico.

3

De hecho, se ha escrito mucho sobre la capacidad que tiene el dolor por la pérdida de un ser querido de trastornar la mente. El acto de llorar a un ser querido, nos dijo Freud en su ensayo de 1917 «Duelo y melancolía», «implica graves desviaciones de la actitud vital normal». Y sin embargo, señaló, ese dolor sigue siendo único entre los trastornos: «Nunca se nos ocurre considerarlo un estado patológico ni remitirlo a tratamiento médico». Lo que hacemos es confiar en «superarlo después de un lapso determinado de tiempo». Consideramos que «cualquier interferencia con él es inútil y hasta perjudicial». En su texto de 1940 «El duelo y su relación con los estados maníaco-depresivos», Melanie Klein hizo una valoración similar: «La persona que experimenta el duelo está de hecho enferma, pero como su estado mental es tan común y nos resulta tan natural, al duelo no lo denominamos enfermedad. […] Para expresar con mayor exactitud mi conclusión: debo decir que durante el duelo el sujeto atraviesa un estado maníaco-depresivo modificado y transitorio y lo supera».

Fíjense en el hincapié en el hecho de que «lo supera».

Ya estaba muy avanzado el verano, meses después de la noche en que yo había necesitado estar sola para que él volviera, cuando por fin reconocí que a lo largo del invierno y la primavera se habían dado momentos en los que yo había sido incapaz de pensar racionalmente. Yo había estado pensando igual que los niños, como si mis pensamientos o deseos tuvieran el poder de darle la vuelta a la narración y cambiar los resultados. En mi caso, había sido un

trastorno clandestino del pensamiento, no creo que nadie más lo hubiera percibido, hasta a mí misma me lo había ocultado. Sin embargo, visto con la distancia que daba el tiempo, también había sido un trastorno tan urgente como constante. Visto con la distancia que daba el tiempo, había habido señales, advertencias que yo tendría que haber percibido. Por ejemplo, el asunto de las necrológicas. Yo era incapaz de leerlas. Esto se prolongó desde el 31 de diciembre, que fue cuando se publicaron las primeras, hasta el 29 de febrero, la noche de la ceremonia de los Oscar de 2004, cuando vi una fotografía de John en el montaje anual «In Memoriam» que hacía la Academia. Cuando vi aquella fotografía me di cuenta por vez primera de por qué las necrológicas me habían trastornado tanto.

Porque yo había permitido que otra gente creyera que él había muerto.

Había permitido que lo enterraran vivo.

Otra de aquellas señales: había llegado un punto (finales de febrero, principios de marzo, después de que Quintana saliera del hospital pero antes de que se recuperara lo bastante como para celebrarse el funeral) en que se me ocurrió que tenía que deshacerme de la ropa de John. Mucha gente me había mencionado que necesitaba deshacerme de su ropa, habitualmente ofreciéndome su ayuda bienintencionada aunque (tal como resultó) desafortunada. De momento yo me había resistido a hacerlo. No tenía ni idea de por qué. Si hasta me acordaba de que, tras la muerte de mi padre, yo había ayudado a mi madre a separar su ropa en montones para Goodwill y montones «mejores» para la tienda de beneficencia en la que trabajaba como voluntaria mi cuñada Gloria. Al morir mi madre, Gloria, yo, Quintana y las hijas de Gloria y Jim habíamos hecho lo mismo con la ropa de ella. Era algo rutinario cuando se moría alguien, formaba parte del ritual, era una especie de deber.

Empecé. Vacié una estantería donde John y yo teníamos amontonadas sudaderas, camisetas y la ropa que él llevaba cuando íbamos a pasear a primera hora de la mañana por Central Park. Solíamos hacerlo todas las mañanas. No siempre juntos, porque nos

gustaban rutas distintas, pero teníamos en mente la ruta del otro y volvíamos a cruzarnos antes de salir del parque. La ropa de aquella estantería me resultaba tan familiar como si fuera mía. Cerré mi mente a aquello. Aparté ciertas cosas (una sudadera descolorida con la que yo lo recordaba en particular, una camiseta del Canyon Ranch que Quintana le había traído de Arizona), pero la mayoría de lo que había en aquella estantería lo metí en bolsas y luego me llevé las bolsas a la iglesia episcopaliana de Saint James, que estaba al otro lado de la calle. Envalentonada, abrí un armario y llené más bolsas: zapatillas de deporte New Balance, zapatos para todo tiempo, pantalones cortos de Brooks Brothers y bolsa tras bolsa de calcetines. Nuevamente llevé las bolsas a Saint James. Un día, al cabo de unas semanas, cogí más bolsas y me fui al despacho de John, que era donde él guardaba su ropa. Todavía no estaba preparada para enfrentarme a los trajes, camisas y chaquetas, pero sí pensé que podía encargarme de los zapatos que quedaban, lo cual era un principio.

Me detuve en la puerta de la habitación.

No pude dar el resto de sus zapatos.

Me quedé allí un momento plantada y entonces me di cuenta de por qué: si John quería volver, le iban a hacer falta zapatos.

El ser consciente de esta idea no la erradicó en absoluto.

Todavía no he intentado averiguar (por ejemplo, deshaciéndome de los zapatos) si la idea ha perdido su poder.

Ahora que lo pienso, veo la autopsia en sí como el primer ejemplo de aquella clase de pensamiento. Dejando de lado todo lo demás que yo hubiera tenido en mente al autorizar de forma tan decidida una autopsia, también había cierto nivel de trastorno que me llevaba a pensar que una autopsia podría revelar que en realidad el problema era muy simple. Que no era más que un bloqueo transitorio o una arritmia. Que solo hacía falta realizar algún ajuste de poca importancia, un cambio de medicación, por ejemplo, o

reiniciarle el marcapasos. Y en ese caso, decía mi razonamiento, todavía se lo podrían arreglar.

Recuerdo que me impresionó una entrevista realizada durante la campaña de 2004 en la que Teresa Heinz Kerry hablaba de la muerte repentina de su primer marido. Después del accidente aéreo en el que se mató John Heinz, decía ella en la entrevista, había experimentado una sensación fortísima de que «necesitaba» marcharse de Washington y volverse a Pittsburgh.

Por supuesto que «necesitaba» volverse a Pittsburgh.

Porque Pittsburgh, y no Washington, era el lugar al que él podría regresar.

De hecho, la autopsia no se había practicado la misma noche en que a John lo declararon muerto.

La autopsia no se practicó hasta las once de la mañana siguiente. Ahora me doy cuenta de que la autopsia solamente podía haber tenido lugar después de que un hombre desconocido del New York Hospital me llamara por teléfono la mañana del 31. El hombre que me llamó no era «mi asistente social», ni tampoco «el médico de mi marido», ni tampoco, tal como John y yo nos podríamos haber dicho el uno al otro, nuestro amigo del puente. Lo de «nuestro amigo del puente» era una frase hecha que usábamos en nuestra familia y que venía de la forma en que su tía Harriet Burns denominaba los avistamientos posteriores de desconocidos con los que se acababa de encontrar hacía un rato. Por ejemplo, si veía delante del Friendly's de West Hartford el mismo Cadillac Seville que le había cortado el paso hacía un rato en el puente de Bulkeley, entonces ella lo llamaba «nuestro amigo del puente». Yo me estaba imaginando a John diciendo «No es nuestro amigo del puente» mientras escuchaba al hombre por teléfono. Recuerdo que me dio el pésame. Recuerdo que me ofreció su ayuda. Parecía que estaba eludiendo decir algo.

Y entonces me dijo que me llamaba para preguntarme si querría donar los órganos de mi marido.

En aquel instante me pasaron por la cabeza muchas cosas. La primera palabra que me vino a la mente fue «no». Al mismo tiempo,

me acordé de una noche en que Quintana nos había contado mientras cenábamos que se había declarado donante de órganos al renovarse el carnet de conducir. Luego le había preguntado a John si él lo era. Él le había contestado que no. Y se habían puesto a discutir del asunto.

Yo había cambiado de tema.

Me había resultado imposible imaginármelos a ninguno de los dos muertos.

El hombre del teléfono me seguía hablando. Yo estaba pensando: Si mi hija se muriera hoy en la UCI del Beth Israel Norte, ¿me harían la misma pregunta? ¿Y qué les diría yo? ¿Qué iba a hacer yo ahora?

Me oí a mí misma decirle al hombre del teléfono que nuestra hija, mía y de mi marido, estaba inconsciente. Que no me sentía capaz de tomar una decisión así sin antes comunicarle a nuestra hija que su padre había muerto. En aquel momento me pareció una respuesta razonable.

Solo después de colgar se me ocurrió que no tenía nada de razonable. La idea fue reemplazada de inmediato (y de forma útil: fíjense en la movilización instantánea de células blancas cognitivas) por otra: que en aquella llamada había algo que no cuadraba. Que en ella se había producido una contradicción. Aquel hombre me había hablado de donación de órganos, pero en aquel momento no había forma de llevar a cabo una colecta productiva de órganos: John no había estado conectado a ventilación asistida. No había tenido ventilación asistida cuando yo lo había visto en el cubículo cerrado con cortinas del área de urgencias. Ni tampoco al llegar el sacerdote. Todos sus órganos debían de haber muerto.

Y entonces me acordé: la oficina del médico forense del condado de Miami-Dade. John y yo la habíamos visitado juntos una mañana de 1985 o 1986. Habíamos visto a alguien del banco de ojos etiquetando cadáveres para sacarles las córneas. Aquellos cuerpos de la oficina del médico forense del condado de Miami-Dade tampoco habían tenido ventilación artificial. Así pues, el hombre del New York Hospital solo me había estado hablando de las córneas, de

los ojos. *Entonces ¿por qué no decirlo claramente? ¿Por qué darme una idea equivocada? ¿Por qué no me llamaba y me decía simplemente «los ojos»?* Saqué de la caja del dormitorio el tarjetero de plata que me había dado el asistente social la noche antes y miré el carnet de conducir: «Ojos: AZ», decía el carnet. «Restricciones: lentes correctivas».

¿Por qué iba el tipo a llamarme y no decir lo que quería?

Sus ojos. Sus ojos azules. Sus ojos azules e imperfectos.

y lo que yo pregunto es
qué te parece tu chico de ojos azules,
señor Muerte

Aquella mañana no me pude acordar de quién había escrito estos versos. Me parecía que era E. E. Cummings, pero no estaba segura. Yo no tenía ningún libro de Cummings, pero al final encontré una antología en un estante de poesía del dormitorio, un antiguo libro de texto de John, publicado en 1949, cuando él debía de vivir en el Portsmouth Priory, el internado benedictino situado cerca de Newport al que lo mandaron después de que se muriera su padre.

(La muerte de su padre: repentina, cardíaca, a los cincuenta y pocos: yo debería haber hecho caso de la advertencia).

Si por casualidad andábamos por los alrededores de Newport, John me llevaba al Portsmouth a escuchar los cantos gregorianos vespertinos. Era algo que lo conmovía. En la guarda de la antología había escrito el apellido «Dunne», con caligrafía pequeña y meticulosa, y luego, con la misma caligrafía, en tinta azul, tinta azul de estilográfica, las siguientes guías para el estudio: «1) ¿Qué significa el poema y cuál es su experiencia? 2) ¿A qué pensamiento o reflexión nos lleva esa experiencia? 3) ¿Qué estado de ánimo, sentimiento o emoción despierta o crea el poema en su conjunto?». Devolví el libro al estante. Pasarían meses antes de que me acordara de confirmar que los versos eran efectivamente de E. E. Cummings. También pasarían meses antes de que se me ocurriera que mi

enfado con aquel hombre desconocido que había llamado del New York Hospital reflejaba otra forma del mismo temor primitivo que a mí no me había despertado la cuestión de la autopsia.

¿Qué significaba y cuál era la experiencia?

¿A qué pensamiento o reflexión nos llevaba esa experiencia?

¿Cómo podía volver John si le sacaban los órganos, cómo iba a volver si no tenía zapatos?

4

En la mayoría de los niveles superficiales, yo parecía racional. Al observador medio le debía de dar la impresión de que yo entendía plenamente que la muerte era irreversible. Yo había autorizado la autopsia. Había encargado la incineración. Había encargado que recogieran sus cenizas y las llevaran a la catedral de Saint John the Divine, donde, en cuanto Quintana se encontrara despierta y lo bastante recuperada como para estar presente, las colocaríamos en la misma capilla situada junto al altar principal en que mi hermano y yo habíamos colocado las cenizas de nuestra madre. Había encargado que quitaran la placa de mármol donde estaba grabado el nombre de ella y que la volvieran a tallar para incluir el nombre de John. Por fin, el 23 de marzo, casi tres meses después de su muerte, vi cómo colocaban sus cenizas en el muro, reemplazaban la placa de mármol y oficiaban un servicio.

Pedimos cantos gregorianos para John.

Quintana pidió que los cantos fueran en latín. John habría pedido lo mismo.

Tuvimos a un único y vertiginoso trompetista.

Tuvimos a un sacerdote católico y a otro episcopaliano.

Habló Calvin Trillin, habló David Halberstam y habló la mejor amiga de Quintana, Susan Traylor. Susanna Moore leyó un fragmento de «East Coker», la parte que dice que «solo se aprende a sacar partido de las palabras / para lo que uno ya no tiene que decir, o en la forma / en que uno ya no está dispuesto a decirlo». Nick leyó «En la muerte de su hermano» de Catulo. Quintana,

todavía débil pero con voz firme, vestida de negro y plantada en la misma catedral en que se había casado hacía ocho meses, leyó un poema que le había escrito a su padre.

Yo había cumplido. Había reconocido su muerte. Y lo había hecho de la forma más pública que podía imaginar.

Y sin embargo, en aquel momento mis pensamientos seguían siendo sospechosamente fluidos. Cenando un día de finales de primavera o principios de verano conocí por casualidad a un importante teólogo académico. Uno de los comensales planteó una pregunta sobre la fe. El teólogo contó que el ritual en sí ya constituye una forma de fe. Mi respuesta me la callé, pero fue negativa, vehemente y excesiva hasta para mí. Más adelante me di cuenta de que mi primer pensamiento había sido: *Pero si yo el ritual ya lo he hecho. Lo he hecho entero*. He ido a Saint John the Divine, he encargado los cantos en latín, he convocado al sacerdote católico y al episcopaliano, he cantado «For a thousand years in thy sight are but as yesterday when it is past» y también «In paradisum deducant angeli».

Y *nada de todo eso me lo ha devuelto*.

«Que me lo devolvieran» fue durante aquellos meses mi objetivo oculto, un truco de magia. A finales de verano ya estaba empezando a verlo con claridad. Sin embargo, el hecho de «verlo con claridad» no me permitía desprenderme de la ropa que él iba a necesitar.

Desde niña me habían enseñado que, cada vez que surgían problemas, había que leer, aprender, resolver los interrogantes y acudir a la literatura especializada. La información era control. Teniendo en cuenta que el dolor por la muerte de un ser querido sigue siendo la más general de las aflicciones, me sorprendió encontrar tan poca literatura al respecto. Estaba el diario que había escrito C. S. Lewis tras la muerte de su mujer, *Una pena en observación*. Había algún que otro pasaje en alguna novela, por ejemplo la descripción que hacía Thomas Mann en *La montaña*

mágica del efecto que tenía en Hermann Castorp la muerte de su mujer: «Su espíritu estaba trastornado; se retrajo en sí mismo; su cerebro aturdido lo hacía equivocarse en el trabajo, de manera que la firma Castorp e Hijo sufrió ostensibles pérdidas financieras; y a la primavera siguiente, mientras estaba inspeccionando los almacenes del ventoso desembarcadero, contrajo una inflamación de los pulmones. La fiebre fue demasiado para su maltrecho corazón, y al cabo de cinco días, a pesar de todos los cuidados del doctor Heidekind, murió». En los *ballets* clásicos siempre había aquellos momentos en que algún amante abandonado intentaba encontrar y resucitar a un ser amado: la luz azulada, los tutús blancos, el *pas de deux* con el ser amado que presagia el regreso final a los muertos: *la danse des ombres*, la danza de las sombras. También había ciertos poemas; muchos, de hecho. Durante un día o dos me apoyé en «The Forsaken Merman» de Matthew Arnold:

> *Debieran ser gratas las voces de los niños*
> *(al llamar una vez más) de su madre a los oídos;*
> *las voces de los niños furiosas de dolor…*
> *¡pidiendo que ella regrese por favor!*

Había días en que me apoyaba en W. H. Auden, en los versos del «Blues funerario» de *El despegue del F6*:

> *Parad todos los relojes y desconectad el teléfono,*
> *dadle un hueso jugoso al perro para que no ladre,*
> *haced callar a los pianos y entre tambores con sordina*
> *sacad el ataúd y llamad a las plañideras.*

Los poemas y las danzas de las sombras me parecían los documentos más certeros.

Más allá o por debajo de estas representaciones más abstractas de los dolores y las furias del dolor por la muerte de un ser amado,

había todo un corpus de subliteratura, guías prácticas para lidiar con la situación, algunas «de autoayuda», otras «de inspiración», la mayoría inútiles. (No bebas mucho, no te gastes el dinero del seguro de vida en redecorar la sala de estar, apúntate a un grupo de apoyo). Por último estaba la literatura profesional, los estudios realizados por los psiquiatras, psicólogos y trabajadores sociales que habían venido después de Freud y de Melanie Klein, y muy pronto fue a esa literatura a la que me vi acudiendo. De ella aprendí muchas cosas que yo ya sabía, y que llegado cierto punto parecían prometerme consuelo, validación y un refrendo externo al hecho de que yo no me estaba imaginando lo que parecía estar sucediendo. Del libro *Bereavement: Reactions, Consequences and Care*, compilado en 1984 por el Institute of Medicine de la National Academy of Sciences, por ejemplo, aprendí que las reacciones inmediatas más frecuentes a la muerte son el *shock*, el no sentir nada y la incredulidad: «En un plano subjetivo, los supervivientes pueden sentir que están envueltos en un capullo o en una manta; ante los demás dan la impresión de estar llevándolo con entereza. Como la realidad de la muerte todavía no ha penetrado en la conciencia, puede parecer que los supervivientes están asimilando muy bien la pérdida».

Así pues, ahí teníamos el efecto de la «mujer muy fuerte».

Seguí leyendo. Según aprendí de J. William Worden, del Centro de Estudio del Duelo Infantil de Harvard, con sede en el Hospital General de Massachusetts, se había visto a delfines que se negaban a comer tras la muerte de su pareja sexual. Se había observado a ocas reaccionar ante la muerte de su pareja volando, llamando y buscando hasta acabar desorientadas y perdidas. Los seres humanos, leí pese a ya saberlo, mostraban patrones de reacciones parecidos. Buscaban. Dejaban de comer. Se olvidaban de respirar. Se quedaban débiles por falta de oxígeno, se les congestionaban los senos por culpa de las lágrimas sin derramar y terminaban en las consultas del otorrinolaringólogo con misteriosas infecciones de oído. Perdían la concentración. «Al cabo de un año pude empezar a leer

los titulares», me dijo una amiga a la que se le había muerto el marido hacía tres años. Perdían capacidad cognitiva a todos los niveles. Igual que Hermann Castorp, cometían equivocaciones en el trabajo y sufrían ostensibles pérdidas financieras. Se olvidaban de sus números de teléfono y se presentaban en los aeropuertos sin documento de identidad. Enfermaban, fracasaban e incluso, como Hermann Castorp, se morían.

Lo de que «se morían» había sido documentado en incontables estudios.

Empecé a llevar mi documento de identidad encima cuando paseaba por las mañanas por Central Park, por si acaso me pasaba a mí.

Si me sonaba el teléfono mientras estaba en la ducha, ya no contestaba, para evitar caer muerta sobre los azulejos.

Me enteré de que había ciertos estudios famosos al respecto. Se trataba de iconos de la literatura especializada, puntos de referencia, a los que se aludía en todos los textos que leía. Estaba, por ejemplo, el estudio de Young, Benjamin y Wallis, publicado en *The Lancet* n.º 2, pp. 454-456, 1963. Este estudio de 4486 viudos recientes del Reino Unido, que los había seguido durante cinco años, mostraba «unos índices de muertes significativamente más elevados entre los viudos durante los primeros seis meses del duelo que entre los casados». Estaba el estudio de Rees y Lutkins, publicado en el *British Medical Journal* n.º 4, pp. 13-16, 1967. Aquel estudio de 903 parientes en situación de duelo frente a 878 parientes sin duelo, con un seguimiento de seis años, mostraba «una mortalidad significativamente más elevada entre los cónyuges enviudados en el último año». La explicación funcional de aquellas tasas de mortalidad tan elevadas se daba en la compilación de 1984 del Institute of Medicine: «La investigación hasta la fecha ha mostrado que, igual que muchos otros factores de estrés, el dolor por la muerte de un ser amado a menudo provoca cambios en los sistemas endocrino, inmunológico, nervioso autónomo y cardiovascular; todos

ellos reciben una influencia fundamental de la función cerebral y de los neurotransmisores».

Gracias a aquella literatura también me enteré de que había dos tipos de dolor por la muerte de un ser amado. La modalidad preferible, la que se asociaba con el «crecimiento» y el «desarrollo», era el «dolor sin complicaciones» o «duelo normal». Aquel dolor carente de complicaciones, de acuerdo con el *Manual de Merck*, en su 16.ª edición, se podía presentar pese a todo acompañado de «síntomas de ansiedad como insomnio inicial, nerviosismo e hiperactividad del sistema nervioso autónomo», aunque «por lo general no causa depresión clínica, salvo en aquellas personas proclives a los trastornos anímicos». El segundo tipo de dolor por la muerte de un ser amado era el «dolor con complicaciones», que en la literatura especializada también se denominaba «duelo patológico» y se decía que tenía lugar en situaciones muy diversas. Una situación en que podía darse el duelo patológico, según leí en repetidas ocasiones, era cuando el superviviente y el difunto habían tenido una dependencia inusual el uno del otro. «¿Acaso quien sufre el duelo dependía mucho de la persona difunta para obtener su placer, apoyo o estima?». Este era uno de los criterios diagnósticos que sugería el doctor David Peretz, del Departamento de Psiquiatría de la Universidad de Columbia. «¿Acaso quien sufre el duelo solía sentirse perdido sin la persona difunta cuando se tenía que separar a la fuerza de ella?».

Me planteé aquellas preguntas.

Una vez en 1968 me tuve que quedar inesperadamente a pasar la noche en San Francisco (yo estaba escribiendo un artículo, llovía y la lluvia hizo que una entrevista de media tarde se viera postergada a la mañana), y John fue en avión desde Los Ángeles para que pudiéramos cenar juntos. Cenamos en el Ernie's. Después de la cena John cogió el vuelo de medianoche de la PSA, un servicio de trece dólares que existió durante una época en que en California se podía volar por veintiséis dólares de Los Ángeles a San Francisco, Sacramento o San José y de vuelta hasta el LAX.

Me acordé de la PSA.

Todos los aviones de la PSA llevaban sonrisas pintadas en el morro. Las azafatas iban vestidas al estilo de Rudy Gernreich, con minifaldas de color fucsia y naranja. La PSA representó una época en que la mayoría de las cosas que hacíamos parecían intrascendentes, prodigiosas, un estado de ánimo en el que a todo el mundo le parecía natural volar más de mil kilómetros para cenar. Aquel estado de ánimo se acabó en 1978, cuando un Boeing 727 de la PSA chocó con un Cessna 172 sobre San Diego, y murieron ciento cuarenta y cuatro personas.

Cuando esto sucedió, a mí se me ocurrió que nunca me había molestado en mirar las estadísticas de la PSA.

Ahora veo que este error no se limitaba a la PSA.

Cuando Quintana volaba con dos o tres años a Sacramento con la PSA para visitar a mis padres, lo llamaba «ir en la sonrisa». John tenía costumbre de apuntar las cosas que ella decía y guardarlas en una caja pintada de negro que le había regalado su madre. La caja en cuestión, que sigue llena de papeles en un escritorio de mi sala de estar, estaba decorada con un águila americana y las palabras «E Pluribus Unum». Más tarde John usó algunas de las cosas que Quintana había dicho en una novela, *Dutch Shea, Jr*. Se las atribuyó a la hija de Dutch Shea, Cat, muerta por una bomba del IRA mientras estaba cenando con su madre en un restaurante de Charlotte Street, Londres. Esto es una parte de lo escribió allí:

> «¿Adónde has estao?», decía ella, y «¿Adónde te ha ido la mañana?». Él apuntaba todas sus frases y las metía en el cajoncito secreto del escritorio de madera de arce que Barry Stukin les había regalado a Lee y a él por su boda. […] Cat con el uniforme a cuadros de su escuela. Cat, que llamaba a su baño el «bañamiento» y a las mariposas de un experimento de la guardería «mapirosas». Cat, que había compuesto su primer poema a los siete años: «Me voy a casar / con un tal Gaspar / que va a caballo / y se divorcia en mayo».
>
> El Hombre Roto vivía en aquel cajón. El Hombre Roto era como Cat llamaba al miedo y a la muerte y a lo desconocido. He tenido una pesadilla con el

> Hombre Roto, decía. No dejéis que me coja el Hombre Roto. Como venga el Hombre Roto, me agarraré de la tapia y no dejaré que se me lleve. […] Se preguntó si el Hombre Roto había tenido tiempo de asustar a Cat antes de que ella muriera.

Ahora veo algo que no conseguí ver en 1982, el año en que se publicó *Dutch Shea, Jr.*: que aquella era una novela sobre el dolor por la muerte de un ser amado. La literatura especializada habría dicho que el protagonista, Dutch Shea, estaba atravesando un duelo patológico. Las señales diagnósticas habrían sido las siguientes: está obsesionado con el momento de la muerte de Cat. No para de rememorar una y otra vez la escena, como si el hecho de repetirla pudiera revelar un final distinto: el restaurante de Charlotte Street, la ensalada de endivias, las alpargatas de color lavanda de Cat, la bomba, la cabeza de Cat en el carrito de los postres. No para de torturar todo el tiempo a su exmujer, la madre de Cat, con la misma pregunta: ¿por qué estaba en el lavabo cuando explotó la bomba? Por fin ella le contesta:

> Nunca me reconociste mucho el mérito de ser la madre de Cat, pero fui yo quien la crio. Yo me hice cargo de ella la primera vez que le vino la regla y recuerdo que de niña llamaba a mi dormitorio su segunda habitacioncita y que llamaba a los espaguetis gusa-guetis y a la gente que venía a casa los llamaba los hola. Decía ¿adónde has estao? Y ¿adónde te ha ido la mañana?, y tú, hijo de la gran puta, le dijiste a Thayer que querías que alguien la recordara. Resulta que ella me contó que estaba embarazada, que había sido un accidente, y yo me fui al lavabo porque sabía que iba a llorar y no quería llorar delante de ella y me quería deshacer de las lágrimas para poder actuar con sensatez y entonces oí la bomba y cuando por fin salí había una parte de ella dentro del sorbete y otra parte en la calle y tú, hijo de la gran puta, tú quieres que alguien se acuerde de ella.

Estoy convencida de que John habría dicho que *Dutch Shea, Jr*. trataba de la fe.

Al empezar la novela, él ya sabía cuáles serían las palabras finales, no solo las últimas palabras de la novela, sino también las últimas palabras que pensaba Dutch Shea antes de pegarse un tiro:

«Creo en Cat. Creo en Dios». *Credo in Deum*. Las primeras palabras del catecismo católico.

Pero ¿trataba de la fe o trataba del dolor por la muerte de un ser amado?

¿Acaso teníamos una dependencia inusual el uno del otro durante el verano en que nadábamos y veíamos *Tenko* e íbamos a cenar al Morton's?

¿O bien lo que teníamos era una suerte inusual?

Si yo me quedaba sola, ¿acaso él podría volver a mí «a bordo de la sonrisa»?

¿Acaso me diría que reservara una mesa en el Ernie's?

La PSA y su sonrisa ya no existen, se vendieron a US Airways y luego repintaron los aviones.

El Ernie's ya no existe, aunque lo recreó brevemente Alfred Hitchcock en su película *Vértigo*. La primera vez que James Stewart ve a Kim Novak es en el Ernie's. Más tarde ella se cae de la torre del campanario (que también está recreada, es un decorado) de la misión de San Juan Bautista.

En San Juan Bautista nos casamos nosotros.

Una tarde de febrero en que asomaban las flores nuevas en los huertos que flanqueaban la 101.

Cuando todavía había huertos junto a la 101.

No. Cuando acababas golpeado por otro coche era cuando intentabas dar marcha atrás. Las flores nuevas que asomaban en los huertos de al lado de la 101 eran el camino incorrecto.

Durante las semanas siguientes al suceso intenté mantenerme en el camino correcto (el camino estrecho, el camino del que no había vuelta atrás) repitiéndome a mí misma los dos versos finales de «Rose Aylmer», la elegía que escribió en 1806 Walter Savage Landor a la memoria de una hija de lord Aylmer que había muerto a los veinte años en Calcuta. Yo llevaba sin pensar en «Rose Aylmer» desde mis cursos de licenciatura en Berkeley, pero ahora no solo me

acordaba del poema, sino también de gran parte de lo que se había dicho de él en la clase durante la cual yo había escuchado su análisis. «Rose Aylmer» funciona, según el profesor de aquella clase, porque los elogios a la difunta rimbombantes y por tanto carentes de significado de los cuatro primeros versos («¡Oh, lo que distingue a la raza del cetro / oh, la forma divina / todas las virtudes y las gracias / Rose Aylmer, tú lo tuviste todo!») luego son paliados de forma repentina y hasta asombrosa por «la dura y dulce sabiduría» de los últimos dos versos, que sugieren que el duelo tiene un lugar pero también unos límites: «Una noche de recuerdos y suspiros / te consagro a ti».

«Una *noche* de recuerdos y suspiros —me acordaba de que repetía el profesor—. *Una noche*. Una sola noche. Puede que sea una noche entera, pero el poeta ni siquiera dice "toda la noche"; dice una noche, no está hablando de una vida entera sino de unas cuantas horas».

Dura y dulce sabiduría. A juzgar por cómo el poema «Rose Aylmer» se me había quedado grabado en la memoria, estaba claro que durante mis cursos de licenciatura yo había visto en él una lección para la supervivencia.

30 de diciembre de 2003.

Veníamos de visitar a Quintana en la UCI de la sexta planta del Beth Israel Norte.

Donde todavía se pasaría veinticuatro días más.

La dependencia inusual (¿acaso la expresión no es otra forma de decir «matrimonio»?, ¿«marido y mujer»?, ¿«madre e hija»?, ¿«familia nuclear»?) no es la única circunstancia en la que puede darse un cuadro de duelo con complicaciones o patológico. Otra situación, según leí en la literatura especializada, es aquella en que el proceso del duelo es interrumpido por «factores circunstanciales», como por ejemplo «la postergación del funeral» o bien «una enfermedad o una segunda muerte en la familia». Leí una

explicación del doctor Vamik D. Volkan, profesor de psiquiatría en la Universidad de Virginia de Charlottesville, de lo que él llamaba «terapia de regreso al duelo», una técnica desarrollada en la Universidad de Virginia para tratar a «víctimas diagnosticadas de duelo patológico». En el curso de dicha terapia, según el doctor Volkan, llega un punto en el que:

> Ayudamos al paciente a revisar las circunstancias de la muerte: cómo tuvo lugar, cómo reaccionó el paciente a la noticia y al hecho de ver el cadáver, a los eventos del funeral, etcétera. Normalmente, si la terapia está yendo bien, llegado este punto aparece la rabia: al principio difusa, después dirigida hacia los demás y por fin dirigida hacia el muerto. Pueden entonces aparecer abreacciones —lo que Bibring [E. Bribing, 1954, «Psychoanalysis and the Dynamic Psychotherapies», publicado en *Journal of the American Psychoanalytic Association* n.º 2, pp. 745 y ss.] llama «revisitaciones emocionales»—, que le demuestran al paciente la realidad de sus impulsos reprimidos. Usando nuestra comprensión de la psicodinámica inherente a la necesidad que tiene el paciente de mantener vivo al ser amado que ha perdido, podemos explicar e interpretar la relación que existió entre el paciente y la persona muerta.

Pero ¿de dónde exactamente derivaron el doctor Volkan y su equipo de Charlottesville su extraordinaria interpretación de «la psicodinámica inherente a la necesidad que tiene el paciente de mantener vivo al ser amado que ha perdido», su capacidad especial para «explicar e interpretar la relación que existió entre el paciente y la persona muerta»? ¿Acaso estabais en Brentwood Park, viendo *Tenko* conmigo y con «el ser amado que he perdido»? ¿Acaso fuisteis a cenar con nosotros al Morton's? ¿Acaso estabais conmigo y con «la persona muerta» en el Punchbowl de Honolulú, cuatro meses antes del suceso? ¿Acaso recogisteis flores de mayo con nosotros y las dejasteis en las tumbas de los muertos desconocidos de Pearl Harbor? ¿Acaso os resfriasteis con nosotros bajo la lluvia del Jardin du Ranelagh de París, un mes antes del suceso? ¿Acaso os saltasteis los cuadros de Monet con nosotros para ir a comer? ¿Estabais con nosotros cuando nos fuimos de Conti y compramos el

termómetro? ¿Estabais sentados en nuestra cama del Bristol cuando ninguno de los dos sabía convertir los grados centígrados del termómetro a Fahrenheit?

¿Estabais ahí?

No.

Puede que hubierais resultado útiles con el termómetro, pero no estabais.

No me hace falta «revisar las circunstancias de la muerte». Yo estaba presente.

Nadie me dio «la noticia», no «visité» el cadáver. Estaba presente.

Me doy cuenta de lo que estoy pensando y paro.

Soy consciente de estar dirigiendo una rabia irracional hacia el completamente desconocido doctor Volkan de Charlottesville.

> Las personas que sufren el *shock* de un dolor genuino no solo están mentalmente trastornadas, sino que también padecen desequilibrios físicos. Da igual que se los vea tranquilos y parezcan controlar la situación, en esas circunstancias nadie puede estar normal. Los trastornos circulatorios les hacen pasar frío, la angustia los pone irritables y no les deja dormir. A menudo se distancian de gente que normalmente les cae bien. A los individuos que sufren el dolor por la pérdida de un ser amado no hay que imponerles a nadie, y también hay que mantenerlos siempre a distancia de las personas demasiado emocionales, por muy cercanas o queridas que sean. Por mucho que les reconforte saber que sus amistades los quieren y se sienten apenados por ellos, a los parientes de alguien que acaba de morir hay que protegerlos de cualquiera o de cualquier cosa que les vaya a generar tensión sobre unos nervios que ya están en un punto crítico, y nadie tiene derecho a sentirse ofendido porque se le diga que no puede resultar útil ni ser recibido. En momentos así, hay gente a quien le reconforta la compañía y hay otra que se aparta de sus amistades más queridas.

Este pasaje es del libro de etiqueta de 1922 de Emily Post, capítulo XXIV, «Funerales», que lleva al lector desde el momento de la muerte («Nada más ocurrir la muerte, la enfermera suele cerrar las cortinas de la alcoba del muerto y manda a una criada a cerrar el resto de cortinas de la casa») hasta las instrucciones para sentar a

los asistentes al funeral: «Hay que entrar en la iglesia en el mayor silencio posible y, como en los funerales no hay ujieres, sentarse en el sitio aproximado donde le toque a uno. En la parte delantera del pasillo central solo hay que sentarse si se tenía una amistad muy íntima con el difunto. Si uno es un simple conocido, tiene que ocupar un asiento de la parte trasera donde no llame mucho la atención, a menos que el funeral sea muy pequeño y la iglesia grande, en cuyo caso uno se puede sentar en el último asiento del pasillo central, hacia el fondo».

Este nivel de detalles tan concretos se mantiene todo el tiempo. El énfasis está siempre en lo práctico. A la persona que está sufriendo el duelo hay que animarla a que «se siente en una sala soleada», preferiblemente con chimenea abierta. Se le puede traer comida, «pero muy poca», en una bandeja: té, café, caldo, una tostada fina o un huevo escaldado. Leche, pero solo caliente: «La leche fría sienta mal a quien ya tiene frío». En cuanto a otros alimentos, «la cocinera puede sugerir algo que les suela gustar, pero hay que ofrecer muy poca comida cada vez, porque aunque el estómago pueda estar vacío, el paladar rechaza la idea de la comida, y la digestión nunca funciona muy bien». A la persona que está de duelo se la aconseja que no gaste demasiado dinero para adaptarse a la vestimenta de luto: la mayoría de las prendas que ya tenga, incluyendo los zapatos de piel y los sombreros de paja, «se pueden teñir sin problema». Los gastos del funeral se tienen que calcular de antemano. Durante el funeral hay que poner a una amistad a cargo de la casa. Esa amistad se encargará de que la casa se ventile, de que los muebles desplazados se devuelvan a su sitio y de que la chimenea esté encendida cuando la familia regrese. «También está bien preparar un poco de té o caldo caliente —aconseja la señora Post—, y hay que llevárselo a su regreso sin preguntarles si lo quieren. La gente que sufre una pena muy grande no quiere comida, pero si se la das, la acepta de forma mecánica, y lo que más falta le hace es algo caliente para empezar la digestión y estimular la circulación maltrecha».

Había algo fascinante en aquella sabiduría completamente natural, en aquel entendimiento instintivo de los trastornos fisiológicos («cambios en los sistemas endocrino, inmunológico, nervioso autónomo y cardiovascular») que más tarde catalogaría el Institute of Medicine. No estoy segura de qué me llevó a consultar el libro de etiqueta de 1922 de Emily Post (supongo que algún recuerdo de mi madre, que me había dado un ejemplar para que yo lo leyera mientras estábamos incomunicadas por la nieve en una casa de alquiler de cuatro habitaciones), pero cuando lo encontré en internet me apeló de forma directa. Mientras lo leía me acordé del frío que yo había pasado en el New York Hospital la noche de la muerte de John. Al principio yo había pensado que tenía frío porque era 30 de diciembre y yo había llegado al hospital con las piernas desnudas, en zapatillas de estar por casa, vestida solo con la falda de lino y el jersey que me había puesto para cenar. Eso lo explicaba en parte, pero también tenía frío porque en mi cuerpo nada funcionaba como debía.

La señora Post lo habría entendido. Ella escribía en un mundo en el que el duelo seguía siendo algo reconocido y permitido y no se escondía. Philippe Ariès, en una serie de conferencias que impartió en la Johns Hopkins en 1973 y que después se publicaron con el título *Historia de la muerte en Occidente desde la Edad Media hasta nuestros días*, señalaba que a partir de 1930 se había producido en la mayoría de los países de Occidente, y sobre todo en Estados Unidos, un cambio revolucionario en las actitudes de aceptación de la muerte. «La muerte —escribía—, que en el pasado había sido algo familiar puesto que estaba en todas partes, fue borrada y desapareció. Se volvió algo vergonzoso y prohibido». El antropólogo social inglés Geoffrey Gorer, en su texto de 1965 *Death, Grief, and Mourning*, decía que este rechazo del duelo en público era resultado de la presión cada vez mayor que imponía el nuevo «deber ético de divertirse», un nuevo «imperativo de no hacer nada que pudiera reducir la diversión de los demás». Tanto en Inglaterra como en Estados Unidos, comentaba, la tendencia contemporánea consistía

en «tratar el duelo como un capricho morboso que uno se permitía y en conceder admiración social a aquellos parientes del difunto que escondían tan plenamente su dolor que nadie podría adivinar lo que les había pasado».

Una forma de ocultarse que tiene el dolor por la muerte de un ser querido deriva del hecho de que la muerte ahora casi siempre tiene lugar lejos de la atención pública. En la tradición anterior, sobre la cual escribía la señora Post, el acto de morir todavía no se había profesionalizado. No solía haber hospitales de por medio. Las mujeres morían en el parto. Los niños morían de fiebres. El cáncer no se podía tratar. En la época en que ella escribió su libro de etiqueta, debió de haber pocos hogares en América a los que no afectara la pandemia de gripe de 1918. La muerte estaba muy cerca, en casa. Del adulto medio se esperaba que lidiara de forma competente, y también sensible, con sus secuelas. Cuando alguien se muere, me enseñaron a mí de niña en California, hay que cocer un jamón y llevárselo a los familiares del muerto a su casa. Hay que ir al funeral. Si la familia es católica, también hay que asistir al rosario, pero no hay que lamentarse ni gemir ni llamar de ninguna manera la atención de la familia. Al final el libro de etiqueta de 1922 de Emily Post resultaba ser más certero en su comprensión de aquella otra forma de morir, y más prescriptivo en su tratamiento del duelo, que casi todo lo demás que yo había leído. No me olvidaré nunca de la sabiduría instintiva de una amiga mía que, durante todos los días de aquellas primeras semanas, me estuvo trayendo de Chinatown gachas de arroz con cebolleta y jengibre. Las gachas de arroz sí que me las podía comer. Eran lo único.

5

Hay otra cosa que me enseñaron de niña en California: si te parece que alguien se ha muerto, te puedes asegurar acercándole un espejo de mano a la boca y la nariz. Si no aparece humedad de su respiración, es que se ha muerto. Me lo enseñó mi madre. La noche de la muerte de John me olvidé de comprobarlo. «¿Respira?», me preguntó el operador del teléfono. «Vengan ya», le dije yo.

30 de diciembre de 2003.

Veníamos de ver a Quintana en la UCI de la sexta planta del Beth Israel Norte.

Nos habíamos fijado en los números del respirador.

Le habíamos cogido la mano hinchada.

Todavía no sabemos cómo va a evolucionar esto, nos dijo uno de los médicos de la UCI.

Habíamos llegado a casa. Después de la ronda vespertina, la UCI no volvía a abrir hasta las siete, así que debían de ser las ocho pasadas.

Habíamos estado hablando de si cenábamos fuera o en casa.

Yo le dije a John que encendería la chimenea y que cenaríamos en casa.

No recuerdo qué es lo que íbamos a cenar. Sí me acuerdo de que a la vuelta del New York Hospital tiré a la basura toda la comida que había en los platos y en la cocina.

Te sientas a cenar y la vida que conocías se acaba.

En un abrir y cerrar de ojos.

O en unos ojos que ya no se abren.

Durante los meses anteriores yo había pasado mucho tiempo intentando primero recordar y después, al ser incapaz, reconstruir la secuencia exacta de acontecimientos que habían precedido y seguido a lo que sucedió aquella noche. «En algún momento entre el jueves 18 de diciembre de 2003 y el lunes 22 de diciembre de 2003 —empezaba una de aquellas reconstrucciones—, Q se quejó de que "se encontraba muy mal", notaba síntomas de gripe y le parecía que tenía la garganta inflamada». Esta reconstrucción, que venía precedida por los nombres y los números de teléfono de los médicos con quienes yo había hablado, no solo en el Beth Israel sino también en otros hospitales de Nueva York y de otras ciudades, no acababa ahí. El meollo era el siguiente: el lunes 22 de diciembre se fue con 39,5 grados de fiebre a urgencias del Beth Israel Norte, que por entonces tenía reputación de disponer del servicio de urgencias menos abarrotado de todo el Upper East Side de Manhattan, donde le diagnosticaron una gripe. Le dijeron que se quedara en la cama y bebiera líquidos. No le hicieron ninguna radiografía del pecho. Los días 23 y 24 de diciembre la fiebre le fluctuó entre los 39 y los 39,5 grados. Estuvo demasiado enferma para ir a la cena de Nochebuena. Gerry y ella cancelaron el plan que tenían de pasar la Nochebuena y los días siguientes con la familia de él en Massachusetts.

El día de Navidad, jueves, nos llamó por la mañana y nos dijo que le costaba respirar. Su respiración sonaba rápida y trabajosa. Gerry la volvió a llevar a urgencias del Beth Israel Norte, donde las radiografías mostraron una densa infiltración de pus y bacterias en el lóbulo inferior del pulmón derecho. Estaba alta de pulsaciones, a más de 150. También se encontraba muy deshidratada. Y casi a cero de glóbulos blancos. Le dieron primero Ativan y luego Demerol. En el servicio de urgencias a Gerry le dijeron que la neumonía de su mujer era de «cinco en la escala del uno al diez, lo que antes llamábamos "neumonía que permite caminar"». No era «nada grave» (puede que esto fuera lo que yo quise oír), pero aun así se decidió ingresarla en una UCI de la planta sexta para tenerla monitorizada.

Para cuando llegó a la UCI aquella noche, se encontraba agitada. La sedaron todavía más y después la entubaron. La fiebre ya le pasaba de los 40 grados. El cien por cien del oxígeno ya le llegaba por el tubo del respirador; en aquel punto ya no era capaz de respirar por sí misma. A media mañana del día siguiente, 26 de diciembre, se descubrió que tenía neumonía en ambos pulmones, y que aquella neumonía se estaba extendiendo, pese a la administración intravenosa masiva de azitromicina, gentamicina, clindamicina y vancomicina. También se descubrió —o se supuso, dado que le estaba cayendo en picado la presión sanguínea— que estaba entrando o había entrado en choque séptico. Le pidieron a Gerry que autorizara dos procedimientos invasivos, primero la inserción de una vía arterial y luego la inserción de una segunda vía que le iría cerca del corazón para tratar el problema de la presión sanguínea. Le dieron neosinefrina para mantener la presión sanguínea por encima de 90/60.

El sábado 27 de diciembre nos contaron que le estaban dando un fármaco por entonces nuevo de la Eli Lilly, el Xigris, y que se lo seguirían administrando durante noventa y seis horas, cuatro días. «Esto cuesta veinte mil dólares», nos dijo la enfermera mientras cambiaba la bolsa del suero. Vi cómo el líquido bajaba goteando por uno de los muchos tubos que por entonces mantenían con vida a Quintana. Busqué el Xigris en internet. Una página web decía que la tasa de supervivencia de los pacientes de sepsis tratados con Xigris era del 69 por ciento, por oposición al 56 por ciento de los pacientes no tratados con Xigris. Otra web, en este caso un boletín comercial, decía que el «gigante dormido» de la Eli Lilly, el Xigris, estaba «luchando para vencer sus problemas en el mercado de la sepsis». Esto parecía en cierto sentido un prisma positivo a través del cual ver la situación: Quintana ya no era la criatura que había sido una novia delirantemente feliz hacía cinco meses y cuya posibilidad de sobrevivir al día o dos siguientes se podía calibrar en algún punto entre el 56 y el 69 por ciento, sino que era «el mercado de la sepsis», lo cual sugería que todavía se podía hacer una elección en

materia de consumo. Para el domingo 28 de diciembre ya fue posible imaginar que el «gigante dormido» del mercado de la sepsis estaba surtiendo efecto: no se había reducido el tamaño de la neumonía, pero sí que le interrumpieron la neosinefrina que le mantenía la presión sanguínea, y la presión se le estabilizó, a 95/40. El lunes 29 de diciembre, un asistente médico me dijo que después de estar fuera el fin de semana había llegado aquella mañana y se había encontrado a Quintana en un estado «alentador». Yo le pregunté qué era exactamente lo que le había alentado del estado de ella cuando había llegado por la mañana. «Que seguía con vida», me dijo el asistente médico.

El martes 30 de diciembre, a las 13.02 (según el ordenador), tomé las siguientes notas a modo de preparación para una charla con otro especialista al que había llamado:

> ¿Algún efecto sobre el cerebro? ¿Por el déficit de oxígeno? ¿Por la fiebre alta? ¿Por la posible meningitis?
>
> Varios médicos han mencionado que «no saben si hay alguna estructura o bloqueo subyacente». ¿Están hablando de un posible tumor maligno?
>
> Aquí se está dando por supuesto que la infección es bacteriana, pero en los cultivos no ha aparecido ninguna bacteria: ¿hay alguna forma de saber que no es viral?
>
> ¿Cómo se convierte una «gripe» en una infección que afecta al cuerpo entero?

La última pregunta —«¿Cómo se convierte una "gripe" en una infección que afecta al cuerpo entero?»— la había añadido John. A fecha 30 de diciembre de 2003, parecía obsesionado con aquella idea. Se había pasado los últimos tres o cuatro días formulando la misma pregunta una y otra vez, a doctores, asistentes médicos y enfermeras, hasta que por fin, ya a la desesperada, me la había hecho a mí, pero nadie le había dado una respuesta que le resultara satisfactoria. Algo de aquello parecía desafiar su entendimiento. Algo

de aquello desafiaba también mi entendimiento, pero yo fingía que podía lidiar con ello. Era lo siguiente:

La habían ingresado en la UCI la noche del día de Navidad.

Estaba en un hospital, nos repetíamos sin cesar la noche del día de Navidad. Allí estaban cuidando de ella. Allí estaría a salvo.

Todo lo demás parecía normal.

Nosotros teníamos chimenea. Ella estaría a salvo.

Al cabo de cinco días, todo seguía pareciendo normal a las puertas de la UCI del sexto piso del Beth Israel Norte: esa era la parte que ninguno de nosotros (aunque John era el único que lo admitía) conseguía entender: un caso típico de mantener la vista enfocada en el cielo azul claro cuando se está cayendo un avión. En la sala de estar del apartamento seguían estando los regalos que John y yo habíamos abierto la noche de Navidad. Debajo y encima de una mesa de la antigua habitación de Quintana seguían estando los regalos que ella no había podido abrir la noche de Navidad por estar en la UCI. Sobre una mesa del comedor seguían estando los platos amontonados y los cubiertos que habíamos usado en Nochebuena. Aquel mismo día nos llegó una factura de American Express que detallaba los gastos del viaje que habíamos hecho en noviembre a París. Nos habíamos ido a París mientras Quintana y Gerry estaban organizando su primera cena de Acción de Gracias. Habían invitado a la madre, la hermana y el cuñado de Gerry. Iban a usar la porcelana de su boda. Quintana había pasado por nuestra casa para coger las copas de cristal de rubí de mi madre. El día de Acción de Gracias los habíamos telefoneado desde París. Estaban asando un pavo y haciendo puré de nabos.

«Y luego… ya no existía».

¿Cómo se convierte una «gripe» en una infección que afecta al cuerpo entero?

Ahora esa pregunta me parece el equivalente a un grito de rabia impotente, otra forma de decir «¿Cómo ha podido pasar esto cuando todo era normal?». En el cubículo de la UCI donde yacía Quintana, con los dedos y la cara hinchados de líquido, los labios agrietados

por la fiebre alrededor del tubo del respirador y el pelo apelmazado y empapado de sudor, los números del respirador indicaban aquella noche que solo estaba recibiendo el 45 por ciento de su oxígeno por el tubo. John le besó la cara hinchada. «Más que un solo día más», le susurró: otra expresión privada de mi familia. Hacía referencia a una línea del diálogo de una película, *Robin y Marian*, de Richard Lester. «Te quiero más que un solo día más», le dice Audrey Hepburn en el papel de lady Marian a Sean Connery en el papel de Robin Hood, después de que ella les haya suministrado a ambos la poción letal. Ahora John le susurraba lo mismo cada vez que se iba de la UCI. Mientras salíamos conseguimos arrinconar a un médico para que hablara con nosotros. Le preguntamos si el descenso en el suministro de oxígeno quería decir que nuestra hija se estaba poniendo mejor.

Hubo una pausa.

Fue entonces cuando el médico de la UCI lo dijo:

—Todavía no sabemos cómo va a evolucionar esto.

Pues va a evolucionar a mejor, recuerdo que pensé.

El médico de la UCI seguía hablando:

—La verdad es que está muy enferma —estaba diciendo.

Yo identifiqué aquello como una forma en clave de decir que esperaban que se muriera, pero insistí: *Esto va a evolucionar a mejor. Va a evolucionar a mejor porque no hay otra*.

Creo en Cat.

Creo en Dios.

—Te quiero más que un solo día más —dijo Quintana tres meses más tarde, plantada en Saint John the Divine con su vestido de luto —. Igual que tú me decías a mí.

Nos casamos por la tarde del 30 de enero de 1964, jueves, en la misión católica de San Juan Bautista del condado de San Benito, California. John llevaba un traje azul marino de Chipp. Yo llevaba un vestido corto de seda blanca que había comprado en el Ransohoff's

de San Francisco el mismo día en que mataron a John Kennedy. Cuando en Dallas eran las 12.30 del mediodía, en California todavía era por la mañana. Mi madre y yo no nos enteramos de lo sucedido hasta que salimos del Ransohoff's para ir a almorzar y nos encontramos a alguien de Sacramento. Como la tarde de la boda solo había treinta o cuarenta personas en San Juan Bautista (la madre de John, su hermano menor Stephen, su hermano Nick acompañado de su mujer, Lenny, y de su hija de cuatro años; mis padres, mi hermano, mi cuñada, mi abuelo, mi tía, unos cuantos primos míos y amigos de la familia venidos de Sacramento, el compañero de residencia que había tenido John en Princeton y tal vez un par de personas más), mi intención había sido que la ceremonia no tuviera ni entrada ni «procesión», sino que simplemente nos plantaríamos allí y lo haríamos. «Que se adelanten los protagonistas», recuerdo que dijo solícitamente Nick: Nick tenía el plan de la ceremonia, pero el organista no, y de pronto me encontré cogida del brazo de mi padre, caminando hacia el altar y llorando detrás de mis gafas de sol. Al terminarse la ceremonia fuimos en coche al hotel de Pebble Beach. Había cosas para picar, champán y una terraza que daba al Pacífico: todo muy sencillo. A modo de luna de miel pasamos unas noches en un *bungalow* del San Ysidro Ranch de Montecito y después, aburridos, nos escapamos al Beverly Hills Hotel.

El día de la boda de Quintana yo me acordé de la mía.

La boda de ella también fue sencilla. Llevaba un vestido largo y blanco con velo y zapatos caros, pero se había recogido el pelo en una gruesa trenza que le caía por la espalda, igual que lo había llevado de niña.

Nos sentamos en el coro de Saint John the Divine. Su padre la acompañó hasta el altar. En el altar la esperaba Susan, la que había sido su mejor amiga de California desde los tres años. En el altar también estaba su mejor amiga de Nueva York. En el altar también estaba su prima Hannah. Estaba su prima Kelley, que había venido de California y leyó parte del servicio. Estaban los hijos de la hijastra

de Gerry, que leyeron otra parte. Estaban las más pequeñas, niñas con guirnaldas de flores, descalzas. Hubo bocadillos de berros, champán, limonada, servilletas de color melocotón a juego con el sorbete que acompañaba a la tarta y pavos reales en la hierba. Ella se quitó con los pies los caros zapatos y se sacó los alfileres que le sujetaban el velo.

—¿Verdad que ha salido perfecto? —nos dijo cuando nos llamó por la noche.

Su padre y yo admitimos que sí. Gerry y ella cogieron un vuelo a Saint Barth's. John y yo cogimos otro a Honolulú.

26 de julio de 2003.

Cuatro meses y veintinueve días antes de que la ingresaran en la UCI del Beth Israel Norte.

Cinco meses y cuatro días antes de que se muriera su padre.

Durante la primera semana o dos después de que se muriera, por las noches, cuando me llegaba el agotamiento protector y yo dejaba a mis parientes y amistades hablando en la sala de estar, en el comedor y en la cocina del apartamento, me alejaba por el pasillo que llevaba al dormitorio y cerraba la puerta, evitaba mirar los recordatorios de los primeros años de nuestro matrimonio que colgaban de las paredes del pasillo. De hecho, no me hacía falta mirarlos, porque tampoco podía evitarlos no mirándolos: me los sabía todos de memoria. Había una fotografía donde salíamos John y yo, tomada en una localización del rodaje de *Pánico en Needle Park*. Fue la primera película que hicimos. Con ella fuimos al festival de Cannes. Era la primera vez que yo iba a Europa y volamos en primera clase por cortesía de la Twentieth Century-Fox; yo me subí al avión descalza, era la época, 1971. Había otra fotografía de 1970 en la que salíamos los tres juntos, John, Quintana y yo, en la fuente de Bethesda de Central Park, y en la que John y Quintana, que tenía cuatro años, se comían unos polos. Todo aquel otoño nos lo pasamos en Nueva York, trabajando en una película con Otto Preminger. «Está en el despacho del señor Preminger, que no tiene pelo», le comentó una vez Quintana a un pediatra que le había

preguntado dónde estaba su madre. Había otra fotografía que nos mostraba a John, a Quintana y a mí en la terraza de la casa que teníamos en Malibú en la década de 1970. Era una fotografía que había salido en *People*. Cuando la vi me di cuenta de que Quintana había aprovechado una pausa de la sesión de fotos de aquel día para ponerse lápiz de ojos por primera vez. Había otra fotografía que le había hecho Barry Farrell a su mujer, Marcia, sentada en una silla de ratán de la casa de Malibú y cogiendo en brazos a su entonces bebé, Joan Didion Farrell.

Barry Farrell ya estaba muerto.

Había una fotografía de Katharine Ross que le había sacado Conrad Hall durante la misma época en Malibú en que ella había enseñado a Quintana a nadar, tirando una concha de Tahití en la piscina de un vecino y diciéndole a Quintana que si la sacaba del fondo se la podía quedar. Era una época, principios de la década de 1970, en que Katharine, Conrad, Jean, Brian Moore, John y yo nos intercambiábamos plantas, perros, favores y recetas, y un par de veces por semana cenábamos en las casas de los demás.

Me acuerdo de que todos cocinábamos *soufflés*. La hermana de Conrad, Nancy, había enseñado a Katharine en Papeete a que le subieran bien sin esfuerzo, y luego Katharine nos lo había enseñado a mí y a Jean. El truco era ser menos estrictos con el método de lo que se solía aconsejar. Katharine también nos traía vainas de vainilla, gruesos manojos atados con rafia.

Nos pasamos una temporada usando la vainilla para hacer flanes, pero a ninguna nos gustaba caramelizar el azúcar.

Nos planteamos alquilar la casa de Lee Grant, que estaba justo encima de Zuma Beach, y abrir en ella un restaurante que se llamara «La Casa de Lee Grant». Katharine, Jean y yo nos turnaríamos para cocinar y John, Brian y Conrad se turnarían para atender al público. Aquel plan para sobrevivir en Malibú fue abandonado porque Katharine y Conrad se separaron, Brian estaba terminando una novela y John y yo nos fuimos a Honolulú a reescribir una película. Trabajábamos mucho en Honolulú. En Nueva York nadie conseguía

calcular correctamente la diferencia horaria, de manera que podíamos trabajar el día entero sin que sonara el teléfono. Hubo un punto en la década de 1970 en que yo hasta me quise comprar una casa allí, y me llevé a John a ver muchas, pero él pareció interpretar el hecho de comprarse una casa en Honolulú como una perspectiva menos atractiva que alojarse en el Kahala.

Conrad Hall ya estaba muerto.

Brian Moore ya estaba muerto.

De una casa anterior que alquilábamos por cuatrocientos cincuenta dólares al mes, una enorme casa desvencijada situada en la avenida Franklin, en Hollywood, con muchos dormitorios, porches soleados, árboles de aguacates y pista de tenis de tierra batida invadida de maleza, venía un poema enmarcado que nos había escrito Earl McGrath para conmemorar nuestro quinto aniversario de boda:

He aquí la historia de John Dunne el Paciente
que, con su mujer, la Didion tan querida,
estaba casado y tenía una descendiente;
vivían en Franklin, la avenida.
Vivían con su preciosa hija Quintana,
también conocida como la Didion D,
o sea, la Didion Dunne
o hasta la Didion Du.
También Quintana la del sombrero.
Qué preciosa familia, tres veces repetida
(familia de tres miembros, me refiero)
viviendo al estilo
de la sombra bajo el tilo
en Franklin, la avenida.

La gente que ha perdido hace poco a un ser querido tiene una expresión peculiar, que tal vez solo reconocen quienes han visto esa misma expresión en su propia cara. Yo la he visto en mi cara y por

eso ahora la reconozco en otras. Se trata de una expresión de vulnerabilidad extrema, de desnudez e indefensión. Es la expresión de quien sale de la consulta del oftalmólogo a plena luz del día y con las pupilas dilatadas, o bien de alguien que lleva gafas y de pronto le obligan a quitárselas. La gente que ha perdido a un ser querido parece desnuda porque se cree a sí misma invisible. Yo también me sentí invisible durante una época, incorpórea. Me daba la impresión de haber cruzado uno de aquellos ríos legendarios que separaban a los vivos de los muertos, de haber entrado en un lugar en el que solo me podían ver quienes también habían perdido hacía poco a un ser amado. Por primera vez entendí el poder de aquella imagen de los ríos, el Estigia, el Leteo, el barquero con su capa y su pértiga. Por primera vez entendí el significado de la práctica del satí. Las viudas no se tiraban a la pira en llamas por dolor. En realidad la pira en llamas era una representación bastante precisa del lugar al que las había llevado su dolor: no sus familias ni la comunidad ni la tradición, sino *su dolor*. La noche de la muerte de John nos faltaban treinta y un días para cumplir cuarenta años de casados. A estas alturas, ya habrán adivinado ustedes que a mí la «dura y dulce sabiduría» de los dos versos finales de «Rose Aylmer» se me escapaba por completo.

Yo quería más que una noche de recuerdos y suspiros.

Yo quería gritar.

Yo quería que volviera.

6

Hace años, mientras iba caminando en dirección este por la calle Cincuenta y siete, entre la Quinta Avenida y la Sexta, en pleno día luminoso de otoño, tuve lo que en aquel momento me pareció una premonición de la muerte. Fue un efecto de la luz: una rápida lluvia de luz, de hojas otoñales cayendo (pero ¿de dónde venían?, ¿acaso había árboles en la calle Cincuenta y siete Oeste?), un chaparrón dorado, centelleante, muy rápido, un descenso de la luz. Más tarde busqué el mismo efecto en días luminosos parecidos, pero no lo volví a experimentar nunca. Llegué a preguntarme si no habría sido alguna clase de vahído o apoplejía. Unos años antes, en California, yo había soñado con una imagen que, al despertar, supe que era la muerte: la imagen mostraba una isla helada, con sus abruptas colinas vistas desde el aire, situada junto a una de las islas del canal de la Mancha aunque aquella era toda hielo, translúcida, de color blanco azulado, resplandeciendo bajo el sol. A diferencia de los sueños de quien está esperando la muerte, sentenciado inexorablemente pero antes de que le llegue, en aquel sueño no experimenté temor alguno. Al contrario, tanto la isla de hielo como la caída de la luz en la calle Cincuenta y siete Oeste resultaban imágenes trascendentes, demasiado hermosas para explicarlas, y sin embargo en mi mente no cabía duda de que lo que yo había visto era la muerte.

Pero si aquellas eran mis imágenes de la muerte, ¿por qué yo seguía siendo tan incapaz de aceptar el hecho de que John hubiera muerto? ¿Acaso era porque yo no conseguía entender que le había

pasado a él? ¿Acaso yo seguía interpretándolo como algo que me había pasado a mí?

La vida cambia deprisa.

La vida cambia en un instante.

Te sientas a cenar y la vida que conocías se acaba.

La cuestión de la autocompasión.

Ya ven ustedes lo deprisa que entró en escena la cuestión de la autocompasión.

Una mañana, durante la primavera después de su muerte, cogí el *New York Times* y fui directamente de la portada al crucigrama, una forma de empezar la jornada que se había convertido en la rutina de aquellos días, la forma en que yo me había acostumbrado a leer, o mejor dicho a no leer, el periódico. Antes nunca había tenido paciencia para hacer los crucigramas, pero ahora me imaginaba que aquella costumbre estimularía la recuperación del engranaje cognitivo constructivo. La definición que primero me llamó la atención aquella mañana era el 6 vertical: «Sometimes you feel like…» [«A veces te sientes como…»]. Encontré al instante la respuesta obvia, una respuesta satisfactoriamente larga que llenaba muchas casillas y demostraba que yo estaba preparada para la jornada: «A motherless child» [«Una criatura sin madre»], como la letra del *blues*:

Motherless children have a real hard time…
Motherless children have such a real hard time…

Pero no.

El 6 vertical solo tenía cuatro letras.

Abandoné el crucigrama (la impaciencia es un hábito que cuesta abandonar), y al día siguiente busqué la respuesta. La respuesta correcta para el 6 vertical era «anut». ¿«Anut»? ¿«A nut»? ¿«Sometimes you feel like a nut» [«A veces te apetece un fruto seco»]? ¿Cuánto me había alejado yo del mundo de las respuestas normales?

Fíjense: la respuesta a la que yo había accedido al instante («Una criatura sin madre») era un lamento autocompasivo.

No iba a ser fácil corregir aquella incomprensión.

¡Qué ávida la acometida de ese resplandor mareante!
¿Dónde están mi padre y Eleanor?
¿No dónde están ahora, cuando llevan siete años muertos,
sino dónde están los que eran entonces?
¿Desaparecidos? ¿Desaparecidos?

DELMORE SCHWARTZ,
«Paseamos tranquilos por este día de abril»

Él creía que se estaba muriendo. Y no paraba de decírmelo. Yo no le hacía caso. Estaba deprimido. Había terminado una novela, *Nothing Lost*, que se encontraba atrapada en ese predecible limbo del tiempo que ha de pasar entre la entrega y la publicación, y estaba atravesando una crisis de confianza igualmente predecible relacionada con el libro que acababa de empezar, una reflexión sobre el significado del patriotismo a la que todavía no le había cogido el ritmo. También llevaba la mayor parte del año lidiando con una serie de problemas médicos enervantes. Su ritmo cardíaco había estado incurriendo cada vez más a menudo en fibrilación auricular. Se le podía restaurar el ritmo sinusal normal por medio de cardioversión, un procedimiento que no requería ingreso y que consistía en anestesiarlo durante unos minutos mientras le aplicaban descargas eléctricas al corazón. Sin embargo, cualquier pequeño cambio de estatus físico, como por ejemplo coger un resfriado o hacer un vuelo largo, le podía trastornar otra vez el ritmo. En la última de aquellas intervenciones, en abril de 2003, le hizo falta no una descarga, sino dos. La frecuencia cada vez mayor con que necesitaba cardioversión indicaba que esta ya no era una opción útil. En junio, después de una serie de consultas, lo sometieron a una intervención cardíaca más radical, una ablación por radiofrecuencia

del nodo atrioventricular seguida de la implantación del marcapasos Kappa 900 SR de Medtronic.

En el curso del verano, fortalecido por la alegría de la boda de Quintana y por el aparente éxito del marcapasos, parecía que su ánimo había repuntado. En otoño volvió a decaer. Recuerdo que nos peleamos por un viaje que teníamos planeado a París en noviembre. Yo no quería ir. Le dije que teníamos demasiado trabajo y que no nos llegaba el dinero. Pero él me dijo que tenía la sensación de que si no iba en noviembre a París ya no volvería a ir jamás. A mí aquello me sonaba a chantaje. Pues entonces decidido, le dije, vamos. Él se fue de la mesa. Nos pasamos dos días sin dirigirnos prácticamente la palabra.

Al final nos fuimos a París en noviembre.

«Yo os digo que no viviré dos días», dijo Gawain.

Hace unas semanas, en el Council on Foreign Relations, en la calle Sesenta y ocho con Park Avenue, vi a un tipo que estaba delante de mí leyendo el *International Herald Tribune*. Un ejemplo más de coger el carril equivocado: ya no estoy en el Council on Foreign Relations de la Sesenta y ocho con Park, sino sentada delante de John a la hora del desayuno en el comedor del hotel Bristol de París, en noviembre de 2003. Los dos estamos leyendo el *International Herald Tribune*, los ejemplares del hotel, con sus tarjetitas grapadas informando del parte meteorológico del día. Las tarjetas de todas aquellas mañanas de noviembre en París mostraban el icono de un paraguas. Paseamos bajo la lluvia por el Jardin du Luxembourg. Nos metimos en Saint-Sulpice para escapar de la lluvia. Se estaba celebrando una misa. John comulgó. Cogimos frío en el Jardin du Ranelagh. En el vuelo de regreso a Nueva York la bufanda de John y mi vestido-jersey olían a lana mojada. Durante el despegue, él me cogió la mano hasta que el avión empezó a nivelarse.

Como siempre.

¿Qué fue de aquello?

En una revista veo un anuncio de Microsoft que muestra el andén de la estación de metro de Porte des Lilas, en París.

Ayer me encontré en el bolsillo de una chaqueta que ya no me pongo un billete de metro usado de aquel viaje a París en noviembre. «Los únicos que "toman" la comunión son los episcopalianos», me corrigió él la última vez que salimos de Saint-Sulpice. Llevaba cuarenta años corrigiéndome aquella equivocación. Los episcopalianos la «tomaban» y los católicos la «recibían». Y siempre me explicaba que se trataba de una diferencia de actitud.

¿No dónde están ahora, cuando llevan siete años muertos, sino dónde están los que eran entonces?

La última cardioversión: abril de 2003. La que había requerido dos descargas. Recuerdo que un médico me explicó por qué se hacía con anestesia. «Porque si no, brincan de la mesa», me dijo. 30 de diciembre de 2003: el brinco repentino cuando el personal de la ambulancia estaba usando las palas del desfibrilador en el suelo del salón. ¿Acaso llegó a ser un latido del corazón o no fue más que electricidad?

La noche en que se murió o bien la noche antes, en el taxi entre Beth Israel Norte y nuestro apartamento, me dijo una serie de cosas que por primera vez me impidieron achacar su estado de ánimo a la simple depresión, a una fase normal en la vida de cualquier escritor.

Nada de lo que había hecho, me dijo, tenía valor alguno.

Yo seguí intentando no darle importancia.

Puede que no fuera normal, me dije a mí misma, pero tampoco lo era el estado en que acabábamos de dejar a Quintana.

Me dijo que la novela no tenía valor alguno.

Puede que no fuera normal, me dije a mí misma, pero tampoco lo era el que un padre viera a su hija en un estado en el que no podía ayudarla.

Me dijo que el artículo que acababa de publicar en la *New York Review*, una reseña de la biografía que había hecho Gavin Lambert

de Natalie Wood, no tenía valor alguno.

Puede que no fuera normal, pero ¿había habido algo normal en los últimos días?

Me dijo que no sabía qué estaba haciendo en Nueva York.

—¿Por qué he malgastado mi tiempo en un artículo sobre Natalie Wood? —me dijo.

No era una pregunta.

—Tenías razón en lo de Hawái —me dijo entonces.

Puede que quisiera decirme que yo había tenido razón un día o dos antes, al decirle que cuando Quintana se pusiera mejor (que era nuestra forma en clave de decir «si sobrevivía») podíamos alquilar una casa en la playa de Kailua para que ella se recuperara allí. O bien puede que quisiera decir que yo había tenido razón en los años setenta, cuando yo quería comprar una casa en Honolulú. En aquel momento yo preferí pensar lo primero, pero el hecho de que el comentario fuera en pasado sugería lo segundo. Estas cosas me las dijo en el trayecto en taxi entre el Beth Israel Norte y nuestro apartamento, o bien tres horas antes de morir o bien veintisiete, intento acordarme con exactitud pero no puedo.

7

¿Por qué seguía yo haciendo hincapié en qué era normal y qué no lo era, cuando ya nada lo era?

Déjenme que intente establecer una cronología.

A Quintana la ingresaron en la UCI del Beth Israel Norte el 25 de diciembre de 2003.

John murió el 30 de diciembre de 2003.

Yo le dije a Quintana que su padre había muerto la mañana del 15 de enero de 2004, en la UCI del Beth Israel Norte, después de que los médicos consiguieran quitarle el tubo del respirador y reducirle la sedación hasta un punto en que ella se pudiera ir despertando gradualmente. El plan no había sido contárselo aquel día. Los médicos habían dicho que se iría despertando de forma intermitente, al principio de forma únicamente parcial, y que durante varios días solo sería capaz de absorber una cantidad limitada de información. Si se despertaba y me veía a mí, se preguntaría dónde estaba su padre. Gerry, Tony y yo habíamos hablado largo y tendido de aquel tema. Y habíamos decidido que, cuando empezara a despertarse, el único que tenía que estar con ella era Gerry. Así Quintana podría concentrarse en él y en su vida juntos. Era posible que no surgiera la cuestión de su padre. Yo ya la visitaría más adelante, quizá al cabo de unos días. Y entonces se lo podría decir. Cuando tuviera más fuerzas.

Tal como habíamos planeado, cuando Quintana por fin se despertó, Gerry entró a verla. Lo que no habíamos planeado era que una enfermera le dijera que su madre estaba fuera, en el pasillo.

¿Y cuándo va a entrar?, preguntó ella.

Entré.

—¿Dónde está papá? —me preguntó al verme.

Como las tres semanas de estar entubada le habían inflamado las cuerdas vocales, su susurro apenas resultó audible. Yo le conté lo que había pasado. Hice hincapié en el historial de problemas cardíacos, en la larga racha de buena suerte que habíamos tenido y que por fin se nos había acabado, y en el hecho de que el final parecía haber sido repentino pero en realidad había sido inevitable. Ella se echó a llorar. Gerry y yo la abrazamos. Por fin se volvió a quedar dormida.

—¿Cómo está papá? —me susurró cuando la visité aquella noche.

Volví a empezar. El ataque al corazón. El historial. El final aparentemente repentino.

—Pero ¿cómo está *ahora*? —me susurró, luchando por hacerse oír.

Ella había asimilado lo del final repentino pero no el resultado.

Se lo volví a contar. Al final se lo tendría que contar por tercera vez, en otra UCI, esta vez del UCLA Medical Center.

La cronología.

El 19 de enero de 2004, la trasladaron de la UCI de la sexta planta del Beth Israel Norte a una habitación de la planta doce. El 22 de enero de 2004, todavía demasiado débil para ponerse de pie o sentarse sin apoyarse en nadie, y con una fiebre causada por una infección hospitalaria contraída en la UCI, la dieron de alta del Beth Israel Norte. Gerry y yo la acostamos en su antigua habitación de mi apartamento. Gerry salió a recoger las medicinas que le habían recetado. Ella se levantó de la cama para coger otra colcha del armario y cayó desplomada al suelo. Yo no pude levantarla y necesité llamar a alguien del edificio para volver a meterla en la cama.

La mañana del 25 de enero de 2004, Quintana se despertó, todavía en mi apartamento, con un fuerte dolor en el pecho y la

fiebre subiéndole. La ingresaron aquel mismo día en el Milstein Hospital del Columbia-Presbyterian, después de que en el servicio de urgencias del Presbyterian le diagnosticaran una embolia pulmonar. Yo no sabía entonces, pero ahora sí, que teniendo en cuenta su larga inmovilización en el Beth Israel, aquel era un episodio previsible que se le podría haber diagnosticado antes de darle de alta del Beth Israel, por medio de las mismas resonancias magnéticas que le acabarían haciendo tres días más tarde en urgencias del Presbyterian. Después de ingresarla en el Milstein, le hicieron resonancias de las piernas para ver si se le habían formado coágulos. Le pusieron anticoagulantes para evitar que se le formaran más mientras se le iban disolviendo los ya existentes.

El 3 de febrero de 2004 la dieron de alta del Presbyterian, todavía tomando los anticoagulantes. Empezó fisioterapia para recuperar la fuerza y la movilidad. Juntamente con Tony y Nick, ella y yo organizamos el funeral de John. El servicio se celebró a las cuatro de la tarde del martes, 23 de marzo de 2004, en la catedral de Saint John the Divine, donde, a las tres en punto, y en presencia de la familia, colocamos las cenizas de John en la capilla anexa al altar principal, tal como teníamos planeado. Después del servicio, Nick había organizado una recepción en el Union Club. Al acabarse, treinta o cuarenta miembros de la familia se acercaron a nuestro apartamento, mío y de John. Encendí la chimenea. Servimos copas. Cenamos. Aunque seguía débil, Quintana se había puesto de pie con su vestido negro en la catedral y hasta se rio con sus primas en la cena. La mañana del 25 de marzo, día y medio más tarde, Gerry y ella iban a retomar su vida volando a California y paseando unos días por la playa de Malibú. Yo la había animado a que lo hiciera. Quería volver a verle el color de Malibú en la cara y en el pelo.

Al día siguiente del funeral, 24 de marzo, a solas en el apartamento, una vez cumplidas las obligaciones de enterrar a mi marido y ver a nuestra hija recuperada de su crisis, recogí los platos y me permití pensar por primera vez en lo que iba a tener que hacer para retomar mi vida. Llamé a Quintana para desearle buen viaje.

Ella iba a volar temprano a la mañana siguiente. Parecía nerviosa. Siempre se ponía nerviosa antes de viajar. Desde que era niña, el tener que decidir qué ponía en su equipaje parecía desencadenar en ella cierto miedo a la desorganización. ¿Crees que estaré bien en California?, me preguntó. Yo le dije que sí. Que seguro que iba a estar bien en California. Que, de hecho, irse a California marcaría el principio del resto de su vida. Mientras colgaba el teléfono, se me ocurrió que limpiar mi oficina sería un paso hacia el primer día del resto de mi vida. Me puse a hacerlo. Y seguí haciéndolo durante la mayor parte del día siguiente, el jueves 25 de marzo. En varios momentos de aquel día de tranquilidad me sorprendí a mí misma pensando que tal vez yo hubiera entrado en una nueva etapa. En enero había visto formarse témpanos de hielo sobre el Hudson desde una ventana del Columbia-Presbyterian. Ahora, en marzo, el hielo había desaparecido, yo ya había hecho lo que tenía que hacer por John, y Quintana iba a volver de California recuperada. A medida que avanzaba la tarde (su avión ya habría aterrizado, ella ya habría recogido su coche y habría conducido por la Pacific Coast Highway), me la imaginé paseando por la playa con Gerry bajo la tenue luz del sol de Malibú. Introduje el código postal de Malibú, el 90265, en AccuWeather. Hacía sol; no me acuerdo de las temperaturas máxima y mínima, pero sí me acuerdo de que me parecieron satisfactorias, hacía buen día en Malibú.

En las colinas habría mostaza silvestre.

Quintana podría llevar a su marido a ver las orquídeas del cañón de Zuma.

Se lo podría llevar a comer pescado frito tomando el tren del condado de Ventura.

Ella había hecho una reserva para llevarlo a almorzar un día al Jean Moore's, iba a estar en los lugares donde había pasado la infancia. Podría enseñarle los sitios donde solía coger mejillones para la comida de Pascua. Podría enseñarle dónde había mariposas, dónde había aprendido a jugar al tenis y también el sitio donde los socorristas de la playa de Zuma le habían enseñado a escaparse

nadando de la corriente de resaca. En el escritorio de mi oficina yo tenía una foto que le habían hecho a los seis o siete años, con el pelo largo y aclarado por el sol de Malibú. En la parte de atrás del marco había metida una nota a lápiz de color que ella me había dejado un día en la encimera de la cocina de Malibú: «Querida mamá, cuando has abierto la puerta he sido yo quien se ha escapado corriendo, XXXXXX. Q».

A las siete y diez de aquella tarde yo me estaba cambiando para bajar a cenar con unos amigos que vivían en el mismo edificio. Digo «a las siete y diez» porque fue a esa hora cuando sonó el teléfono. Era Tony. Me dijo que estaba viniendo. Me fijé en la hora porque yo tenía que bajar a las siete y media, pero Tony me había hablado en un tono tan apremiante que no le dije nada. Su mujer, Rosemary Breslin, se había pasado los últimos quince años lidiando con una afección de la sangre sin diagnóstico. Poco después de la muerte de John, le habían puesto un tratamiento experimental que la estaba dejando cada vez más débil y necesitada de hospitalización intermitente en el Memorial Sloan-Kettering. Yo sabía que el día tan fatigoso que habíamos pasado en la catedral y más tarde con la familia la había dejado extenuada. Interrumpí a Tony cuando él ya estaba a punto de colgar. Le pregunté si Rosemary volvía a estar en el hospital. Él me dijo que no era Rosemary. Que era Quintana; que mientras hablábamos, a las siete y diez en Nueva York y a las cuatro y diez en California, estaba siendo operada de emergencia por neurocirujanos del UCLA Medical Center de Los Ángeles.

8

Se habían bajado del avión.

Habían recogido la maleta que compartían.

Gerry estaba llevando la maleta a la furgoneta que los trasladaría a la oficina de alquiler de coches, cruzando la entrada para automóviles de la zona de llegadas, caminando por delante de Quintana. En un momento dado echó un vistazo hacia atrás. Nunca he sabido qué fue lo que le hizo mirar atrás. Nunca se me ha ocurrido preguntárselo. Me lo imagino como un caso de esos en que oyes que alguien habla y de pronto ya no lo oyes, de manera que miras. *La vida cambia en un instante. Un instante normal*. Ella estaba tumbada boca arriba en el asfalto. Llamaron a una ambulancia. Se la llevaron al UCLA. Según Gerry, en la ambulancia estaba despierta y lúcida. Hasta que llegó a urgencias no empezó a tener convulsiones y perdió la coherencia. Se avisó a un equipo de cirujanos. Le hicieron un escáner. Para cuando la llevaron al quirófano, ya tenía una pupila fija. La otra se quedó fija mientras la metían con la camilla. Esto me lo contaron más de una vez, siempre como prueba de la gravedad de su estado y de la naturaleza crítica de la intervención: «Tenía una pupila fija y la otra se quedó fija cuando la estábamos metiendo en el quirófano».

La primera vez que me lo contaron, yo no tenía ni idea de qué significaba. Pero la segunda vez ya sí. Sherwin B. Nuland, en su libro *Cómo morimos*, contaba que había visto, en su tercer año de estudiante de medicina, a un paciente cardíaco que tenía «las pupilas fijas en esa posición de dilatación enorme y oscura que

indica muerte cerebral, y que obviamente ya no iban a volver a reaccionar a la luz». También en *Cómo morimos*, el doctor Nuland describía los intentos fallidos que había hecho un equipo de reanimación cardiopulmonar de revivir a un paciente que había sufrido una parada cardíaca en el hospital: «Aquellos jóvenes y tenaces hombres y mujeres vieron cómo las pupilas del paciente dejaban de reaccionar a la luz y se ensanchaban hasta convertirse en grandes círculos fijos de negrura impenetrable. A su pesar, el equipo interrumpió sus esfuerzos. […] Los restos de la batalla perdida quedaron desperdigados por la sala». ¿Acaso fue eso mismo lo que vio el personal de la ambulancia del New York-Presbyterian en los ojos de John mientras yacía en el suelo de nuestro salón el 30 de diciembre de 2003? ¿Acaso fue eso lo que vieron los neurocirujanos del UCLA en los ojos de Quintana el 25 de marzo de 2004? ¿Una «negrura impenetrable»? ¿La «muerte cerebral»? ¿Acaso fue eso lo que pensaron? Cuando miro el informe impreso del escáner que le hicieron aquel día en el UCLA, todavía me fallan las piernas.

> El escáner muestra hematoma subdural del hemisferio derecho, con evidencia de hemorragia aguda. No se puede excluir que haya hemorragia activa. El hematoma causa un efecto pronunciado de masa en el cerebro derecho, hernia subfalcial y principio de uncal, con 19 mm de desplazamiento de la línea intermedia del lado derecho al izquierdo a la altura del tercer ventrículo. El ventrículo lateral derecho está parcialmente borrado y el ventrículo lateral izquierdo muestra principio de atrapamiento. Hay compresión entre moderada y pronunciada del mesoencéfalo y la cisterna perimesencefálica está borrada. Se perciben hematomas subdurales en la falce posterior y en la tienda izquierda del cerebelo. Se percibe una pequeña hemorragia parenquimal, probablemente por contusión, en el lóbulo frontal inferior-lateral derecho. Las amígdalas cerebelosas están al nivel del foramen magno. No hay fractura craneal. Hay un hematoma grande en el cuero cabelludo de la zona parietal derecha.

25 de marzo de 2004. Las siete y diez de la tarde en Nueva York.

Quintana recién acababa de salir del estado en que los médicos decían «Todavía no sabemos cómo va a evolucionar esto» y ya había

vuelto a él.

Yo me temía que ya hubiera evolucionado a mal.

Puede que ya se lo hubieran comunicado a Gerry y este estuviera intentando asimilarlo antes de llamarme.

Puede que ella ya estuviera de camino a la morgue del hospital.

Sola. En camilla. Con un camillero.

Yo ya me había imaginado aquella escena, con John.

Llegó Tony.

Me repitió lo que ya me había contado por teléfono. A él le había llamado Gerry desde el UCLA. Quintana estaba en el quirófano. A Gerry se lo podía contactar llamándolo a su móvil al vestíbulo del hospital, que resultaba que también hacía las veces de sala de espera de la zona de quirófanos (el UCLA estaba construyendo otro hospital, aquel ya estaba sobrecargado y anticuado).

Llamamos a Gerry.

Uno de los cirujanos acababa de salir para ponerle al corriente de la situación. Ahora el equipo de cirujanos tenía «bastante confianza» en que Quintana «saldría de la mesa de operaciones», aunque no podían predecir en qué estado.

Recuerdo que me di cuenta de que aquella era una valoración al alza: el informe anterior del quirófano había dicho que el equipo «no estaba seguro en absoluto» de que Quintana «fuera a salir de la mesa de operaciones».

Recuerdo que intenté pero no conseguí entender la expresión «salir de la mesa de operaciones». ¿Querían decir viva? ¿Acaso ellos habían dicho «viva» pero Gerry no era capaz de repetírnoslo? Pase lo que pase, recuerdo que pensé, está claro que ella va a «salir de la mesa».

Por entonces debían de ser las cuatro y media en Los Ángeles, las siete y media en Nueva York. No estaba segura de cuánto tiempo llevaban operándola. Ahora veo que, si el informe indicaba que el escáner se había llevado a cabo sobre las «15.06», las tres y seis de Los Ángeles, lo más seguro es que ella no llevara más que media hora en el quirófano. Saqué una guía de vuelos de la OAG para ver

qué compañía me podía llevar todavía aquella noche a Los Ángeles. Delta tenía un vuelo que salía del Kennedy a las 21.40. Ya estaba a punto de llamar a Delta cuando Tony me dijo que no le parecía buena idea estar en pleno vuelo durante la operación.

Recuerdo un silencio.

Recuerdo que dejé a un lado la guía de la OAG.

Llamé a Tim Rutten a Los Ángeles y le pedí que fuera al hospital a esperar con Gerry. Llamé a nuestro contable de Los Ángeles, Gil Frank, que también tenía una hija a la que le habían hecho neurocirugía de emergencia en el UCLA hacía unos meses, y él también me dijo que se iba al hospital.

Fue lo más parecido que pude conseguir a estar allí.

Puse la mesa en la cocina y Tony y yo picamos un poco del *coq au vin* que había sobrado de la cena para la familia posterior al funeral en Saint John the Divine. Llegó Rosemary. Nos sentamos a la mesa de la cocina y tratamos de desarrollar algo que denominamos un «plan». Usamos expresiones como «las contingencias», con delicadeza, como si alguno de los tres no supiera cuáles eran «las contingencias». Recuerdo que llamé a Earl McGrath para ver si me dejaba usar su casa de Los Ángeles. Recuerdo que empleé las palabras «si me hace falta», otra construcción igual de delicada. Recuerdo que él me interrumpió sin miramientos: él volaría al día siguiente a Los Ángeles en el avión de un amigo y yo iría con él. Sobre la medianoche Gerry llamó para contarnos que la operación había terminado. Ahora le harían otro escáner para ver si había alguna hemorragia adicional que no hubieran visto. Si había hemorragia la operarían otra vez. Si no, le harían otra intervención para colocarle un filtro en la vena cava a fin de que no le entraran coágulos en el corazón. Sobre las cuatro de la madrugada, hora de Nueva York, volvió a llamarnos para decir que el escáner no había mostrado más hemorragia y que ya le habían implantado el filtro. Me contó lo que los cirujanos le habían contado a él de la operación en sí. Yo tomé notas:

«Hemorragia arterial, arteria soltando chorros de sangre, como un géiser, sangre por toda la sala, factor de coagulación cero».

«Cerebro desplazado al lado izquierdo».

Cuando volví de Los Ángeles a Nueva York, ya entrada la noche del 30 de abril, me encontré aquellas notas en una lista de la compra que había junto al teléfono de la cocina. Ahora sé que el término técnico para decir «cerebro desplazado al lado izquierdo» es «desplazamiento de la línea media», un factor significativo que vaticinaba malos resultados, pero ya entonces me di cuenta de que era grave. Lo que yo había apuntado para comprar aquel día de marzo de cinco semanas antes eran botellines individuales de Evian, melaza, caldo de pollo y harina de linaza.

«Leer, aprender, resolver los interrogantes y acudir a la literatura especializada».

«La información es control».

La mañana después de la operación, antes de ir a Teterboro a coger el avión, busqué en internet «Pupilas fijas y dilatadas». Descubrí que se llamaban pupilas «midriáticas». Leí el resumen de un estudio que habían hecho unos investigadores del Departamento de Neurocirugía de la Clínica Universitaria de Bonn. El estudio hacía un seguimiento de noventa y nueve pacientes que habían presentado o desarrollado uno o dos cuadros de pupilas midriáticas. La tasa de mortalidad general era del 75 por ciento. Del 25 por ciento de pacientes que seguían vivos al cabo de veinticuatro meses, el 15 por ciento mostraba lo que la Escala de Resultados de Glasgow definía como «resultado desfavorable» y el 10 por ciento restante un «resultado favorable». Traduje los porcentajes: de los noventa y nueve pacientes, setenta y cuatro habían muerto. De los veinticinco supervivientes, al cabo de dos años, cinco se encontraban en estado vegetativo, diez presentaban incapacidades graves, ocho eran independientes y dos se habían recuperado del todo. También descubrí que las pupilas fijas y dilatadas indicaban lesión o

compresión del tercer nervio craneal y del tronco encefálico superior. «Nervio tercero» y «tronco encefálico» eran palabras que acabaría oyendo demasiado para mi gusto en las semanas siguientes.

9

«Estás a salvo —recuerdo que le susurré a Quintana cuando por fin pude verla en la UCI del UCLA—. Estoy aquí. Te vas a poner bien». Le habían afeitado la mitad del cráneo para la operación. Yo le vi la larga incisión y las grapas que se la mantenían cerrada. Ella volvía a respirar únicamente gracias a un tubo endotraqueal. «Estoy aquí. Todo va bien».

—¿Cuándo te tienes que marchar? —me preguntó el día que por fin pudo hablar. Pronunció las palabras con dificultad, con la cara tensa.

Yo le dije que no me iría hasta que nos pudiéramos marchar las dos juntas.

Se le relajó la cara. Se volvió a dormir.

Durante aquellas semanas se me ocurrió que aquella había sido la promesa fundamental que yo llevaba haciéndole desde el día en que nos la habíamos traído a casa desde el Saint John's Hospital de Santa Mónica: que no me marcharía. Que cuidaría de ella. Que no le iba a pasar nada. También se me ocurrió que era una promesa que yo no podía cumplir. Yo no podía cuidar de ella siempre. No podía no marcharme nunca. Ella ya no era una niña. Era una adulta. En la vida pasan cosas que las madres no podemos impedir ni arreglar. Y a menos que una de aquellas cosas la matara de forma prematura, como casi había pasado en el Beth Israel y todavía podía pasar en el UCLA, yo me moriría antes que ella. Recuerdo discusiones en bufetes de abogados en las que me había angustiado la expresión «fallecimiento previo». La expresión no podía aplicarse a nuestro

caso. Después de cada una de aquellas discusiones, yo veía las palabras «tragedia múltiple» bajo una luz nueva y favorable. En una ocasión, sin embargo, después de un vuelo difícil entre Honolulú y Los Ángeles yo me había imaginado una de aquellas tragedias múltiples y la había rechazado. El avión se venía abajo. Ella y yo sobrevivíamos milagrosamente al accidente aéreo y nos quedábamos a la deriva en el Pacífico, agarrándonos a los restos de la colisión. El dilema era el siguiente: como yo estaba menstruando y la sangre atraería a los tiburones, yo tenía que abandonarla, alejarme nadando, dejarla allí.

¿Sería capaz de hacerlo?

¿Acaso todos los padres y las madres se sienten así?

Cuando mi madre estaba a punto de morirse, con noventa años, me explicó que ya estaba lista para morirse pero que no podía. «Jim y tú me necesitáis», me dijo. Para entonces mi hermano y yo ya estábamos en la sesentena.

Estás a salvo.

Estoy aquí.

Una cosa en la que me fijé en el curso de aquellas semanas en el UCLA fue que mucha gente, tanto de Nueva York como de California o de otras partes, compartía un hábito mental que se suele atribuir a la gente de mucho éxito: la fe absoluta en su propio talento directivo. Tenían una fe absoluta en el poder de los números de teléfono que estaban marcando, en el médico perfecto, en el proveedor de fondos, en la persona que podía conseguir un favor del Estado o de la justicia. De hecho, el talento directivo de aquella gente era prodigioso. El poder de sus números de teléfono no tenía igual. Durante la mayor parte de mi vida, yo había compartido la misma fe esencial en mi capacidad para controlar los acontecimientos. Si a mi madre la hospitalizaban de repente en Túnez, yo podía conseguir que el cónsul americano le llevara la prensa en inglés y la metiera en un vuelo de Air France para que ella

se reuniera con mi hermano en París. Si Quintana se quedaba de repente tirada en el aeropuerto de Niza, yo podía acordar con alguien de British Airways ponerla en un vuelo de esa compañía para que se reuniera con su prima en Londres. Y, sin embargo, en algún nivel yo ya había comprendido, porque era una persona que había nacido con miedo, que en la vida había cosas que yo nunca tendría capacidad para controlar o dirigir. Que había cosas que simplemente sucedían. Y esta era una de aquellas cosas. *Te sientas a cenar y la vida que conocías se acaba*.

Mucha gente con la que hablé durante aquellos primeros días que Quintana se pasó inconsciente en el UCLA parecía no sufrir este miedo. Su reacción inmediata era que aquel incidente se podía gestionar. Y para gestionarlo, lo único que necesitaban era información. Lo único que necesitaban era saber cómo había sucedido. Necesitaban respuestas. Necesitaban «el pronóstico».

Yo no tenía respuestas.

Yo no tenía pronóstico.

Yo no sabía cómo había sucedido aquello.

Había dos posibilidades, y ambas habían llegado a parecerme irrelevantes. Una era que Quintana se hubiera caído y que el traumatismo le hubiera causado una hemorragia en el cerebro, que es un riesgo de los anticoagulantes que le habían dado para evitar las embolias. La segunda posibilidad era que la hemorragia del cerebro hubiera tenido lugar antes de la caída y que fuera de hecho lo que la había provocado. La gente que toma anticoagulantes sangra mucho. Les tocas y les sale un hematoma. El nivel de anticoagulante en la sangre, que se mide por medio de un número llamado Tiempo de Protrombina Estandarizada o INR, cuesta mucho de controlar. Hay que hacer análisis de sangre cada pocas semanas y en algunos casos cada pocos días. Hay que introducir cambios minúsculos y complicados en las dosis. El INR ideal de Quintana era, décima de punto más o menos, 2,2. Sin embargo, resultaba que el día que había volado a Los Ángeles tenía un INR por encima de 4, un nivel al que pueden producirse hemorragias espontáneas. Cuando

llegué a Los Ángeles y hablé con el cirujano jefe, este me dijo que estaba «cien por cien seguro» de que la hemorragia la había causado un traumatismo. Otros médicos con los que hablé no estaban tan seguros. Uno de ellos me sugirió que solo el vuelo ya podía haber causado los suficientes cambios de presurización como para provocar una hemorragia.

Me acuerdo de que le insistí al cirujano sobre aquello, intentando (una vez más) gestionar la situación, obtener respuestas. Le estaba hablando por un teléfono móvil desde el patio de la cafetería del UCLA Medical Center. La cafetería se llamaba «Café Med». Era mi primera visita al Café Med y también mi primera experiencia con su cliente habitual más llamativo, un hombre bajito y medio calvo (di por sentado que se trataba de un paciente del Instituto Neuropsiquiátrico con permiso para pasear por las instalaciones) que se dedicaba a seguir siempre de forma compulsiva a alguna mujer por la cafetería, o bien escupiéndole o bien mascullándole imprecaciones furiosas sobre lo asquerosa, vil y escoria indigna que era. Aquella mañana en concreto el tipo bajito y medio calvo me había seguido a mí hasta el patio y por su culpa ahora me costaba entender lo que me estaba diciendo el cirujano. «Ha sido el traumatismo, tenía un vaso sanguíneo reventado, lo hemos visto», creo que me dijo. No me pareció que aquello resolviera del todo el interrogante: el hecho de que hubiera un vaso sanguíneo reventado no descartaba de forma categórica la posibilidad de que el vaso hubiera reventado antes de la caída y la hubiera causado. Sin embargo, plantada allí, en el patio del Café Med, con el tipo bajito y medio calvo escupiéndome en el zapato, me di cuenta de que la respuesta al interrogante no importaba lo más mínimo. Había sucedido. Aquel era el único dato nuevo a tener en cuenta.

En el curso de aquella misma llamada, que tuvo lugar durante el primer día completo que yo pasaba en Los Ángeles, recuerdo que el cirujano me dijo varias cosas más.

Recuerdo que me dijo que Quintana seguiría varios días o hasta semanas en coma.

Recuerdo que me dijo que tenía que transcurrir un mínimo de tres días para que alguien pudiera tener alguna idea de en qué estado se encontraba su cerebro. El cirujano era «optimista», pero no se podían hacer predicciones. Durante los tres o cuatro días siguientes podían surgir muchos problemas más acuciantes.

Ella podía contraer una infección.

Podía contraer neumonía, podía sufrir una embolia.

Podía desarrollar más inflamaciones que obligaran a operarla otra vez.

Después de colgar, caminé de vuelta a la cafetería, donde Gerry estaba tomando café con Susan Traylor y con las hijas de mi hermano, Kelley y Lori. Recuerdo que me pregunté si debía mencionarles aquellos posibles problemas más acuciantes que el médico me acababa de mencionar. Cuando les miré a la cara, vi que no había razón para no hacerlo: los cuatro habían estado en el hospital antes de que yo llegara a Los Ángeles. A los cuatro ya les habían hablado de los problemas más acuciantes.

Durante las veinticuatro noches de diciembre y enero que Quintana había pasado en la UCI de la sexta planta del Beth Israel Norte, yo había tenido en mi mesilla de noche un ejemplar en tapa blanda de *Intensive Care: A Doctor's Journal* [«Cuidados intensivos: diario de un médico»], del doctor John F. Murray, que entre 1966 y 1989 había dirigido la División de Cuidados Pulmonares y Críticos de la Facultad de Medicina de la Universidad de California en San Francisco. *Intensive Care* describe, día a día, un período de cuatro semanas en la UCI de un hospital general de San Francisco donde por entonces el doctor Murray era el jefe médico responsable de todos los pacientes, residentes, internos y estudiantes de medicina. Yo había leído aquella crónica una y otra vez. Había aprendido muchas cosas que me ayudaron a valorar mi trato diario con los

médicos de la UCI del Beth Israel Norte. Por ejemplo, había leído que a menudo era difícil estimar cuál era el momento adecuado para la extubación, la extracción del tubo endotraqueal. Había descubierto que algo que impedía habitualmente la extubación era el edema que se producía de forma bastante predecible en cuidados intensivos. Había descubierto que a menudo aquel edema no era resultado de una patología previa, sino de la administración excesiva de fluido intravenoso, la incapacidad para distinguir entre hidratación y sobrehidratación, un exceso de cautela. Había descubierto que muchos jóvenes residentes cometen un exceso de cautela parecido en lo tocante a la extubación en sí: como el resultado es incierto, tienen tendencia a demorar el procedimiento más de lo necesario.

Yo había asimilado aquellas lecciones. Y las había puesto en práctica: una pregunta tímida por aquí y un deseo expresado por allá. Les había dicho que «me preguntaba» si acaso no la tendrían «anegada». («Yo no lo sé, claro, solo lo digo por su aspecto»). Había usado la palabra «anegada» de forma deliberada. Me había fijado en que se ponían tensos cuando yo usaba la palabra «edema». También les había dicho que «me preguntaba» si tal vez Quintana no podría respirar mejor si estuviera menos anegada. («Yo no soy médico, claro, pero me parece lógico»). También les había dicho que «me preguntaba» si tal vez la administración monitorizada de un diurético no permitiría la extubación. («Ya sé que es un remedio casero, pero si yo me sintiera como ella me tomaría un Lasix»). Usando como guía *Intensive Care*, todo me había parecido muy sencillo e intuitivo. Y había una forma de saber si habías dado en el clavo. Sabías que habías dado en el clavo cuando un médico al que le habías hecho alguna sugerencia presentaba el mismo plan como si fuera suyo al día siguiente.

Pero esto era distinto. Durante el choque de voluntades que había tenido lugar en el Beth Israel Norte sobre el edema, a mí se me había ocurrido cierta frasecita despectiva: «No hay que ser neurocirujano para entenderlo». Pero ahora sí que había que serlo. Cuando los médicos del UCLA me decían palabras como «parietal» o

«temporal», yo no tenía ni idea de a qué partes del cerebro se estaban refiriendo. «Frontal derecho» creo que lo podía entender. Me daba la impresión de que «occipital» se refería a «ojo», pero era culpa del razonamiento equivocado de que la palabra empezaba por «oc», igual que «ocular». Fui a la librería del UCLA Medical Center. Me compré un libro que la portada describía como «una perspectiva general de la neuroanatomía y de sus implicaciones funcionales y clínicas», además de un «excelente manual para el Examen de Licencia Médica». El autor del libro era el doctor Stephen G. Waxman, jefe de neurología del Yale-New Haven, y se titulaba *Neuroanatomía clínica*. Hojeé con éxito alguno de los apéndices, por ejemplo el «Apéndice A: El examen neurológico», pero cuando me puse a leer el texto en sí lo único que me vino a la cabeza fue un viaje a Indonesia durante el cual me había desorientado mi incapacidad para identificar la gramática del Bahasa Indonesia, el idioma oficial que se usaba en las señales de tráfico, los letreros de los comercios y las vallas publicitarias. Le pregunté a un tipo de la embajada americana cómo se distinguían los verbos de los sustantivos. El tipo me contestó que el Bahasa era un idioma en el que una misma palabra podía ser verbo o sustantivo. *Neuroanatomía clínica* parecía ser otro caso en el que yo no iba a poder identificar la gramática. Lo dejé en mi mesilla de noche del hotel Beverly Wilshire, donde se quedaría durante las cinco semanas siguientes.

En mis revisiones posteriores de *Neuroanatomía clínica*, por ejemplo cuando me levantaba por la mañana antes de que llegara el *New York Times* con su sedante crucigrama, incluso el «Apéndice A: El examen neurológico» empezó a parecerme opaco. Al principio yo me había fijado en las instrucciones más familiares y obvias (preguntarle al paciente cómo se llama el presidente, pedirle que cuente hacia atrás desde cien y de siete en siete), pero a medida que pasaron los días me fui obsesionando con un misterioso relato que el Apéndice A denominaba el «cuento del niño dorado», y que se podía usar para

poner a prueba la memoria y la comprensión. El doctor Waxman sugería que primero se le podía contar al paciente la historia y luego pedirle que la volviera a contar él con sus propias palabras y explicara su significado. «En la coronación de uno de los papas, hace unos trescientos años, se le pidió a un niño que interpretara a un ángel».

Así empezaba el «cuento del niño dorado».

De momento todo estaba muy claro, aunque había detalles potencialmente problemáticos (¿hacía trescientos años?, ¿interpretar a un ángel?) para alguien que estaba saliendo de un coma.

Y seguía así: «Para que el niño tuviera una apariencia lo más magnífica posible, lo cubrieron de la cabeza a los pies con una capa de envoltorio dorado. El niño enfermó, y aunque se hizo todo lo posible para que se recuperara, todo menos quitarle el letal envoltorio dorado, murió al cabo de unas horas».

¿Qué «significaba» el «cuento del niño dorado»? ¿Acaso tenía que ver con la falibilidad de «los papas»? ¿Con la falibilidad de la autoridad en general? ¿Con la falibilidad en concreto de la medicina? (Fíjense en que «se hizo todo lo posible para que se recuperara»). ¿Qué sentido podía tener contarle aquella historia a un paciente que estaba inmovilizado en la UCI de neurología de un importante hospital clínico? ¿Qué lección se podía extraer? ¿Acaso pensaban que como era un «cuento» se podía contar sin consecuencias? Hubo una mañana en que me pareció que el «cuento del niño dorado» representaba, con su impenetrabilidad total y su aparente desprecio a la sensibilidad del paciente, toda la situación que yo estaba afrontando. Volví a la librería del UCLA Medical Center con la intención de consultar otras fuentes en busca de elucidación, pero en los primeros libros de texto que elegí no había mención alguna al cuento del niño dorado. En lugar de seguir buscando, y como las temperaturas máximas de la tarde en Los Ángeles ya estaban entre los 25 y los 30 grados y yo había volado al oeste solo con ropa de finales de invierno, me compré varias batas hospitalarias de algodón azul. Era tan profundo el aislamiento en que me movía que no se me

ocurrió de inmediato que el hecho de que la madre de una paciente se presentara en el hospital con ropa hospitalaria de algodón azul solo podía ser considerado una sospechosa extralimitación de mis funciones.

10

Yo había percibido por primera vez lo que acabé denominando «el efecto torbellino» en enero, mientras me dedicaba a contemplar cómo se formaban los témpanos de hielo sobre el río East desde una ventana del Beth Israel Norte. En la juntura entre las paredes y el techo de la habitación desde la que yo estaba contemplando los témpanos había una franja de papel de pared con un motivo de rosas, un toque a lo Dorothy Draper, residuo, imaginé, de la época en que lo que ahora era el Beth Israel Norte había sido el Doctors' Hospital. Yo nunca había estado en el Doctors' Hospital, pero cuando tenía veintitantos años y trabajaba para *Vogue*, surgía en muchas conversaciones. En aquella época era el hospital que preferían las editoras de *Vogue* para sus partos sin complicaciones y para «descansar», una especie de versión médica del balneario Maine Chance.

Aquella me pareció una serie de pensamientos positiva.

Me pareció mejor que pensar por qué me encontraba en el Beth Israel Norte.

De manera que me seguí adentrando:

El Doctors' Hospital fue donde X tuvo el aborto que concertó y pagó la oficina del fiscal del distrito. «X» era una mujer con la que yo había trabajado en *Vogue*. Solía ir dejando tras de sí un rastro seductor de humo de cigarrillos, de Chanel n.º 5 y de desastre inminente por las oficinas de Condé Nast, que por entonces estaban en el edificio Graybar. Recuerdo una mañana en particular en que yo estaba intentando redactar una columna especialmente complicada

para *Vogue* titulada «La gente habla de esto» y ella descubrió al mismo tiempo que necesitaba abortar y que su nombre había salido mencionado en el expediente de una trama de chicas de alterne que estaba investigando la oficina del fiscal del distrito. «X» se tomó aquellas dos noticias devastadoras con jovialidad (o eso me pareció a mí). Lo que hizo fue cerrar un trato. Aceptó testificar que la trama se había puesto en contacto con ella, a cambio de que la oficina del fiscal del distrito le pidiera hora para un procedimiento de dilatación y curetaje en el Doctors' Hospital, un favor nada desdeñable en una época en que abortar implicaba concertar una cita clandestina y potencialmente letal con alguien cuya reacción instintiva en caso de crisis era poner pies en polvorosa.

La trama de las chicas de alterne y el aborto concertado y los años en que yo me había pasado las mañanas redactando «La gente habla de esto» me siguieron pareciendo una serie de pensamientos positiva.

Recuerdo que usé un incidente parecido en mi segunda novela, *Según venga el juego*. La protagonista, una exmodelo llamada Maria, acaba de abortar y eso la preocupa:

> Una vez, mucho tiempo atrás, Maria había trabajado una semana en Ocho Ríos con una chica que acababa de abortar. Se acordaba de que la chica se lo había contado mientras estaban las dos sentadas con las piernas recogidas al lado de una cascada, esperando a que el fotógrafo decidiera que el sol estaba lo bastante alto como para empezar la sesión. Parecía que corría una mala época para abortar en Nueva York: se habían producido detenciones y nadie quería hacerlo. Por fin la chica, que se llamaba Ceci Delano, le había preguntado a un amigo que tenía en la oficina del fiscal del distrito si él conocía a alguien. «Quid pro quo», le había dicho él, y el mismo día en que Ceci Delano testificó ante un jurado selecto que una trama de chicas de alterne se había puesto en contacto con ella, la ingresaron en el Doctors' Hospital para practicarle una intervención legal, contratada y pagada por la oficina del fiscal del distrito.
>
> Al contarla la chica, la historia había resultado graciosa, tanto aquella mañana junto a la cascada como a la hora de la cena, cuando se la había repetido al fotógrafo, al tipo de la agencia y al coordinador de moda del cliente. Ahora Maria intentó poner lo sucedido en Encino bajo la misma luz

desenfadada, pero la situación de Ceci Delano no parecía del todo equivalente. A fin de cuentas no era más que una historia de Nueva York.

Pareció que la cosa funcionaba.

Había conseguido no acordarme durante por lo menos dos minutos del porqué de mi presencia en Beth Israel Norte.

Avancé hasta la época en que yo estaba escribiendo *Según venga el juego*. El caserón ruinoso de alquiler en la avenida Franklin de Hollywood. Las velas votivas que teníamos en las repisas de los ventanales de la sala de estar. La hierba de té de limón y el aloe que crecían junto a la puerta de la cocina. Las ratas que se comían los aguacates. El porche acristalado en el que yo trabajaba. Mirar desde las ventanas del porche acristalado cómo Quintana pasaba corriendo a través del aspersor de césped.

Recuerdo que fui consciente de haber alcanzado aguas más peligrosas, pero no parecía haber vuelta atrás.

En la época en que yo escribí aquel libro, Quintana tenía tres años.

Quintana tenía tres años.

Allí estaba, el torbellino.

Quintana a los tres años. La noche en que se metió una vaina de semillas por la nariz y yo la llevé en coche al Children's Hospital. El pediatra especializado en vainas de semillas se presentó vestido con esmoquin. La noche siguiente ella se metió otra vaina por la nariz para repetir aquella aventura tan interesante. John y yo paseando con ella junto al lago del MacArthur Park. Un viejo se levantó de un salto de un banco. «Esa niña es clavada a Ginger Rogers», exclamó el viejo. Yo terminé la novela, me contrataron para empezar una columna para la revista *Life* y nos llevamos a Quintana a Honolulú. La idea que tenía *Life* para la primera columna era que yo me presentara, «que los lectores sepan quién eres». Yo planeaba escribirla desde Honolulú, desde el Royal Hawaiian Hotel, donde solíamos alquilar una *suite lanai* por la tarifa para periodistas, veintisiete dólares la noche. Mientras estábamos allí se hizo pública

la matanza de My Lai. Pensé en la primera columna. Me dio la impresión de que a la luz de lo sucedido yo debería escribir la columna desde Saigón. Pero era domingo. *Life* me había dado una tarjeta impresa con los teléfonos de las casas de sus jefes de redacción y también de varios abogados de distintas ciudades del mundo. Saqué la tarjeta y llamé a mi redactor jefe, Loudon Wainwright, para decirle que me iba a Saigón. Me cogió el teléfono su mujer. Me dijo que su marido me llamaría más tarde.

—Está viendo el partido de fútbol americano —me dijo John cuando colgué—. Te llamará en el descanso.

Y así fue. Me dijo que tenía que quedarme donde estaba y presentarme a mí misma, que para lo de Saigón ya había «unos cuantos de los muchachos yendo hacia allá». La cuestión no parecía abierta a discusión. «Ahí fuera hay un mundo en plena revolución y nosotros te podemos poner en él», me había dicho George Hunt cuando todavía era director ejecutivo de *Life* y me estaba ofreciendo el trabajo. Para cuando acabé de escribir *Según venga el juego*, George Hunt ya se había jubilado y unos cuantos de los muchachos estaban yendo hacia allá.

—Te avisé —me dijo John—. Te avisé de cómo sería trabajar para *Life*. ¿No te avisé? ¿No te dije que sería como morir mordisqueada por los patos?

Yo estaba cepillándole el pelo a Quintana. Clavada a Ginger Rogers.

Me sentía traicionada y humillada. Tendría que haber hecho caso a John.

Escribí la columna informando a los lectores de quién era yo. Y salió publicada. Por entonces me parecieron ochocientas palabras perfectamente anodinas y del género encargado, y sin embargo al final del segundo párrafo había una línea tan fuera de lugar en el típico modo de presentarse a uno mismo en *Life* que perfectamente podría haber sido fruto de una abducción extraterrestre: «En lugar de pedir el divorcio estamos en esta isla en medio del Pacífico». Al cabo de una semana fuimos a Nueva York. Mucha gente se acercó a

John y le preguntó por lo bajo: «¿Tú sabías que estaba escribiendo eso?».

¿Si sabía él que yo estaba escribiendo aquello?

Él lo había corregido.

Él se había llevado a Quintana al zoo de Honolulú para que yo pudiera reescribirlo.

Él me había llevado en coche a la oficina que tenía la Western Union en el centro de Honolulú para que lo pudiera mandar.

En la oficina de la Western Union él había escrito SALUDOS, DIDION al final del texto. Era lo que se escribía siempre al final de los telegramas, me dijo. ¿Por qué?, le pregunté yo. Pues porque sí, me dijo él.

A ver adónde me llevaba aquel torbellino en concreto.

De la franja de papel de pared a lo Dorothy Draper al Beth Israel Norte, a Quintana a los tres años y al hecho de que debería haber hecho caso a John.

«Yo os digo que no viviré dos días», dijo Gawain.

Cuando acababas golpeado por otro coche era cuando intentabas dar marcha atrás.

En Los Ángeles vi enseguida que el potencial de la ciudad para desencadenar aquel efecto de torbellino únicamente se podía controlar evitando cualquier lugar que yo pudiera asociar o bien con Quintana o bien con John. Aquello iba a requerir ingenio. John y yo habíamos vivido en el condado de Los Ángeles desde 1964 hasta 1988. Entre 1988 y el momento de su muerte habíamos pasado períodos considerables allí, normalmente en el mismo hotel en el que yo me alojaba ahora, el Beverly Wilshire. Quintana había nacido en el condado de Los Ángeles, en el Saint John's Hospital de Santa Mónica. Había ido a la escuela allí, primero en Malibú y luego a la que por entonces todavía era la Westlake School for Girls de Holmby Hills (el año después de dejar la escuela se había vuelto mixta y le habían cambiado el nombre por Harvard-Westlake).

Por razones que todavía no tengo claras, el Beverly Wilshire en sí casi nunca desencadenaba el efecto torbellino. En teoría, hasta el último recodo de sus pasillos estaba impregnado de aquellas asociaciones que yo estaba intentando evitar. Cuando vivíamos en Malibú y teníamos que reunirnos en la ciudad, siempre nos llevábamos a Quintana y nos alojábamos en el Beverly Wilshire. Después de mudarnos a Nueva York, cuando necesitábamos estar en Los Ángeles para trabajar en alguna película, también nos alojábamos allí, a veces unos días y a veces varias semanas seguidas. Instalábamos allí los ordenadores y las impresoras. Celebrábamos allí las reuniones. Unas reuniones en las que siempre había alguien preguntándose qué pasaría si tal y cual. Allí podíamos trabajar hasta las ocho o las nueve de la noche, enviar las páginas al director o productor para el que estuviéramos trabajando y por fin ir a cenar a algún restaurante chino de Melrose donde no nos hiciera falta reserva. Siempre especificábamos que queríamos el edificio antiguo. Yo conocía a los encargados. Conocía a las manicuristas. Conocía al portero que le daba a John la botella de agua cuando volvía de su paseo de las mañanas. Tenía interiorizada la forma de introducir la llave, de abrir la caja fuerte y de ajustar el cabezal de la ducha: a lo largo de los años me había alojado en docenas de habitaciones idénticas a la que estaba ocupando ahora. La última vez que había ocupado una de aquellas habitaciones había sido en octubre de 2003, yo sola, haciendo promoción, dos meses antes de que muriera John. Y sin embargo, ahora que Quintana estaba ingresada en el UCLA, el Beverly Wilshire me parecía el único sitio donde yo podía estar a salvo, el único sitio donde todo seguiría igual, donde nadie conocería los acontecimientos de mi vida reciente ni aludiría a ellos. El único sitio donde yo todavía podría ser la persona que había sido antes de que sucediera nada de todo aquello.

Qué pasaría si tal o cual.

Fuera de la zona franca que era el Beverly Wilshire, yo tenía que planear mis rutas, que permanecer en guardia.

Ni una sola vez durante aquellas cinco semanas fui con el coche a la parte de Brentwood en que habíamos vivido entre 1978 y 1988. Cuando visité a un dermatólogo de Santa Mónica y el trabajo de calle me obligó a pasar a tres manzanas de nuestra casa de Brentwood, no miré ni a derecha ni a izquierda. Ni una sola vez en cinco semanas fui con el coche por la Pacific Coast Highway hasta Malibú. Cuando Jean Moore me ofreció su casa en la Pacific Coast Highway, a seiscientos metros de la casa en la que habíamos vivido entre 1971 y 1978, yo me inventé alguna excusa para explicar que quedarme en el Beverly Wilshire era esencial. Podía evitar ir con el coche hasta el UCLA por Sunset. Podía evitar pasar por el cruce de Sunset con Beverly Glen por donde yo había girado durante seis años para ir a la Westlake School for Girls. Podía evitar pasar por cualquier cruce que no pudiera anticipar y controlar. Podía evitar tener la radio sintonizada con las emisoras que yo solía poner para conducir, podía evitar encontrar la KRLA, una emisora de onda media que se denominaba a sí misma «el alma misma del *rock and roll*» y que a principios de los noventa seguía programando los grandes éxitos de 1962. Podía evitar poner la emisora cristiana con llamadas del público a la que yo solía cambiar siempre que los grandes éxitos de 1962 perdían resonancia.

Lo que hice en cambio fue escuchar la NPR, un plácido programa matinal titulado *Morning Becomes Eclectic* [«La mañana se pone ecléctica»]. Todas las mañanas en el Beverly Wilshire pedía el mismo desayuno, huevos rancheros con un solo huevo y revuelto. Todas las mañanas cuando salía del Beverly Wilshire cogía el mismo camino hasta el UCLA: cogía Wilshire, giraba a la derecha por Glendon, a la izquierda por Westwood, a la derecha por Le Conte y a la izquierda por Tiverton. Todas las mañanas me fijaba en las mismas pancartas que ondeaban atadas a las farolas de Wilshire: «UCLA Medical Center: El n.º 1 del Oeste y el n.º 3 del país entero». Todas las mañanas me preguntaba quién habría hecho aquel *ranking*. Jamás lo pregunté. Todas las mañanas introducía el tique en el mecanismo de la verja y, si lo había introducido bien, la misma voz de mujer me

decía: «Bienvenido al UCLA». Todas las mañanas, si había calculado bien el tiempo, conseguía mi plaza de aparcamiento exterior, en la explanada 4, pegada a los setos. Todos los días a media tarde conducía de vuelta al Beverly Wilshire, recogía mis mensajes y contestaba a unos cuantos. Después de la primera semana, Gerry iba y volvía en avión de Nueva York a Los Ángeles, intentando trabajar por lo menos unos cuantos días por semana, y siempre que estaba en Nueva York yo lo llamaba para ponerle al corriente de lo sucedido aquel día, o bien para contarle que no había sucedido nada. Me echaba un rato. Veía las noticias locales. Me pasaba veinte minutos en la ducha y salía a cenar.

Salí a cenar todas y cada una de las noches que pasé en Los Ángeles. Cenaba con mi hermano y con su mujer siempre que estaban en la ciudad. Iba a casa de Connie Wald en Beverly Hills. Connie tenía rosas, berros y fuegos abiertos en las enormes chimeneas, igual que todos los años cuando John, Quintana y yo íbamos a visitarla. Ahora también estaba en Los Ángeles Susan Traylor. Visité a Susan en su casa de las colinas de Hollywood. Yo la conocía desde que ella tenía tres años, conocía a su marido, Jesse, desde que Susan, Quintana y él iban juntos a cuarto de primaria en la Point Dume School, y ahora eran ellos quienes cuidaban de mí. Comí en muchos restaurantes con muchos amigos. Cenaba a menudo con Earl McGrath, cuya amabilidad intuitiva en aquella situación se traducía en preguntarme todas las mañanas qué iba a hacer por la noche, y si la respuesta era ligeramente vaga, organizarme una cena nada complicada para dos, tres o cuatro personas en el Orso o en el Morton's o en su casa del bulevar Robertson.

Después de la cena cogía un taxi de vuelta al hotel y pedía mis huevos rancheros para el desayuno de la mañana.

—¿Un solo huevo y revuelto? —me preguntaba la voz del teléfono.

—Eso mismo —decía yo.

Planeaba aquellas veladas con tanto cuidado como planeaba las rutas.

No dejaba tiempo para pensar en las promesas que no tenía forma de mantener.

Estás a salvo. Estoy aquí.

Y en el profundo silencio del *Morning Becomes Eclectic* del día siguiente, me felicitaba a mí misma.

Podría haber estado en Cleveland.

Y aun así…

No puedo contar los días en los que me encontré de pronto al volante y cegada por las lágrimas.

Había vuelto el viento de Santa Ana.

Había vuelto el jacarandá.

Una tarde yo necesitaba ver a Gil Frank en su despacho de Wilshire, que estaba varias manzanas al este del Beverly Wilshire. En aquel territorio previamente sin explorar (la *terra cognita* en aquel sentido estaba al oeste de Wilshire, no al este) avisté, de forma imprevista, un cine en el que John y yo habíamos visto *El graduado* en 1967. No tuvimos ninguna sensación particular de estar viviendo un momento histórico al ver *El graduado* en 1967. Yo estaba en Sacramento. John me fue a buscar al LAX. Nos pareció demasiado tarde para ponernos a hacer la compra y la cena y demasiado temprano para cenar en un restaurante, de manera que acabamos yendo a ver *El graduado* y después a comer algo en el Frascati's. Ahora el Frascati's ya no existía pero el cine seguía en el mismo sitio, aunque solo fuera para atrapar a los incautos como yo.

Y había muchas trampas como aquella. Un día me fijé en un tramo familiar de la carretera de la costa que salía en un anuncio de televisión y me di cuenta de que era justo delante de la casita, en la península de Palos Verdes, a la altura de Portuguese Bend, en la que John y yo habíamos estado viviendo cuando nos trajimos a Quintana a casa desde el Saint John's Hospital.

Ella tenía tres días.

Pusimos su moisés junto a las glicinas plantadas en cajones.

Estás a salvo. Estoy aquí.

En el anuncio no se veían ni la casa ni la verja, pero aun así experimenté una ráfaga repentina de recuerdos: salir del coche en aquella carretera para abrir la verja y que pudiera pasar John; ver cómo la marea subía y se llevaba flotando un coche que habían dejado en nuestra playa para el rodaje de un anuncio; esterilizar biberones para Quintana mientras el gallo de pelea que vivía en la propiedad me seguía amigablemente de ventana en ventana. Aquel gallo, que el propietario de la casa llamaba Buck, había sido abandonado en la carretera, según la pintoresca opinión del propietario, por «mexicanos fugitivos». Buck tenía una personalidad particular y sorprendentemente simpática, un poco de perro labrador. Además de Buck, la casa venía equipada con varios pavos reales, que eran meramente decorativos y carecían de personalidad. A diferencia de Buck, los pavos reales estaban gordos y solo se movían cuando no tenían otro remedio. Al anochecer chillaban y trataban de subir volando a sus nidos de los olivos, lo cual generaba un momento de tensión porque casi siempre se caían. Justo antes del amanecer volvían a chillar. Un día al amanecer me despertaron sus chillidos y busqué a John. Lo encontré fuera, a oscuras, arrancando melocotones sin madurar del árbol y tirándoselos a los pavos reales, un método característicamente directo aunque contraproducente de resolver aquella molestia. Cuando Quintana tenía un mes de edad, nos desahuciaron. En el alquiler había una cláusula que especificaba que nada de niños, aunque el propietario y su mujer admitieron que el bebé no era la razón del desalojo. La razón era que habíamos contratado a una guapa adolescente llamada Jennifer para que cuidara de la niña. El propietario y su mujer no querían a desconocidos en la propiedad, o como decían ellos, «dentro de la verja», particularmente adolescentes guapas llamadas Jennifer, que seguramente saldrían con chicos. Alquilamos por unos meses una casa de la ciudad que pertenecía a la viuda de Herman Mankiewicz, Sara, que iba a estar de viaje. Sara dejó todo lo que había en la casa tal como estaba a excepción de un objeto: el

Oscar que le habían concedido a Herman Mankiewicz por el guión de *Ciudadano Kane*. «Montaréis fiestas, la gente se emborrachará y jugará con él», nos dijo mientras lo guardaba. El día en que nos mudamos, John estaba de viaje con los San Francisco Giants, escribiendo un artículo sobre Willie Mays para el *Saturday Evening Post*. Yo cogí prestada la camioneta de mi cuñada, la cargué, puse a Quintana y a Jennifer en el asiento de atrás, le dije adiós a Buck, arranqué y dejé atrás por última vez la totémica cerradura de la verja.

Y todo esto cuando yo ni siquiera había pasado por allí con el coche.

Lo único que había hecho había sido ver un momento de un anuncio televisivo mientras me vestía para ir al hospital.

Otro día necesitaba comprar agua embotellada en el Rite Aid de Canon y me acordé de que Canon era donde había estado el Bistro. En 1964 y 1965, cuando estábamos viviendo en la casita de la playa y de los pavos reales pero no teníamos dinero ni para dar propina a los aparcacoches de los restaurantes, ya no digamos para comer en ellos, John y yo solíamos aparcar en la calle en Canon y comprar la cena a cuenta en el Bistro. Llevamos allí a Quintana el día de su adopción, cuando no tenía ni siete meses. Nos dieron la banqueta de la esquina de Sidney Korshak y pusieron su canasta sobre la mesa, como centro de mesa. Aquella mañana en los juzgados ella no solo había sido el único bebé, también la única niña; todas las demás adopciones de la jornada parecían haber sido de adultos que se adoptaban los unos a los otros por razones fiscales. «Qué bonita, qué hermosa», le decían en español y en tono cantarín los ayudantes de camarero del Bistro cuando la llevábamos a almorzar allí. Cuando ella cumplió seis o siete años, la llevamos al Bistro para celebrar una cena de cumpleaños. Ella llevaba un poncho de color verde lima que yo le había comprado en Bogotá. Cuando estábamos a punto de marcharnos, el camarero le trajo su poncho y ella se lo echó teatralmente sobre los pequeños hombros.

Qué bonita, qué hermosa, clavada a Ginger Rogers.

John y yo habíamos estado juntos en Bogotá. Nos habíamos escapado de un festival de cine en Cartagena y habíamos cogido un vuelo de Avianca a Bogotá. En el mismo vuelo a Bogotá también iba un actor que había estado en el festival, George Montgomery. Desde donde yo estaba sentada, lo vi ir a la cabina de mando. Lo vi charlar con la tripulación y hasta sentarse en el asiento del piloto.

Le di un codazo a John, que estaba durmiendo.

—Están dejando que George Montgomery pilote este avión sobre los Andes —le susurré.

—Es mejor que estar en Cartagena —me dijo John, y se volvió a dormir.

Aquel día en Canon no conseguí llegar al Rite Aid.

11

En algún momento de junio, cuando ya había salido del UCLA y estaba en la sexta de las quince semanas que se pasó como paciente hospitalaria del Instituto Rusk de Medicina Rehabilitadora del New York University Medical Center de Nueva York, Quintana me contó que sus recuerdos no solo del UCLA sino también de su llegada al Rusk eran «muy difusos». Se acordaba de algunas cosas del UCLA, sí, aunque seguía sin recordar nada posterior a la Navidad (por ejemplo, no se acordaba de haber hablado de su padre en Saint John the Divine, ni tampoco se había acordado, al despertarse por primera vez en el UCLA, de que estaba muerto), pero eran recuerdos «difusos». Más tarde se corrigió y dijo «confusos», pero no hacía falta: yo la había entendido perfectamente. En la planta de neurología del UCLA habían descrito esto como «dispersión», diciendo que «su orientación está mejorando pero sigue estando dispersa». Cuando intento ahora reconstruir aquellas semanas en el UCLA, reconozco la misma dispersión en mis recuerdos. Hay partes de algunos días que resultan muy nítidas y otras partes que no. Me acuerdo claramente de que discutí con un médico el día que decidieron hacerle la traqueotomía a Quintana. El médico me dijo que era porque ya llevaba intubada casi una semana. Yo le contesté que en el Beth Israel de Nueva York se había pasado tres semanas intubada. El médico rehuyó mi mirada. «En Duke la norma también era una semana», me dijo, como si creyera que mencionar Duke zanjaría la cuestión. Lo único que consiguió fue enfurecerme: «A mí qué me importa Duke», tuve ganas de decirle, aunque no se lo dije.

Qué tiene que ver Duke con UCLA. Duke está en Carolina del Norte y UCLA en California. Si quiero la opinión de alguien de Carolina del Norte, llamaré a alguien de Carolina del Norte.

Lo que le dije, en cambio, fue que en aquel mismo momento el marido de Quintana estaba viniendo en avión de Nueva York. Que seguramente la decisión podía esperar hasta que aterrizara.

Pues no, dijo el médico. Porque el procedimiento ya está programado.

El día en que decidieron hacerle la traqueotomía fue también el día que le apagaron la máquina del electroencefalograma.

—Todo parece evolucionar bien —no paraban de decirme—. En cuanto le hagamos la tráqueo se recuperará más deprisa. Ya le hemos quitado la máquina del electroencefalograma, tal vez no se haya dado usted cuenta.

¿Tal vez no me había dado cuenta?

¿Tratándose de mi única hija?

¿De mi hija inconsciente?

¿Tal vez no me había dado cuenta al entrar en la UCI aquella mañana de que sus ondas cerebrales habían desaparecido? ¿De que el monitor que ella tenía encima de la cama estaba a oscuras y apagado?

Ahora me presentaban aquello como un avance, pero al verlo por primera vez no me lo había parecido. Recordé haber leído en *Intensive Care* que las enfermeras de la UCI del San Francisco General apagaban los monitores cuando el paciente se acercaba a la muerte, porque la experiencia les decía que los familiares prestaban más atención a las pantallas que al paciente que se estaba muriendo. Me pregunté si en mi caso habrían tomado la misma decisión. Y aun después de que me aseguraran que no, me sorprendí a mí misma evitando mirar la pantalla apagada de la máquina. Yo me había acostumbrado a ver las ondas cerebrales de Quintana. Era una forma de oírla hablar.

Yo no entendía por qué, en vez de tener la máquina allí apagada y sin hacer nada, no podían dejar el electroencefalograma

encendido.

Solo por si acaso.

Lo pregunté.

No recuerdo que nadie me contestara. Era una época en que yo hacía muchas preguntas que no me contestaba nadie. Las respuestas que me daban solían no ser satisfactorias, del tipo «Ya está programado».

Aquel día se hartaron de decirme que en las unidades de neurología le hacían la tráqueo a todos los pacientes. Que en las unidades de neurología todos los pacientes sufrían la misma debilidad muscular que hacía problemática la extracción del tubo del respirador. La tráqueo reducía el riesgo de daños en la tráquea. La tráqueo reducía el riesgo de neumonía. Mire usted a la derecha y mire a la izquierda: verá traqueotomías por ambos lados. La tráqueo se puede hacer con fentanilo y relajante muscular, mi hija no pasaría más que una hora anestesiada. La tráqueo tampoco dejaba huellas antiestéticas de ninguna clase, solo «una cicatriz en forma de hoyuelo pequeñito», y «tal vez ni eso, con el tiempo».

No paraban de mencionar esto último, como si la base de mi reticencia a la tráqueo fuera la cicatriz. Ellos eran médicos, por poca experiencia que tuvieran. Y yo no. Por consiguiente, cualquier preocupación que yo tuviera tenía que ser por fuerza estética y frívola.

De hecho, yo no tenía ni idea de por qué no quería la traqueotomía.

Ahora creo que mi resistencia venía del mismo pozo de superstición del que yo me había estado abasteciendo desde la muerte de John. Si no le hacían la traqueotomía, Quintana podría estar recuperada por la mañana, lista para comer, hablar y marcharse a casa. Si no le hacían la tráqueo, el fin de semana ya podríamos coger un avión. Y en caso de que los médicos no quisieran que ella volara, yo me la podría llevar al Beverly Wilshire, podríamos hacernos la manicura y sentarnos junto a la piscina. Y si

para entonces todavía no la dejaban volar, podíamos ir en coche a Malibú y pasar unos días de recuperación allí con Jean Moore.

En caso de que no le hicieran la tráqueo.

Era una idea demente, pero es que yo estaba demente.

A través de las cortinas de algodón azul estampado que separaban las camas, yo oía a la gente hablar con sus maridos, padres, tíos y compañeros de trabajo funcionalmente ausentes. En la cama de la derecha de Quintana había un hombre que había resultado herido en un accidente de construcción. Un día vinieron a verlo los hombres que estaban en la obra en el momento del accidente. Se plantaron alrededor de su cama y trataron de explicarle lo sucedido. Que si la torre, que si la cabina, que si la grúa, oí un ruido, llamé a Vinny. Cada hombre daba su versión. Cada versión era un poco distinta de las demás. Era comprensible, puesto que cada testigo había tenido un punto de vista distinto, pero recuerdo que me vinieron ganas de interceder, de ayudarlos a coordinar sus historias. Me parecían demasiados datos en conflicto para soltárselos a alguien que sufría una lesión cerebral traumática.

—Todo está yendo normal y cuando uno menos lo espera se va todo a la mierda —dijo uno.

El hombre herido no contestó, tampoco podía, porque tenía una tráqueo.

En la cama de la izquierda de Quintana había un hombre de Massachusetts que llevaba varios meses en el hospital. Su mujer y él estaban en Los Ángeles visitando a sus hijos, él se había caído de una escalera de mano y parecía que no le había pasado nada. Un día perfectamente normal y corriente. Luego empezó a costarle hablar. *Todo está yendo normal y cuando uno menos lo espera se va todo a la mierda*. Ahora tenía neumonía. Sus hijos iban y venían. Su mujer siempre estaba allí, suplicándole en voz baja y lastimera. El marido no respondía: también tenía una tráqueo.

Le hicieron la traqueotomía a Quintana por la tarde del jueves 1 de abril.

El viernes por la mañana ya había metabolizado la suficiente cantidad del sedante para el tubo respirador como para abrir los ojos y cogerme con fuerza la mano.

El sábado me dijeron que al día siguiente o bien el lunes la iban a trasladar de la UCI a una unidad de observación transitoria que había en la séptima planta. Tanto la sexta como la séptima planta del UCLA eran de neurología.

No recuerdo el momento en que la trasladaron, pero creo que fue varios días después.

Una tarde, después de que la trasladaran a la unidad de transición, me encontré con la mujer de Massachusetts en el patio del Café Med.

Su marido también había salido de la UCI y lo iban a trasladar a lo que ella llamó un «centro de rehabilitación para subagudos». Las dos sabíamos que «centros de rehabilitación para subagudos» era como las compañías de seguros médicos y los coordinadores de altas hospitalarias llamaban a las residencias para discapacitados, pero ninguna de los dos lo mencionó. Ella había querido que lo trasladaran a la unidad de rehabilitación para agudos de Neuropsiquiatría del UCLA, que tenía once camas, pero no lo habían aceptado. Esa fue la expresión que usó: «no lo han aceptado». Estaba preocupada porque no sabía cómo iría al centro para subagudos —de los dos que tenían camas, uno estaba al lado del LAX y el otro en Chinatown—, pues no sabía conducir. Sus hijos tenían trabajos, trabajos importantes, no la podían estar llevando en coche todo el tiempo.

Nos quedamos sentadas al sol.

Yo la escuché. Ella me preguntó por mi hija.

No le quise decir que a mi hija la iban a trasladar a la unidad de rehabilitación para agudos de Neuropsiquiatría, con sus once camas.

En un momento dado, fui consciente de que yo estaba intentando dirigir a los médicos como si fuera un perro pastor, señalándole el edema a un interno, recordándole a otro que obtuviera un cultivo de orina para comprobar la sangre del catéter

de Foley, insistiendo en que le hicieran a Quintana una ecografía Doppler para ver si la razón de que le doliera la pierna podía ser una embolia, repitiendo obstinadamente —cuando la ecografía indicó que, efectivamente, se le estaban volviendo a formar coágulos— que quería que trajeran a un especialista en coagulación para consultarle. Les apunté el nombre del especialista que quería. Me ofrecí para llamarlo yo misma. Todos aquellos esfuerzos no me granjearon la simpatía de aquellos hombres y mujeres jóvenes que integraban el personal del centro («Si quiere llevar usted el caso, yo se lo cedo», me dijo por fin uno de ellos), pero por lo menos me hicieron sentir menos impotente.

Recuerdo que en el UCLA me aprendí los nombres de muchas pruebas y escalas. La prueba de la caja de Kimura. La prueba de discriminación entre dos puntos. La escala de coma de Glasgow. Nunca llegué a entender demasiado el significado de todas aquellas pruebas y escalas. También recuerdo que, tanto en el UCLA como antes, en el Beth Israel y el Columbia-Presbyterian, aprendí los nombres de muchas bacterias hospitalarias resistentes a los antibióticos. En el Beth Israel había *Acinetobacter baumannii*, que era resistente a la vancomicina. «Así es como se sabe que es una infección hospitalaria —recuerdo que me dijo un médico del Columbia-Presbyterian a quien le pregunté—. Si es resistente a la vanco es hospitalaria. Porque la vanco solo se usa en entornos hospitalarios». En el UCLA se produjo un brote de *Staphylococcus aureus* resistente a la meticilina, o SARM, distinto al *Staphylococcus epidermidis* resistente a la meticilina, o SERM, que era lo que al principio pensaban que había brotado, ante la ostensible alarma del personal. «No te puedo decir por qué, pero estando embarazada quizá te convenga pedir el traslado», le aconsejó una terapeuta a otra durante el susto del SERM, echándome un vistazo como si yo no las pudiera entender. Había otros muchos nombres de bacterias hospitalarias, pero aquellas dos eran las estrellas. Y daba igual cuál

resultara ser la bacteria causante de la nueva fiebre o infección del tracto urinario, su presencia imponía el uso obligatorio de batas, guantes y mascarillas. Lo cual provocaba fuertes suspiros entre los empleados, que se tenían que cambiar antes de entrar en cada habitación a vaciar una papelera. El *Staphylococcus aureus* resistente a la meticilina del UCLA era una infección del flujo sanguíneo, una bacteremia. Cuando me enteré de esto, le transmití al médico que estaba examinando a Quintana mi preocupación por que una infección de la sangre pudiera llevarla otra vez a la sepsis.

—Bueno, ya sabe usted que sepsis es un término clínico —dijo el médico, y siguió con su examen.

Yo le insistí.

—Ya tiene cierto grado de sepsis. —Parecía alegre—. Pero seguimos con la vanco. Y de momento su presión sanguínea se mantiene.

De manera que ya estábamos otra vez esperando a ver si perdía presión sanguínea.

Ya estábamos otra vez buscando señales de choque séptico.

Lo siguiente sería buscar témpanos de hielo en el East River.

En realidad, lo que yo veía ahora desde las ventanas del UCLA era una piscina. En ningún momento vi nadar a nadie en aquella piscina, aunque estaba llena, filtrada (yo veía el pequeño remolino que hacía el agua al entrar en el filtro y las burbujas allí donde volvía a emerger), centelleando al sol y rodeada de mesas de terraza con sombrillas. Un día en que la estaba mirando, me vino de golpe el recuerdo de una vez en que se me ocurrió poner a flotar velas y gardenias en la piscina que teníamos detrás de la casa de Brentwood Park. Estábamos montando una fiesta. Faltaba una hora para la fiesta, y yo hasta me había cambiado ya, cuando me vino la idea de las gardenias. Me puse de rodillas en el borde de la piscina, encendí las velas y usé el rastrillo para desperdigar las gardenias y las velas por la superficie. Me puse de pie, satisfecha con el resultado. Cuando eché otro vistazo a la piscina, sin embargo, las gardenias se habían esfumado y las velas estaban apagadas,

convertidas en mazacotes empapados que se bamboleaban con furia alrededor de la entrada del filtro. El filtro no las podía absorber porque ya estaba obstruido por las gardenias. Me pasé los cuarenta y cinco minutos que faltaban para la fiesta sacando las gardenias chorreantes del filtro, recogiendo las velas y secándome el vestido con un secador de pelo.

De momento todo bien.

Un recuerdo de la casa de Brentwood Park donde no salían ni John ni Quintana.

Por desgracia, me vino a la cabeza otro. Yo estaba sola en la cocina de aquella casa, ya anocheciendo, dando de comer al bouvier que teníamos por entonces. Quintana estaba en el Barnard. John estaba pasando unos días en el apartamento que teníamos en Nueva York. Debía de ser finales de 1987, la época en que él había empezado a hablar de que le gustaría que pasáramos más tiempo en Nueva York. Yo me había manifestado en contra de aquella idea. De pronto se me llenó la cocina de una luz roja y parpadeante. Fui a la ventana. Había una ambulancia frente a una casa de la otra acera de Marlboro Street, visible más allá del árbol de coral y las dos cuerdas de leña que teníamos amontonadas en el jardín lateral. Era un barrio en el que muchas casas, entre ellas la de la otra acera de Marlboro Street, tenían jardines laterales con un par de cuerdas de leña amontonada. Yo me quedé mirando por la ventana hasta que la última luz se desvaneció y se marchó la ambulancia. A la mañana siguiente, mientras paseaba al bouvier, un vecino me contó lo sucedido. Las cuerdas de leña amontonada no habían impedido que la mujer de la casa de la otra acera de Marlboro Street enviudara a la hora de la cena.

Llamé a John a Nueva York.

La luz roja parpadeante me parecía una advertencia urgente.

Le dije que tal vez él tuviera razón y deberíamos pasar más tiempo en Nueva York.

Mientras miraba la piscina vacía desde la ventana del UCLA, vi acercarse el torbellino pero no lo pude desviar. En aquel ejemplo el

torbellino era el aire insistente de «Cita en Samarra» que tenía el recuerdo. Si yo no hubiera hecho aquella llamada, ¿acaso Quintana habría vuelto a Los Ángeles al licenciarse del Barnard? Y si hubiera estado viviendo en Los Ángeles, ¿acaso habría pasado lo del Beth Israel Norte, habría pasado lo del Presbyterian, acaso estaría hoy en el UCLA? Si yo no hubiera malinterpretado el significado de la luz parpadeante roja a finales de 1987, ¿acaso hoy todavía podría meterme en mi coche y conducir rumbo al oeste por San Vicente y encontrar a John en la casa de Brentwood Park, de pie en la piscina, releyendo *La decisión de Sophie*?

¿Acaso me hacía falta revivir hasta la última de mis equivocaciones? Si me acordaba accidentalmente de la mañana en que habíamos bajado en coche hasta Saint-Tropez desde la casa que tenía Tony Richardson en las colinas y habíamos tomado café en la calle y habíamos comprado el pescado para la cena, ¿acaso también me tocaría acordarme de la noche en que me había negado a nadar bajo la luz de la luna porque el Mediterráneo estaba contaminado y yo tenía un corte en la pierna? Si me acordaba del gallo de Portuguese Bend, ¿acaso también me tocaría acordarme del largo trayecto en coche que hacíamos después de la cena para volver a aquella casa, y de todas las noches en que alguno de nosotros había dicho algo que no debía al pasar por las refinerías de la autopista de San Diego? ¿O de que habíamos dejado de hablar? ¿O de que nos habíamos imaginado que el otro dejaba de hablar? «Cada uno de los recuerdos y expectativas en los que la libido está ligada al objeto es evocado e hipercatexizado, y el distanciamiento de la libido se lleva a cabo respecto a él. […] Es significativo que nos tomemos con naturalidad esta dolorosa ausencia de placer». Así explicaba Freud lo que él consideraba el «producto» del dolor, describiéndolo de una forma que recordaba sospechosamente al torbellino.

De hecho, la casa de Brentwood Park desde la que yo había visto el parpadeo rojo y había pensado en escaparme de él mudándome a Nueva York ya no existía. La habían derruido y habían construido otra en su lugar (una ligeramente más grande) un año después de que la vendiéramos. El día en que volvimos a Los Ángeles y pasamos con el coche por la esquina de Chadbourne y Marlboro y vimos que no quedaba más que la chimenea solitaria que habían dejado allí por motivos fiscales, me acordé de que el agente inmobiliario me había dicho que para los compradores significaría mucho que les regaláramos ejemplares debidamente autografiados de los libros que habíamos escrito en aquella casa. Nosotros lo habíamos hecho. *Quintana and Friends, Dutch Shea, Jr*. y *The Red White and Blue* en el caso de John y *Salvador, Democracy* y *Miami* en el mío. Cuando vimos el solar demolido desde el coche, Quintana, que iba en el asiento de atrás, rompió a llorar. Mi primera reacción fue de furia. Quise que me devolvieran los libros.

¿Acaso esta serie correctiva de pensamientos detuvo el torbellino?

En absoluto.

Una mañana en que Quintana todavía estaba en la unidad de transición porque al no bajarle la fiebre se requería un ecocardiograma para descartar la endocarditis, levantó por primera vez la mano derecha. Era importante porque era en el lado derecho del cuerpo donde se le veían los efectos del trauma. Si había movimiento, eso quería decir que los nervios traumatizados seguían vivos. Aquel mismo día no dejó de insistir en que quería levantarse de la cama, y cuando yo le dije que no pensaba ayudarla, ella se enfurruñó como una niña. Mi recuerdo de aquel día no es nada difuso.

A finales de abril se decidió que ya había pasado el tiempo suficiente desde la operación para dejar que Quintana volara a Nueva York. Hasta entonces había existido el problema de la presurización y del riesgo de inflamación que comportaba. Ella iba a necesitar que la acompañara personal con formación especial. Se descartaron los vuelos comerciales. Se organizó un procedimiento de evacuación médica: de una ambulancia del UCLA al aeropuerto, de allí en ambulancia aérea hasta Teterboro, y de Teterboro en ambulancia otra vez hasta el New York University Hospital, donde iban a ponerla en rehabilitación neurológica en el Instituto Rusk. Hubo largas conversaciones entre el UCLA y Rusk. Se mandaron muchos expedientes por fax. Se preparó un CD-ROM con imágenes de escáner. Se puso fecha a lo que para entonces hasta yo denominaba ya «el traslado»: el jueves 29 de abril. A primera hora de la mañana de aquel jueves, mientras yo estaba a punto de pagar la cuenta del Beverly Wilshire, me llamó alguien desde Colorado. El vuelo se había retrasado. El avión estaba en Tucson, donde había aterrizado por «dificultades mecánicas». Los mecánicos de Tucson le echarían un vistazo cuando llegaran, a las diez en el horario de las Rocosas. A primera hora de la tarde, horario del Pacífico, ya estaba claro que el avión no iba a despegar. Habría otro avión disponible por la mañana, pero al día siguiente era viernes, y al UCLA no le gustaba hacer traslados en viernes. Me tocó a mí presionar al coordinador de altas del hospital para que aceptara hacer el traslado en viernes.

Retrasar el traslado a la semana siguiente solo desanimaría y confundiría a Quintana, dije totalmente convencida.

El Rusk no tenía problema en hacer el ingreso en viernes por la noche, dije, no tan convencida.

Yo no tenía dónde alojarme el fin de semana, mentí.

Cuando el coordinador de altas aceptó el traslado en viernes, Quintana dormía. Me pasé un rato sentada al sol en la plaza que había delante del hospital y vi cómo bajaba un helicóptero trazando

círculos hasta la azotea. Siempre había helicópteros aterrizando en la azotea del UCLA, sugiriendo traumas por todo el sur de California, escenas remotas de carnicerías en las carreteras, grúas desplomándose a lo lejos, días malos en el horizonte para el marido o la esposa o la madre o el padre que todavía no habían recibido la llamada (ni siquiera mientras el helicóptero ya aterrizaba y el equipo de traumatología llevaba corriendo la camilla a urgencias). Recordé un día de verano de 1970 en que John y yo nos paramos ante un semáforo en rojo en la avenida Saint Charles de Nueva Orleans y nos fijamos en que el conductor del coche de al lado se desplomaba de repente sobre el volante. La bocina sonó. Varios peatones se le acercaron corriendo. Apareció un agente de policía. Cambió el semáforo y arrancamos. Pero John fue incapaz de sacarse aquella imagen de la cabeza. Allí estaba, no paraba de decir más tarde. Aquel tipo estaba vivo y al cabo de un momento estaba muerto, y nosotros mirándolo. Habíamos visto el momento mismo en que sucedía. Nos habíamos enterado de su muerte antes que su familia.

Un día normal y corriente.

—Y de golpe… muerto.

El día del vuelo, cuando por fin llegó, pareció desarrollarse con esa inexorabilidad no lineal de los sueños. Cuando puse las noticias de primera hora de la mañana, me encontré con una acción guerrillera en las autopistas, protagonizada por camioneros que protestaban por el precio de la gasolina. Habían dejado varios camiones enormes de dieciocho ruedas deliberadamente plegados y abandonados en medio de la interestatal 5. Los testigos informaban de que los primeros camiones en llegar también habían traído a los equipos de televisión. En la autopista bloqueada había varios vehículos todoterreno esperando para llevarse a los camioneros de allí. La grabación en vídeo que yo estaba viendo tenía un aire desconcertante como de Francia en 1968. «Eviten la 5 si pueden», recomendó el presentador de las noticias, y a continuación avisó de que, según sus «fuentes» (presumiblemente los mismos equipos de televisión que estaban viajando con los camioneros), los camioneros

también iban a bloquear otras carreteras, concretamente la 710, la 60 y la 10. En el curso normal de un trastorno de aquella índole, habría parecido poco probable que consiguiéramos llegar desde el UCLA hasta el avión, pero para cuando la ambulancia llegó al hospital, todo el episodio francés ya parecía haberse desmaterializado, aquella fase del sueño ya había quedado olvidada.

Pero se avecinaban otras fases. A mí me habían dicho que el avión estaría en el aeropuerto de Santa Mónica. Al personal de la ambulancia les habían dicho que en el Burbank. Alguien llamó por teléfono y le dijeron que era en el Van Nuys. Cuando llegamos al Van Nuys, allí no había ningún avión a la vista, solo helicópteros. Debe de ser porque van ustedes en helicóptero, dijo uno de los empleados de la ambulancia, claramente con ganas de dejarnos allí y seguir con su jornada. Creo que no, le dije yo: son cinco mil kilómetros. El empleado de la ambulancia se encogió de hombros y desapareció. Por fin alguien localizó el avión, un Cessna a reacción con espacio para los dos pilotos, dos paramédicos, la camilla en la que Quintana iba atada con correas y, si me sentaba en una banqueta que había encima de los tubos de oxígeno, también para mí. Despegamos. Estuvimos volando un rato. Uno de los paramédicos llevaba una cámara digital y se puso a hacer fotos de lo que él no paraba de llamar el Gran Cañón. Yo le dije que creía que aquello era el lago Mead y la presa Hoover. Le señalé Las Vegas con el dedo.

El paramédico siguió haciendo fotos.

También siguió diciendo que aquello era el Gran Cañón.

«¿Por qué siempre necesitas tener razón?», recuerdo que me decía John.

Era una queja, un ataque, parte de una pelea.

Él nunca entendió que en mi mente yo nunca tenía razón. Una vez en 1971, mientras nos estábamos mudando de la avenida Franklin a Malibú, me encontré un mensaje metido detrás de un cuadro que estaba descolgando. El mensaje era de un hombre con quien yo había tenido una relación estrecha antes de casarme con John. Había pasado unas semanas con nosotros en la casa de la

avenida Franklin. El mensaje era el siguiente: «Te equivocabas». Yo no sabía en qué me había equivocado, pero las posibilidades eran infinitas. Quemé el mensaje. Nunca se lo mencioné a John.

Pues vale, es el Gran Cañón, pensé, cambiando de postura sobre la banqueta de encima de los tubos de oxígeno a fin de no poder ver nada por las ventanillas.

Más tarde aterrizamos en un campo de maíz de Kansas para repostar. Los pilotos hicieron un trato con los dos adolescentes que se encargaban de la pista de aterrizaje: mientras repostábamos, ellos irían con su camioneta a un McDonald's y nos traerían hamburguesas. Mientras esperábamos, los paramédicos sugirieron que nos turnáramos para hacer un poco de ejercicio. Cuando me llegó el turno a mí, me quedé un momento paralizada sobre el asfalto, avergonzada de estar libre y fuera cuando Quintana no podía estarlo. A continuación caminé hasta el sitio donde se acababa la pista de aterrizaje y empezaba el maíz. Llovía un poco y el aire estaba inestable y me imaginé que se avecinaba un tornado. Quintana y yo éramos Dorothy. Éramos las dos libres. De hecho, ya no estábamos allí. John había puesto un tornado en su novela *Nothing Lost*. Yo me acordé de que había leído las últimas galeradas en la habitación de Quintana en el Presbyterian y había llorado al llegar al pasaje del tornado. Los protagonistas, J. J. McClure y Teresa Kean, ven el tornado «muy a lo lejos, negro primero y después lechoso al darle el sol, moviéndose como una enorme serpiente vertical y reticulada». J. J. le dice a Teresa que no se preocupe, que aquella zona ya había sufrido un tornado, y que los tornados nunca pasan dos veces por el mismo sitio.

> Por fin el tornado perdió fuerza sin causar incidentes nada más cruzar la frontera de Wyoming. Aquella noche en el Step Right Inn, en el cruce entre Higginson y Higgins, Teresa le preguntó si era verdad que los tornados nunca pasaban dos veces por el mismo sitio. «Pues no lo sé —dijo J. J.—. Me ha parecido lógico. Igual que los relámpagos. Y tú estabas preocupada. No quería verte preocupada». Era lo más parecido a una declaración de amor que J. J. era capaz de hacer.

Otra vez en el avión, a solas con Quintana, cogí una de las hamburguesas que habían traído los adolescentes y la partí en pedazos para poder compartirla con ella. Al cabo de unos pocos bocados ella negó con la cabeza. Solo hacía unos días que le permitían tomar alimentos sólidos y ya no pudo comer más. Seguía teniendo una sonda de alimentación colocada en caso de que no pudiera comer nada.

—¿Voy a salir de esta? —me preguntó entonces.

Yo decidí pensar que me estaba preguntando si iba a salir de aquel lío que era el vuelo a Nueva York.

—Pues claro —le dije.

Estoy aquí. Estás a salvo.

Era evidente que en California iba a estar bien, recordé que le había dicho yo hacía cinco semanas.

Aquella noche, cuando llegamos al Instituto Rusk, Gerry y Tony estaban esperando nuestra ambulancia en la puerta. Gerry preguntó cómo había ido el vuelo. Yo le dije que habíamos compartido un Big Mac en un campo de maíz de Kansas.

—No era un Big Mac —dijo Quintana—. Era una Cuarto de Libra.

El día en que leí las últimas galeradas de *Nothing Lost* en la habitación de Quintana en el Presbyterian, me pareció que tal vez hubiera un error gramatical en el pasaje de J. J. McClure, Teresa Kean y el tornado. Yo nunca había llegado a aprenderme las reglas gramaticales, sino que me basaba únicamente en lo que me sonaba bien y lo que no, pero es que allí había algo que yo no estaba segura de que sonara bien. La frase de las galeradas finales decía: «It was as close a declaration of love as J. J. was capable of making» [«Era lo más parecido a una declaración de amor que J. J. era capaz de hacer»]. Yo le habría añadido una preposición: «It was as close *to* a declaration of love as J. J. was capable of making».

Me quedé sentada junto a la ventana mirando los témpanos de hielo del Hudson y pensé en la frase. *It was as close a declaration of*

love as J. J. was capable of making. Era la típica frase en la que no convenía equivocarse, pero también era la típica frase que, si la habías escrito así, no querías que nadie te la cambiara. ¿Cómo la habría escrito él? ¿Qué había tenido en mente? ¿Cómo la querría? La decisión quedaba en mis manos. Y cualquier decisión que tomara podía incurrir en un acto de abandono y hasta de traición. Aquella era una de las razones por las que yo estaba llorando en la habitación del hospital de Quintana. Cuando llegué a casa aquella noche, comprobé las galeradas previas y los manuscritos. El error, si es que se trataba de un error, ya estaba allí desde el principio. De manera que lo dejé como estaba.

¿Por qué siempre necesitas tener razón?

¿Por qué siempre has de tener la última palabra?

Por una vez en la vida, déjalo correr.

12

El día en que Quintana y yo volamos hacia el este a bordo del Cessna que repostó en el campo de maíz de Kansas fue el 30 de abril de 2004. Durante los meses de mayo, junio y la mitad de julio que ella pasó en el Instituto Rusk, yo pude hacer muy poco por ayudarla. Podía ir a visitarla a media tarde a la calle Treinta y cuatro Este, y la mayoría de las tardes iba, pero ella hacía terapia de las ocho de la mañana a las cuatro de la tarde, y para las seis y media o las siete ya estaba agotada. Médicamente se encontraba estable. Podía comer, seguía teniendo la sonda de alimentación en su sitio pero ya no la necesitaba. Estaba empezando a recuperar el movimiento del brazo y la pierna derechos. Estaba recuperando la movilidad del ojo derecho, que le hacía falta para leer. Los fines de semana en que no tenía terapia, Gerry se la llevaba a almorzar fuera y a ver una película en el barrio. También cenaba con ella. Quedaban con amigos para hacer pícnics. Durante todo el tiempo que se pasó en el Rusk, yo todavía le podía regar las plantas de la repisa, le podía encontrar las zapatillas deportivas ligeramente distintas que su terapeuta le decretaba y me podía sentar con ella en el invernadero situado junto al vestíbulo del Rusk para mirar las carpas de colores del estanque. En cuanto se fue del Rusk, sin embargo, yo ya no pude hacer ni eso. Quintana estaba llegando a un punto en el que, si quería recuperarse, tenía que volver a valerse por sí misma.

Yo decidí que dedicaría el verano a alcanzar la misma meta.

Todavía no podía concentrarme lo bastante como para trabajar, pero sí que podía ordenar la casa, ponerme al día con mis tareas y

con el correo que tenía sin abrir.

No se me ocurrió que era precisamente ahora cuando yo iba a iniciar el proceso del duelo.

Hasta ahora solo había pasado por el dolor, pero no por el duelo. El dolor era algo pasivo. El dolor era algo que te pasaba. Pero el duelo, el acto de lidiar con el dolor, requería atención. Hasta entonces había tenido mil razones apremiantes para no prestar una atención que en otro caso sí habría prestado, para desterrar todos los pensamientos que me venían a la cabeza y dedicarle más adrenalina a la crisis que tenía abierta. Acababa de pasar una temporada en que las únicas palabras que me permitía a mí misma oír de verdad eran un mensaje grabado: «Bienvenido al U-C-L-A».

De manera que me puse manos a la obra.

Entre las cartas, libros y revistas que me habían llegado mientras estaba en Los Ángeles había un grueso volumen llamado *Lives of '54* [«Las vidas de la promoción del 54»], editado para la ya inminente reunión del cincuenta aniversario de la promoción de John en Princeton. Miré el apartado que había escrito John. Había escrito lo siguiente: «William Faulkner decía que la necrológica de un escritor ha de poner: "Escribió libros y luego se murió". Esto no es una necrológica (por lo menos a 19 de septiembre de 2002), y yo sigo escribiendo libros. De manera que estoy con Faulkner».

Me dije a mí misma: aquello no era una necrológica.

Por lo menos a 19 de septiembre de 2002.

Cerré *Lives of '54*. Al cabo de unas semanas lo volví a abrir y ojeé el resto de aportaciones. Una era de Donald H. («Rummy») Rumsfeld, que decía: «Después de Princeton, los años se ven borrosos, pero los días parecen más bien fuego de ametralladora». Pensé en aquello. Otra de las aportaciones, una reflexión de tres páginas escrita por Lancelot L. («Lon») Farrar, Jr., empezaba así: «Posiblemente nuestro mejor recuerdo común de Princeton fue el discurso que pronunció Adlai Stevenson para el banquete de último año».

También pensé en aquello.

Me había pasado cuarenta años casada con un miembro de la promoción del 54 que no había mencionado jamás el discurso de Adlai Stevenson para el banquete de último año. Intente pensar en algo que él hubiera mencionado de Princeton. Sí que me había mencionado muchas veces la reivindicación equivocada que percibía en las palabras «Princeton al servicio del país», el eslogan que Princeton había adoptado de un discurso de Woodrow Wilson. Aparte de eso, lo único que yo recordaba era el hecho de que unos días después de casarnos (¿por qué lo había mencionado?, ¿cómo había salido en la conversación?), él me había dicho que el coro de los Princeton Nassoons le parecía ridículo. De hecho, como él sabía que me hacía gracia, a veces imitaba las actuaciones de los Nassoons: la mano estudiadamente metida en el bolsillo, el movimiento de agitar los cubitos de hielo dentro de una copa imaginaria, el mentón puesto de perfil y la sonrisita satisfecha.

As I remember you —
We stood there together on a high windy slope —
Our faces to the weather and our hearts full of hope —

[Así te recuerdo yo / los dos juntos en una colina azotada por el viento / con los corazones esperanzados y los rostros expuestos a los elementos]

Durante cuarenta años aquella canción había surgido en aquella broma privada entre nosotros, y ahora yo no me acordaba de su título, mucho menos del resto de la letra. Encontrar la letra de la canción se convirtió en una tarea urgente. Solo pude encontrar una referencia a ella en todo internet, en una nota necrológica del *Princeton Alumni Weekly*:

John MacFadyen, promoción 46-49. John MacFadyen murió el 18 de febrero de 2000 en Damariscotta, Maine, cerca del pueblo de Head Tide, donde él y su mujer, Mary-Esther, tenían su hogar. La causa de la muerte fue neumonía, pero ya llevaba años con mala salud, sobre todo desde la muerte de su mujer en 1977. John llegó a Princeton procedente de Duluth durante el «vertiginoso»

verano de 1942. Dotado de un gran talento para la música y las artes, contribuyó con varias canciones al Triangle Club, entre ellas «As I Remember You», todo un clásico de los Nassoons. John era el alma de la fiesta si le dabas un piano. Se recuerda su interpretación de «Shine, Little Glow Worm», que él tocaba del revés, desde debajo del piano. Después de servir con el ejército en Japón, regresó a Princeton para hacer un máster en arquitectura. Trabajando para la firma Harrison & Abramowitz de Nueva York, proyectó uno de los edificios centrales de las Naciones Unidas. John recibió el Rome Prize de arquitectura, y, recién casado con Mary-Esther Edge, se pasó el bienio 1952-1953 en la American Academy de Roma. Su ejercicio privado de la arquitectura, conocido sobre todo por el diseño del Wolf Trap Center for the Arts en las afueras de Washington, fue interrumpido por su nombramiento, en la década de 1960 y bajo el mandato del gobernador Nelson Rockefeller, como director ejecutivo del primer consejo estatal de las artes. Su promoción se une a sus hijos, Camilla, Luke, William y John, y sus tres nietos, para llorar a uno de nuestros miembros más inolvidables.

«As I Remember You», todo un clásico de los Nassoons.

Pero ¿qué pasaba con la muerte de Mary-Esther?

¿Y cuánto había llovido desde que el alma de cualquier fiesta tocara «Shine, Little Glow Worm» del revés desde debajo del piano?

¿Qué daría yo por poder charlar de todo esto con John?

¿Qué daría yo por poder charlar de cualquier cosa con John? ¿Qué daría yo por poderle decir alguna cosilla que le hiciera feliz? ¿Y qué cosilla sería? Si se la hubiera dicho a tiempo, ¿acaso habría funcionado?

Un par de noches antes de morirse, John me preguntó si yo era consciente de cuántos personajes se morían en la novela que él acababa de mandar a imprenta, *Nothing Lost*. Él se había sentado en su despacho a hacer una lista de todos. Yo añadí uno que se le había pasado por alto. Unos meses después de morirse, cogí un cuaderno pautado que él tenía en el escritorio para apuntar algo. Y en el cuaderno, escrito muy flojito a lápiz, con su caligrafía, estaba la lista. Y decía:

Teresa Kean
Parlance
Emmet McClure
Jack Broderick
Maurice Dodd
Cuatro personas en un coche
Charlie Buckles
Percy, silla eléctrica (Percy Darrow)
Walden McClure

¿Por qué la había escrito tan flojito?

¿Por qué usaría un lápiz que dejara tan poca marca?

¿Cuándo había empezado a verse a sí mismo como un muerto?

—La distinción no está del todo clara —me había dicho un joven médico del Cedars-Sinai Medical Center de Los Ángeles en 1982, hablándome de la línea que separaba la vida de la muerte.

Estábamos en la UCI del Cedars mirando a la hija de Nick y Lenny, Dominique, que la noche antes había sido estrangulada hasta quedar al borde de la muerte. Dominique estaba allí tumbada en la UCI como si estuviera durmiendo, pero ya no se recuperaría. Solo respiraba gracias a las máquinas.

Dominique había sido la niña de cuatro años que asistió a nuestra boda.

Dominique había sido la prima que supervisaba las fiestas de Quintana, se la llevaba a comprar los vestidos de los bailes de graduación y se quedaba con ella si nosotros estábamos de viaje. «Tengo, tengo, tengo, tú no tienes nada —decía la tarjeta de un jarrón de flores que Quintana y Dominique nos habían dejado en la mesa de la cocina a la vuelta de uno de nuestros viajes—: Volveos de viaje y venid pasado mañana. Con amor, feliz día de la Madre, D & Q».

Recuerdo que pensé que el médico se equivocaba. Porque mientras Dominique estuviera en una cama de aquella UCI, estaba viva. Era incapaz de mantenerse viva sin asistencia, pero estaba viva. Ahí había una distinción clara. Cuando le apagaran el respirador

artificial solo sería una cuestión de minutos que los sistemas dejaran de funcionarle y se muriera. La distinción estaba más que clara.

La muerte no escribía dejando poca marca, no escribía a lápiz.

La escritura flojita a lápiz era de «un par de noches antes de que se muriera», o de «un par de semanas antes». En cualquier caso, era claramente de *antes de que se muriera*.

Había una distinción.

El carácter abruptamente definitivo de esta distinción fue algo en lo que pensé mucho durante finales de la primavera y el verano que siguieron a mi regreso a casa después del UCLA. Una amiga íntima, Carolyn Lelyveld, se murió en mayo, en el Memorial Sloan-Kettering. La mujer de Tony Dunne, Rosemary Breslin, se murió en junio, en el Columbia-Presbyterian. En ambos casos pareció que se podía aplicar la frase «después de una larga enfermedad», con su clásica estela de altas médicas, resoluciones y alivios engañosos. En ambas largas enfermedades, la posibilidad de la muerte había estado sobre la mesa, en el caso de Carolyn durante unos meses y en el de Rosemary desde 1989, cuando ella tenía treinta y dos años. Y, sin embargo, ver la posibilidad sobre la mesa no consiguió frenar, cuando este por fin llegó, el vacío repentino que dejaba la muerte en sí. Seguía habiendo una distinción clara. Las dos habían estado vivas en el último momento y después muertas. Me di cuenta de que jamás había creído en las palabras que me habían enseñado de niña para confirmarme como episcopaliana: «Creo en el Espíritu Santo, en la Santa Iglesia Católica, en la Comunión de los Santos, en el perdón de los pecados, en la resurrección del cuerpo y en la vida eterna. Amén».

Porque yo no creía en la resurrección del cuerpo.

Ni tampoco Teresa Kean, Parlance, Emmet McClure, Jack Broderick, Maurice Dodd, las cuatro personas del coche, Charlie Buckles, Percy Darrow ni Walden McClure.

Ni siquiera mi marido, que era católico.

Yo me imaginaba que esta forma de pensar resultaba clarificadora, pero de hecho era tan confusa que hasta se

contradecía a sí misma.

Porque no creía en la resurrección del cuerpo, pero aun así creía que, si se daban las circunstancias adecuadas, John volvería.

Aquel que había dejado unas marcas tan débiles antes de morirse, con un lápiz del número tres.

Un día me pareció importante releerme *Alcestis*. Llevaba sin leerla desde que a los dieciséis o diecisiete años había hecho un ejercicio escolar sobre Eurípides, pero todavía la recordaba como una obra relevante para aquella cuestión de la «distinción». Recordaba las obras griegas en general, y *Alcestis* en particular, como buenos textos sobre el paso de la vida a la muerte. Visualizaban aquel paso, lo dramatizaban, incluían en la puesta en escena las aguas oscuras y al barquero. De manera que me releí *Alcestis*. El argumento de la obra es como sigue: Admeto, el joven rey de Tesalia, ha sido condenado a morir por la Muerte. Apolo ha intercedido y ha obtenido de las Parcas la promesa de que Admeto no tendrá que morir de inmediato si puede encontrar a otro mortal que muera en su lugar. Admeto se lo propone a sus amigos y a sus padres, pero es en vano. «Me digo a mí mismo que pasamos mucho tiempo bajo tierra y que en cambio la vida es breve pero dulce», le dice su padre tras negarse a ocupar su lugar.

La única que se presenta voluntaria es la mujer de Admeto, la joven reina, Alcestis. Todo el mundo se lamenta porque la muerte se cierna sobre ella, pero nadie intercede para salvarla. Por fin se muere: «¡Veo el bote de dos remos, / veo el bote sobre el lago! / Y Caronte, / el Barquero de los Muertos, / me llama con la mano en el remo…». A Admeto lo vencen la culpa, la vergüenza y la autocompasión: «¡Ay, qué amargo me resulta ese paso en barca del que me hablas! ¡Oh, infeliz mía, oh, cómo sufrimos!». Se comporta mal en todos los sentidos. Culpa a sus padres. Insiste en que Alcestis está sufriendo menos que él. Al cabo de unas páginas (más que suficientes) de esto, a Alcestis, por medio de un *deus ex*

machina notablemente torpe (hasta para ser el año 430 a. C.), se le permite que regrese. No habla, pero esto se explica, con idéntica torpeza, alegando que es algo temporal y que se corregirá: «Puede que no oigas su voz hasta que sea purificada de su consagración a los Dioses Inferiores, y hasta que haya amanecido por vez tercera». Si atendemos únicamente al texto, la obra tiene un final feliz.

Pero no era así como yo recordaba *Alcestis*, lo cual sugiere que, con dieciséis o diecisiete años, yo ya tenía la costumbre de ir corrigiendo los textos a medida que los leía. Las divergencias principales entre el texto y mi recuerdo llegaban hacia el final, cuando Alcestis regresaba de los muertos. Tal como yo lo recordaba, la razón de que Alcestis no hablara era que se negaba a hablar. Según yo lo recordaba, Admeto la presionaba, y entonces ella hablaba, para aflicción de él, puesto que resultaba que lo que su mujer tenía en mente eran los defectos de él que habían salido a la luz. Alarmado, Admeto decretaba una celebración para impedir que ella siguiera hablando. Alcestis lo aceptaba, pero permanecía distante, cambiada. En apariencia Alcestis volvía con su marido y sus hijos, volvía a ser la joven reina de Tesalia, pero el final («mi» final) no se podía considerar feliz.

En algunos sentidos, esta era una historia mejor (más «trabajada»), puesto que al menos reconocía que la muerte «cambiaba» a la persona que había muerto; el problema era que suscitaba todavía más interrogantes sobre la distinción entre vida y muerte. Si era cierto que los muertos podían regresar, ¿qué sabían cuando regresaban? ¿Podíamos afrontarlos? ¿Nosotros, que habíamos permitido que murieran? La clara luz del día me dice que yo no dejé morir a John, que yo no tenía aquel poder, pero ¿realmente lo creo? ¿Y acaso lo cree él?

Los supervivientes miran hacia atrás y ven presagios, mensajes que se perdieron.

Recuerdan el árbol que se murió y la gaviota que se estrelló contra el capó del coche.

Viven por medio de símbolos. Encuentran significado en el aluvión de correo basura que llega al ordenador en desuso, en la tecla de borrado que deja de funcionar, en el abandono imaginado de la decisión de cambiarla. La voz de mi contestador automático sigue siendo la de John. El hecho de que la grabara él fue arbitrario y obedeció únicamente al hecho de que era él quien estaba en casa la última vez que hubo que programar el contestador, pero si yo tuviera que grabar otra vez el mensaje ahora, me sentiría una traidora. Un día en que yo estaba hablando por teléfono en su oficina me puse a pasar ociosamente las páginas del diccionario que él siempre tenía abierto en la mesilla de al lado del escritorio. Cuando me di cuenta de lo que acababa de hacer, me quedé acongojada: ¿cuál había sido la última palabra que él había buscado, y qué había estado pensando? ¿Acaso yo me había perdido su mensaje al pasar las páginas? ¿O bien el mensaje ya había estado perdido antes de que yo tocara el diccionario? ¿Acaso yo me había negado a oír su mensaje?

«Yo os digo que no viviré dos días», dijo Gawain.

Aquel mismo verano me llegó otro libro de Princeton. Era un ejemplar de la primera edición de *Confesiones verdaderas*, «en buen estado y con la sobrecubierta original ligeramente ajada», como dicen los libreros. De hecho, era el ejemplar personal de John: al parecer se lo había mandado por correo a un compañero de clase que estaba organizando, para la reunión de los cincuenta años de la promoción de 1954, una exposición de libros escritos por miembros de la clase. «Ha ocupado el puesto de honor —me escribió aquel compañero de clase—, dado que John era sin lugar a dudas el escritor más distinguido de nuestra clase».

Yo examiné la sobrecubierta original ligeramente ajada del ejemplar de *Confesiones verdaderas*.

Me acordé de la primera vez que había visto aquella sobrecubierta, o mejor dicho un prototipo de ella. Se había pasado

varios días en nuestra casa, como sucedía siempre con las propuestas de diseño, las muestras de tipos de letra y las sobrecubiertas de los libros nuevos, a fin de evaluar si aguantaban el paso de los días y seguían siendo agradables a la vista.

Abrí el libro. Miré la dedicatoria: «Para Dorothy Burns Dunne, Joan Didion y Quintana Roo Dunne —decía la dedicatoria—. Generaciones».

Yo me había olvidado de aquella dedicatoria. *No me había fijado lo suficiente en ella*, un motivo recurrente de la fase de lo que fuera que yo estaba atravesando.

Releí *Confesiones verdaderas*. Me pareció más oscuro de lo que yo recordaba. Releí *Harp*. Me pareció una versión distinta y menos soleada del verano que nos habíamos pasado viendo *Tenko* y yendo a cenar al Morton's.

Hacia el final de aquel verano había pasado otra cosa.

En agosto se había celebrado el funeral de un conocido (esto no era la «otra cosa» en sí que había sucedido), un tenista de sesenta y tantos años que se había matado en un accidente. El funeral se había celebrado en la pista de tenis de una casa de Beverly Hills. «Me reuní con mi mujer en el funeral —había escrito John en *Harp* —, después de ir a ver al médico en Santa Mónica, y allí sentado bajo el sol tórrido de agosto, yo tenía la muerte muy presente. Me pareció que en realidad Anton había muerto en las mejores circunstancias posibles en su caso: un momento de terror mientras comprendía el resultado inevitable del accidente y un momento más tarde la oscuridad eterna».

Se terminó el funeral y el aparcacoches me trajo mi coche. Mientras nos alejábamos de allí, mi mujer me preguntó:

—¿Qué te ha dicho el médico?

No habíamos tenido ocasión de hablar de mi visita al médico de Santa Mónica.

—Me ha metido un miedo de cojones, cielo.

—¿Qué te ha dicho?
—Me ha dicho que soy candidato a un ataque cardíaco catastrófico.

Unas cuantas páginas después, el autor de *Harp*, John, examina la veracidad de esta versión (que es la suya). Señala que ha cambiado un nombre y ha introducido cierta reestructuración dramática y una elipsis temporal. «¿Algo más?», se pregunta a sí mismo. Y esta es la respuesta que da: «Cuando le conté a mi mujer que me había metido un miedo de cojones, me eché a llorar».

O bien yo no me acordaba de aquello o bien había decidido no acordarme deliberadamente.

No me había fijado lo suficiente.

¿Acaso fue eso lo que él experimentó al morir? ¿«Un momento de terror mientras comprendía el resultado inevitable del accidente y un momento más tarde la oscuridad eterna»? En el sentido de que sucede una noche y no otra, el mecanismo de un paro cardíaco típico se puede interpretar como algo esencialmente accidental: un espasmo repentino rompe un depósito de placa en una arteria coronaria, se produce una isquemia y el corazón, privado de oxígeno, entra en fibrilación ventricular.

Pero ¿cómo lo experimentó él?

¿El «momento de terror», la «oscuridad eterna»? ¿Acaso los había intuido con precisión mientras estaba escribiendo *Harp*? ¿Acaso «los había plasmado bien», tal como solíamos decirnos el uno al otro refiriéndonos a si habíamos conseguido percibir o narrar algo con precisión? ¿Y lo de la «oscuridad eterna»? ¿Acaso los supervivientes de experiencias cercanas a la muerte no mencionaban siempre una «luz blanca»? Mientras escribo estas líneas, se me ocurre que esa «luz blanca», normalmente representada en plan fantasioso (prueba del más allá y de unos poderes superiores), en realidad concuerda totalmente con el déficit de oxígeno que se produce cuando disminuye el riego sanguíneo al

cerebro. «Todo se puso blanco», dice la gente que ha experimentado una caída de la presión sanguínea, refiriéndose al instante antes de desmayarse. «Se fueron todos los colores», dicen quienes sufren hemorragias internas, refiriéndose al momento en que la pérdida de sangre se vuelve crítica.

La «otra cosa» que sucedió a finales de aquel verano, que debió de ser el de 1987, fue la serie de acontecimientos que siguió a la cita con el médico de Santa Mónica y al funeral celebrado en la pista de tenis de Beverly Hills. Más o menos una semana más tarde, le hicieron a John un angiograma. El angiograma mostró una oclusión del 90 por ciento de la arteria descendente anterior izquierda. También mostraba un estrechamiento del noventa y tantos por ciento de la arteria circunfleja marginal, que se consideró relevante sobre todo porque la arteria circunfleja marginal abastecía la misma zona del corazón que la descendente anterior izquierda ocluida. «La llamamos la hacedora de viudas, colega», le diría más tarde a John su cardiólogo de Nueva York, refiriéndose a la descendente anterior izquierda. Un par de semanas después del angiograma (ya era septiembre, aunque en Los Ángeles todavía duraba el verano), le hicieron una angioplastia. Los resultados al cabo de dos semanas, tal como demostró un eco-cardiograma de esfuerzo, se calificaron de «espectaculares». Otro eco de esfuerzo realizado al cabo de seis meses confirmó el éxito. Las pruebas con talio que le hicieron en los años siguientes y un angiograma posterior con fecha de 1991 repitieron la confirmación. Me acuerdo de que John y yo adoptamos puntos de vista distintos sobre lo que había sucedido en 1987. Tal como lo veía él, le habían dictado una sentencia de muerte, que permanecía temporalmente suspendida. Después de la angioplastia de 1987, a menudo me decía que ya sabía cómo iba a morir. Tal como lo veía yo, el episodio se había producido en un momento providencial, la intervención había sido un éxito, el problema se había resuelto y el mecanismo se había arreglado. No tienes más

idea de cómo te vas a morir que yo o cualquiera, recuerdo que le dije. Ahora me doy cuenta de que la perspectiva más realista era la de él.

13

Yo solía contarle mis sueños a John, no para entenderlos sino para deshacerme de ellos, para despejarme la cabeza de cara al resto de la jornada. «No me cuentes lo que has soñado», me decía él cuando yo me despertaba por la mañana, pero siempre terminaba escuchándome.

Al morir él, dejé de tener sueños.

A principios de verano volví a soñar de nuevo, por primera vez desde el suceso. Como ya no se los puedo contar a John, me encuentro pensando en ellos yo sola. Recuerdo un pasaje de una novela que escribí a mediados de los años noventa, *The Last Thing He Wanted*:

> Por supuesto, no nos hacían falta aquellas últimas seis notas para saber de qué trataban los sueños de Elena.
>
> Los sueños de Elena trataban de morir.
>
> Los sueños de Elena trataban de envejecer.
>
> Aquí no hay nadie que no haya tenido (o no vaya a tener) los sueños de Elena.
>
> Todos lo sabemos.
>
> La cuestión es que Elena no lo sabía.
>
> La cuestión es que Elena se mantenía distante principalmente de ella misma, una agente clandestina que había compartimentado con tanto éxito su operación que había perdido el acceso a sus propios cortacircuitos.

Me doy cuenta de que la situación de Elena es la mía.

En uno de los sueños estoy colgando un cinturón trenzado en un armario y se me rompe. Un tercio aproximadamente del cinturón me

cae en las manos. Yo le enseño los pedazos a John. Le digo (o bien me dice él, con los sueños nunca se sabe) que era su cinturón favorito. Decido (nuevamente, creo que lo decido, debería haber decidido, mi mente a medio despertar me dice que haga lo correcto) encontrarle un cinturón trenzado idéntico.

En otras palabras, arreglar lo que he roto, *traerlo a él de vuelta*.

No me pasa por alto el parecido que guarda el cinturón trenzado roto del sueño con el que yo había encontrado en la bolsa de plástico que me habían dado en el New York Hospital. Ni tampoco el hecho de que no paro de pensar: *Lo he roto yo, he sido yo, soy la responsable*.

En otro sueño, John y yo estamos volando a Honolulú. Hay mucha más gente con el mismo destino y nos hemos congregado todos en el aeropuerto de Santa Mónica. La Paramount ha alquilado aviones. Hay ayudantes de producción repartiendo tarjetas de embarque. Yo embarco. Reina la confusión. Hay más gente embarcando, pero no veo ni rastro de John. Me preocupa que pueda haber algún problema con su tarjeta de embarque. Decido que tengo que salir del avión y esperarlo en el coche. Mientras lo estoy esperando en el coche, me doy cuenta de que los aviones ya están despegando, uno por uno. Lo primero que siento en el sueño es rabia: John ha embarcado en el avión sin mí. Lo segundo que experimento es una transferencia de la rabia: a la Paramount no le importamos lo bastante como para ponernos en el mismo avión.

La presencia de la «Paramount» en el sueño requeriría una explicación distinta e irrelevante aquí.

Cuando pienso en este sueño, me acuerdo de *Tenko*. A medida que la serie avanzaba, *Tenko* mostraba cómo las prisioneras inglesas eran liberadas del campo japonés y por fin se reunían en Singapur con sus maridos, lo cual no les salía igual de bien a todas. En cierta medida, algunas de ellas sentían que sus maridos eran los responsables de su triste experiencia como prisioneras. Algunas experimentaban la sensación, por irracional que fuera, de haber sido abandonadas. ¿Acaso yo me sentía abandonada, plantada en la

pista, acaso sentía rabia hacia John por haberme abandonado? ¿Acaso era posible tener rabia y al mismo tiempo sentirme responsable?

Sé qué respondería un psiquiatra a esa pregunta.

Su respuesta tendría que ver con el hecho bien conocido de que la rabia crea culpa y viceversa.

No es que no me crea esa respuesta, pero me sigue pareciendo menos sugerente que la imagen sin analizar, el misterio de quedarme a solas en la pista del aeropuerto de Santa Mónica mirando cómo los aviones despegan uno tras otro.

Todos lo sabemos.

La cuestión es que Elena no lo sabía.

Me despierto, veo que son las tres y media de la madrugada y encuentro un televisor encendido y sintonizado en la MSNBC. Veo a Joe Scarborough, o a Keith Olbermann, hablando con un matrimonio, pasajeros de un vuelo de Detroit a Los Ángeles, el «327 de Northwest» (de hecho, lo apunto para contárselo a John), a bordo del cual se dice que «se ha intentado cometer un atentado terrorista». Parece que en el incidente han participado catorce hombres de quienes se dice que son «árabes» y que, en un momento dado, tras despegar de Detroit, se han empezado a congregar frente al lavabo de clase turista y a entrar uno por uno.

La pareja que ahora está siendo entrevistada en televisión informa de que les han hecho varias señales a la tripulación.

El avión ha aterrizado en Los Ángeles. Los «árabes», que viajaban los catorce con «visados caducados» (aparentemente esto le resulta más extraño a la MSNBC que a mí), han sido detenidos y luego puestos en libertad. Todo el mundo, incluido el matrimonio entrevistado, ha seguido con sus asuntos. No ha habido, pues, «un ataque terrorista», que es lo que parecía convertirlo en «un intento de atentado».

En el sueño necesito hablar de esto con John.

Pero ¿acaso fue un sueño?

¿Quién es el director de los sueños, le importaría eso a él?

¿Acaso yo solo podía averiguar lo que pensaba soñando o escribiendo?

Cuando llegó junio y se alargaron los atardeceres, me obligué a mí misma a cenar en la sala de estar, que era donde había luz. Después de la muerte de John, yo había empezado a comer sola en la cocina (el comedor era demasiado grande, y la mesa de la sala de estar era donde él había muerto), pero cuando llegaron los atardeceres más largos, experimenté la fuerte sensación de que él querría que yo viera la luz. A medida que empezaron a acortarse, me volví a retirar a la cocina. Empecé a pasar más veladas sola en casa. Le decía a la gente que estaba trabajando. Para cuando llegó agosto ya estaba trabajando de verdad, o al menos intentándolo, pero también quería evitar estar fuera, indefensa. Una noche me descubrí a mí misma sacando del armario no uno de los platos que usaba normalmente, sino un plato Spode gastado y agrietado, de un juego en el que casi todos estaban rotos o descascarillados, con un diseño que ya no se fabricaba llamado «Wickerdale». Había sido un juego de platos, de color crema con una guirnalda de rosas diminutas, flores azules y hojas de color crudo, que la madre de John le había regalado para el apartamento que él había alquilado en la calle Setenta y tres Este antes de que nos casáramos. La madre de John ya había muerto. John ya había muerto. Y a mí todavía me quedaban, del juego Spode «Wickerdale», cuatro platos llanos, cinco platos de ensalada, tres bandejitas para mantequilla, una taza solitaria de café y nueve platillos. Empezó a gustarme aquella vajilla más que ninguna otra. A finales de verano ponía en marcha el lavavajillas cuando solo tenía llena una cuarta parte de su capacidad solo para asegurarme de que al menos uno de los cuatro platos llanos estuviera limpio siempre que lo necesitara.

En un momento dado del verano se me ocurrió que no tenía cartas de John, ni una. Casi nunca habíamos estado muy alejados el uno del otro, ni durante mucho tiempo. Como mucho dos o tres

semanas de vez en cuando, mientras uno de nosotros estaba escribiendo un artículo. Durante un mes de 1975, yo había estado dando clases entre semana en Berkeley y volando los fines de semana a Los Ángeles con la PSA. En 1988 John había pasado unas semanas en Irlanda, documentándose para *Harp*, mientras yo cubría las primarias presidenciales en California. En todas aquellas ocasiones habíamos hablado por teléfono varias veces al día. Las elevadas facturas telefónicas las considerábamos parte del acuerdo que teníamos el uno con el otro, al igual que las elevadas facturas de los hoteles que nos permitían sacar a Quintana de la escuela, volar a alguna parte y trabajar los dos al mismo tiempo en la *suite* de uno de esos hoteles. Lo que yo conservaba ahora, en vez de cartas, era un recuerdo de una de aquellas *suites*: un pequeño despertador negro y finísimo que él me había regalado unas navidades en Honolulú mientras estábamos haciendo una reescritura relámpago de una película que nunca se llegó a filmar. Fue una de las muchas navidades en que no nos intercambiábamos «regalos», sino pequeños objetos prácticos para poner bajo el árbol. Aquel despertador había dejado de funcionar el año anterior a su muerte, no se podía reparar y ahora que él había muerto yo tampoco lo podía tirar. Ni siquiera lo podía quitar de mi mesilla de noche. También tenía un juego de plumas Buffalo de colores, que John me había regalado la misma Navidad y con el mismo espíritu. Aquellas navidades yo había hecho muchos bocetos de palmeras, palmeras moviéndose al viento, palmeras de frondas caídas y palmeras combadas por las tormentas *kona* de diciembre. Las plumas Buffalo ya llevaban mucho tiempo secas, pero tampoco las podía tirar.

Recuerdo que aquella Nochevieja en particular en Honolulú experimenté una sensación de bienestar tan profunda que no me quise ir a dormir. Habíamos pedido que nos subieran a la habitación mahimahi y lechuga de Manoa con vinagreta para los tres. Habíamos intentado conseguir un aire festivo colocando guirnaldas de flores sobre las impresoras y los ordenadores que estábamos usando para la reescritura. Habíamos encontrado velas, las habíamos encendido y

habíamos puesto las cintas de casete que Quintana había envuelto en papel de regalo para dejarlas debajo del árbol. John había estado leyendo en la cama y se había quedado dormido sobre las once y media. Quintana había bajado a la planta baja para ver qué se cocía. Yo veía dormir a John. Sabía que Quintana estaba a salvo, que llevaba bajando a ver qué se cocía en aquel hotel (a veces ella sola y a veces con Susan Traylor, que se venía muchas veces con Quintana cuando nosotros estábamos trabajando en Honolulú) desde que tenía seis o siete años. Me senté en un balcón con vistas al Club de Campo de Waialae, me terminé la botella de vino que habíamos estado bebiendo con la cena y miré los fuegos artificiales que se estaban lanzando por todos los barrios de Honolulú.

Me acuerdo de un último regalo que me hizo John. Era mi cumpleaños, el 5 de diciembre de 2003. En Nueva York había empezado a nevar sobre las diez de aquella mañana y para el atardecer ya se habían acumulado dieciocho centímetros de nieve y se esperaban quince más. Me acuerdo de que cayó una avalancha de nieve del tejado de la iglesia de Saint James, que estaba cruzando la calle. Tuvimos que cancelar nuestro plan de vernos con Quintana y Gerry en un restaurante. Antes de cenar, John se sentó junto a la chimenea de la sala de estar y me estuvo leyendo en voz alta. El libro del que leyó era una novela mía, *Una liturgia común*, que por casualidad él tenía en la sala de estar porque la estaba releyendo para ver cómo funcionaba técnicamente algo. El fragmento que me leyó en voz alta era la escena en la que el marido de Charlotte Douglas visita a la narradora, Grace Strasser-Mendana, y le comunica que lo que está pasando en el país que gobierna la familia de ella no va a acabar bien. Es una escena complicada (de hecho, era la escena que John quería releer para ver cómo funcionaba técnicamente), interrumpida por otra acción y que exigía que el lector captara el subtexto de lo que se estaban diciendo Leonard Douglas y Grace Strasser-Mendana. «Carajo —me dijo John al cerrar el libro—. No me vuelvas a decir que no escribes bien. Este es mi regalo de cumpleaños».

Recuerdo que se me llenaron los ojos de lágrimas.

Y también las siento ahora.

Visto con la distancia que da el tiempo, aquel fue mi presagio, la primera nevada, el regalo de cumpleaños que nadie más podía hacerme.

Le quedaban veinticinco noches de vida.

14

Llegó un momento de aquel verano en que me empecé a sentir frágil e inestable. Se me enganchaba una sandalia en la acera y eso me obligaba a correr unos pasos para evitar caerme. ¿Y si no lo evitaba? ¿Y si me caía? ¿Qué me rompería, quién vería la sangre chorreándome por la pierna, quién llamaría al taxi, quién estaría conmigo en urgencias? ¿Quién estaría conmigo cuando llegara a casa?

Dejé de llevar sandalias. Me compré dos pares de zapatillas deportivas Puma y empecé a no llevar nada más.

Empecé a dejar las luces encendidas por la noche. Si la casa estaba a oscuras, yo no podía levantarme para apuntar algo ni para buscar un libro ni para asegurarme de que había apagado el fogón de la cocina. Si la casa estaba a oscuras, me tenía que quedar allí inmovilizada, teniendo visiones de peligros domésticos, de los libros que podían resbalar de la estantería y derribarme, de la alfombra del pasillo que podía hacerme caer, de la manguera de la lavadora que podía haber inundado la cocina sin que yo lo viera, a fin de electrocutarme mejor cuando encendiera la luz para ver si había apagado el fogón. El hecho de que esto no era un simple ejercicio de cautela prudente me quedó bastante claro una tarde en que cierta conocida, una escritora joven, pasó por casa para preguntarme si podía escribir un perfil sobre mí. Me oí a mí misma decir, en tono demasiado alterado, que ahora mismo no podía permitir que nadie escribiera sobre mí. Que yo no estaba en condiciones. Me oí hacer

mucho hincapié en aquello, pugnando por recuperar el equilibrio, por evitar la caída.

Más tarde lo volví a pensar.

Me di cuenta de que, de momento, no podía confiar en mostrarle una cara coherente al mundo.

Al cabo de unos días estaba apilando unos ejemplares de *Daedalus* que había tirados por la casa. En aquellos momentos, apilar revistas me parecía el límite de lo que yo era capaz de hacer para organizar mi vida. Con cuidado de no forzar aquel límite, abrí uno de los ejemplares de *Daedalus*. Había un relato de Roxana Robinson que llevaba por título «Ciego». En aquel relato, un hombre iba en coche de noche y bajo la lluvia para dar una conferencia. El lector captaba las señales de peligro: al hombre le costaba recordar el tema de su conferencia, metía su pequeño coche de alquiler en el carril rápido sin darse cuenta de que se acercaba un vehículo todoterreno en dirección contraria; se hacía referencia a alguien, a una tal «Juliet», a quien le había pasado algo preocupante. Descubríamos de forma gradual que Juliet era la hija del hombre, que durante su primera noche a solas después de su expulsión temporal del instituto, de su desintoxicación y de varias semanas reconstituyentes en el campo en compañía de sus padres y su hermana, había tomado tanta cocaína que se le había reventado una arteria del cerebro y había muerto.

Uno de los muchos sentidos en que el relato me inquietó (el más obvio era la arteria que había reventado en el cerebro de la chica) era el siguiente: el padre se había quedado frágil e inestable. Aquel padre era yo.

De hecho, yo conocía un poco a Roxana Robinson. Pensé en llamarla. Ella sabía algo que yo estaba empezando a descubrir. Pero llamarla resultaría raro y entrometido: solo la había visto una vez en mi vida, en un cóctel celebrado en una azotea. Lo que hice, en cambio, fue pensar en gente a la que conocía que hubiera perdido a su cónyuge o a un hijo o hija. Pensé en concreto en el aspecto que habían tenido aquellas personas cuando yo las había visto sin que

ellas lo esperaran —por la calle, por ejemplo, o al entrar en una habitación—, durante el año aproximado después de la muerte de su ser querido. En todos y cada uno de los casos, lo que me había impresionado era lo indefensos que se los veía, como si estuvieran desnudos.

Lo frágiles que estaban, tal como entiendo ahora.

Lo inestables que estaban.

Abrí otro ejemplar de *Daedalus*, este dedicado al concepto de «la felicidad». Un artículo sobre la felicidad, firmado conjuntamente por Robert Biswas-Diener de la Universidad de Oregón y Ed Diener y Maya Tamir de la Universidad de Illinois en Champaign-Urbana, señalaba que, aunque «la investigación ha demostrado que la gente es capaz de adaptarse a una amplia gama de acontecimientos vitales positivos y negativos en menos de dos meses», seguía habiendo «ciertos acontecimientos a los que a la gente le costaba mucho tiempo adaptarse del todo, o incluso no podía». Uno de ellos era el desempleo. «También vemos —añadían los autores— que al viudo o viuda típicos les cuesta muchos años recuperar su antiguo nivel de satisfacción vital tras la muerte de su cónyuge».

¿Acaso yo era la «viuda típica»? ¿Y cuál había sido de hecho mi «antiguo nivel de satisfacción vital»?

Fui al médico para hacerme un chequeo rutinario. Él me preguntó cómo estaba. En la consulta de un médico, no se trataba de ninguna pregunta inesperada. Y, sin embargo, me sorprendí a mí misma rompiendo a llorar. Aquel médico era amigo mío. John y yo habíamos ido a su boda. Se había casado con la hija de unos amigos que vivían en la acera de enfrente de nuestra casa en Brentwood Park. La ceremonia se había celebrado bajo su árbol de jacarandá. Durante los primeros días tras la muerte de John, aquel médico había venido a casa. Mientras Quintana estaba en el Beth Israel Norte, él me había acompañado un domingo por la tarde y había hablado con los médicos de la unidad. Mientras Quintana estaba en el Columbia-Presbyterian, que era el hospital donde trabajaba él, había pasado a verla todas las tardes, pese a que Quintana no era

paciente suya. En un viaje que había hecho a California mientras Quintana estaba en el UCLA, se había cogido una tarde libre para pasar por la unidad de neurología y hablar con los médicos de allí. Había hablado primero con ellos y después con la gente de neuro del Columbia y luego me lo había explicado todo a mí. Había sido amable y solícito, me había animado y había demostrado ser un amigo de verdad. Y a cambio yo me echaba a llorar en su consulta porque él me preguntaba cómo estaba.

—Es que no le veo el lado bueno a esto —me oí decir a modo de explicación.

Más tarde él me contaría que, si John hubiera estado sentado en aquella consulta, esa frase le habría hecho gracia, igual que se la había hecho a él.

—Por supuesto, yo he entendido lo que has querido decirme, igual que lo habría entendido John; has querido decirme que no ves la luz al final del túnel.

Le dije que sí, aunque no era verdad.

Yo había querido decir exactamente lo que había dicho: que no le veía el lado bueno a aquello.

Mientras pensaba en la diferencia entre ambas frases, me di cuenta de que yo siempre me había considerado a mí misma una persona capaz de buscarle y encontrarle el lado bueno a cualquier situación. Yo había creído en la lógica de las canciones populares. Había buscado el lado positivo. Había atravesado la tormenta. Ahora se me ocurría que aquellas ni siquiera eran citas de las canciones de mi generación. Que aquellas eran las canciones, y la lógica, de la generación o generaciones que habían precedido a la mía. La banda sonora de mi generación era el «How High the Moon» de Les Paul y Mary Ford, que tenía una lógica completamente distinta. También se me ocurrió que la lógica de aquellas canciones antiguas se basaba en la autocompasión, que no era una idea nueva pero a mí sí me venía de nuevo. La mujer que cantaba la canción que decía que había que encontrar el lado positivo creía que el negativo la

perseguía. La mujer que cantaba lo de atravesar la tormenta daba por sentado que, si no lo hacía, la tormenta acabaría con ella.

Yo no paraba de decirme a mí misma que llevaba toda la vida teniendo mucha suerte. Lo que esto significaba, tal como yo lo veía, era que ahora no tenía derecho a sentirme desafortunada.

Esto era mi versión de no dejarme llevar por la autocompasión.

E incluso me lo creía.

Solo más adelante empecé a preguntarme qué tenía que ver la «suerte» con todo aquello. Si me ponía a pensarlo, no encontraba ningún ejemplo de «suerte» en mi historia personal. («Menuda suerte», le había dicho yo una vez a un médico después de que una prueba revelara un problema que se podía solucionar y que, de no haberse tratado, habría quedado sin resolver). Tampoco creía que fuera la «mala suerte» lo que había matado a John o golpeado a Quintana. Una vez, cuando todavía asistía a la Westlake School for Girls, Quintana me habló de lo que al parecer ella consideraba la distribución injusta de las malas noticias. En noveno curso había vuelto a casa de unas colonias en Yosemite para enterarse de que su tío Stephen se había suicidado. En undécimo curso se había despertado en casa de Susan a las seis y media de una mañana y se había enterado de que habían asesinado a Dominique.

—La mayoría de la gente a la que conozco en la Westlake ni siquiera conocen a nadie que haya muerto —dijo ella—, y desde que estoy aquí yo ya he tenido un asesinato y un suicidio en mi familia.

—Al final todo se compensa —dijo John, una respuesta que a mí me dejó perpleja (¿qué quería decir?, ¿no se le había ocurrido nada mejor?), pero que a ella pareció satisfacerla.

Varios años más tarde, después de que los padres de Susan murieran los dos con un año de diferencia, Susan me preguntó si me acordaba de que John le había dicho a Quintana que al final todo se compensaba. Yo le dije que sí que me acordaba.

—Pues tenía razón —dijo Susan—. Se ha compensado.

Recuerdo que me quedé escandalizada. A mí jamás se me había ocurrido que John hubiera querido decir que las malas noticias nos acababan alcanzando a todos por igual. O bien Susan o bien Quintana debían de haberlo entendido mal. Le expliqué a Susan que lo que John había querido decir era algo completamente distinto: había querido decir que la gente que recibe malas noticias acaba recibiendo las buenas que se merecen a cambio.

—Eso no es lo que quise decir, para nada —dijo John.

—Yo ya lo había entendido —dijo Susan.

¿Acaso yo no había entendido nada?

Piensen en este asunto de la «suerte».

Yo no solo no creía que la «mala suerte» hubiera matado a John y hubiera golpeado a Quintana, sino que de hecho creía exactamente lo contrario: estaba convencida de que yo debería haber sido capaz de evitar lo sucedido. Solo después del sueño en que me quedaba abandonada en la pista de aterrizaje del aeropuerto de Santa Mónica se me ocurrió que yo no me responsabilizaba de todo lo ocurrido. Estaba responsabilizando a John y a Quintana, una diferencia considerable pero que tampoco me llevaba a ningún sitio conveniente. *Por una vez en la vida, déjalo correr*.

15

Pocos meses después de que John muriera, a finales de invierno de 2004, después de lo del Beth Israel y el Presbyterian, pero antes de lo del UCLA, Robert Silvers de la *New York Review of Books* me preguntó si me apetecía que me pidiera una acreditación para cubrir las convenciones demócrata y republicana del verano. Yo había comprobado las fechas: la convención demócrata era a finales de julio en Boston y la republicana la semana antes del día del Trabajo en Nueva York. Le dije que sí. Por entonces me pareció una forma de comprometerme con una vida normal sin necesidad de vivirla todavía durante casi medio año, hasta que vinieran primero la primavera y después el verano y ya casi nos plantáramos en otoño.

La primavera me la pasé casi entera en el UCLA.

A mediados de julio a Quintana le dieron el alta del Instituto Rusk.

Diez días más tarde fui a Boston para la convención demócrata. No me había esperado que mi reciente fragilidad viajara conmigo a Boston, una ciudad desprovista, o eso creía yo, de asociaciones potencialmente peliagudas. Yo solo había estado con Quintana en Boston una vez, durante la gira de promoción de un libro. Nos habíamos alojado en el Ritz. La ciudad de aquella gira que más le había gustado a ella era Dallas. Boston le había parecido «toda blanca».

—¿Quieres decir que en Boston no has visto a mucha gente negra? —le había preguntado la madre de Susan Traylor al llegar Quintana a Malibú e informar sobre su viaje.

—No —le había dicho Quintana—. Quiero decir que no es en color.

Las últimas veces que yo había tenido que viajar a Boston había ido sola, y en todos los casos me había organizado el día para coger el último puente aéreo de vuelta; la única vez que recordaba haber estado allí con John había sido para un pase previo de *Confesiones verdaderas*, y lo único que recuerdo de aquella ocasión es que almorzamos en el Ritz, que acompañé a John andando a Brooks Brothers para recoger una camisa y que después de que se proyectara la película y se evaluara la reacción oí la siguiente valoración de sus perspectivas comerciales: *Confesiones verdaderas* podía ir muy bien, dijo el investigador de mercado, entre los adultos con estudios de posgrado.

No pensaba alojarme en el Ritz.

No me iba a hacer falta ir a Brooks Brothers.

Habría investigadores de mercado, pero las malas noticias que darían no me afectarían a mí.

No me di cuenta de que seguía habiendo margen de error hasta que estaba caminando hacia el Fleet Center para la inauguración de la convención y me sorprendí a mí misma llorando. El primer día de la convención demócrata era el 26 de julio de 2004. Quintana se había casado el 26 de julio de 2003. Mientras esperaba en la cola del control de seguridad, mientras recogía los comunicados en el centro de prensa, y hasta mientras encontraba mi asiento y me ponía de pie para escuchar el himno nacional, hasta mientras me compraba una hamburguesa en el McDonald's del Fleet Center y me sentaba en el peldaño más bajo de una escalera cerrada al público para comérmela, me volvieron los detalles a la cabeza. «En otro mundo» era la expresión que no paraba de rondarme por la mente. Quintana sentada al sol en la sala de estar mientras le hacían trenzas en el pelo. John preguntándome cuál de sus dos corbatas prefería yo. Abrir las cajas de la floristería sobre la hierba de delante de la catedral y sacudir las guirnaldas de flores para que soltaran el agua. El brindis que hizo John antes de que Quintana cortara la tarta. Lo

mucho que él disfrutó de aquel día y la fiesta y la felicidad transparente de ella. «Más que un solo día más», le había susurrado él a Quintana antes de acompañarla al altar.

«Más que un solo día más», le había susurrado los cinco días y noches que la había visto en la UCI del Beth Israel Norte.

«Más que un solo día más», le había susurrado yo a Quintana cuando él ya no estaba, durante los días y noches siguientes.

«Como tú me decías a mí», le había dicho ella, plantada con su vestido negro en Saint John the Divine, el día que entregamos las cenizas de John.

Recuerdo que se adueñó de mí el convencimiento abrumador de que necesitaba salir del Fleet Center inmediatamente. Solo he experimentado pánico en contadas ocasiones, pero lo que vino a continuación era fácilmente identificable como pánico. Recuerdo que me intenté tranquilizar viendo la situación como si fuera una película de Hitchcock: todos sus planos estaban planificados para aterrorizar pero en última instancia era un artificio, un juego. Estaba, por ejemplo, la cercanía del lugar que me habían asignado a la red que contenía los globos para la lluvia de globos. Estaban las siluetas oscuras que se movían por las pasarelas de las alturas. Estaba el vapor o el humo que se elevaba de un conducto de ventilación situado por encima de los palcos de lujo. Estaban, en cuanto hui de mi asiento, los pasillos que parecían no llevar a ninguna parte, misteriosamente vacíos, con las paredes inclinadas y distorsionadas delante de mí (la película de Hitchcock que me estaba imaginando debía de ser *Recuerda*). Estaban las escaleras mecánicas bloqueadas. Estaban los ascensores que no respondían cuando pulsabas el botón. Estaban, en cuanto conseguí bajar las escaleras, los trenes suburbanos paralizados en sus vías al otro lado de los paneles de cristal cerrados (nuevamente, inclinados y distorsionados al acercarme a ellos) que daban a las vías de la North Station.

Salí del Fleet Center.

Vi el final de la sesión de aquella noche por el televisor de mi habitación de la Parker House. Cuando había entrado por primera

vez en aquella habitación de la Parker House, el día anterior, me había parecido experimentar alguna clase de *déjà vu*, pero me lo había quitado de la cabeza. Solo ahora, mientras miraba la C-SPAN y escuchaba cómo el aire acondicionado se encendía y se apagaba siguiendo los ciclos en los que estaba programado, me acordé. Me había alojado en una habitación como aquella de la Parker House unas cuantas noches entre el segundo y el tercer curso de Berkeley. Había estado en Nueva York para una promoción universitaria de *Mademoiselle* que se hacía por entonces (el programa de «Editores Invitados», rememorado por Sylvia Plath en *La campana de cristal*) y estaba de regreso a California pasando por Boston y Quebec, un itinerario «educativo» que recuerdo vagamente que me había organizado mi madre. El aire acondicionado ya se encendía y se apagaba siguiendo sus ciclos programados en 1955. Recuerdo que estuve durmiendo hasta la tarde, deprimida, y que luego cogí el metro hasta Cambridge, donde debí de estar paseando sin rumbo antes de coger el metro de vuelta.

Aquellos fragmentos de 1955 me estaban volviendo a la cabeza tan hechos jirones (o «entrecortados» o hasta «difusos») que me costaba retenerlos (¿qué había hecho yo en Cambridge, qué demonios podía haber hecho en Cambridge?), pero lo intenté, puesto que mientras tuviera la cabeza ocupada con el verano de 1955 no estaría pensando en John ni en Quintana.

En el verano de 1955 yo había cogido un tren de Nueva York a Boston.

En el verano de 1955 yo había cogido otro tren de Boston a Quebec. Me había alojado en una habitación del Château Frontenac que no tenía bañera.

¿Acaso las madres siempre intentaban imponerles a sus hijas los itinerarios con los que ellas habían soñado?

¿Era mi caso?

La estrategia no estaba funcionando.

Intenté remontarme todavía más atrás, a antes de 1955, a Sacramento, a los bailes que organizaba el instituto en Navidad.

Aquello parecía seguro. Me acordé de cómo bailábamos, muy juntos. Me acordé de las partes del río a las que íbamos después de los bailes. Me acordé de la niebla que había en el dique cuando volvíamos en coche a casa.

Me quedé dormida manteniendo la concentración en la niebla del dique.

Me desperté a las cuatro de la madrugada. El problema de la niebla del dique era que no dejaba ver la línea blanca de la carretera, alguien tenía que ir caminando por delante para orientar al conductor. Por desgracia, había habido otro lugar en mi vida en el que la niebla era tan espesa que me obligaba a ir andando por delante del coche.

La casa de la península de Palos Verdes.

Adonde llevamos a Quintana cuando tenía tres días.

En cuanto salías de la Harbor Freeway, cruzabas San Pedro y cogías la carretera que bordeaba el mar, te encontrabas con la niebla.

Y salías (salía yo) del coche para caminar por la línea blanca.

Quien conducía el coche era John.

No me arriesgué a esperar el pánico que estaba a punto de llegarme. Cogí un taxi al aeropuerto de Logan. Mientras me compraba un café en el Starbucks que había delante del puente aéreo de Delta, evité mirar su guirnalda decorativa de espumillón rojo, blanco y azul, presumiblemente concebida como toque festivo en honor a la «convención», pero que en realidad resplandecía melancólicamente, Navidad en el trópico. *Mele Kalikimaka*. «Feliz Navidad» en hawaiano. El pequeño despertador negro que no podía tirar a la basura. Las plumas Buffalo secas que no podía tirar. Durante el vuelo a LaGuardia recuerdo que pensé que las cosas más hermosas que había visto en la vida habían sido todas desde aviones. Esa forma que tiene de extenderse el oeste americano. Esa forma que tienen las islas del mar, en los vuelos polares sobre el Ártico, de convertirse imperceptiblemente en lagos en la tierra. El mar que separa Grecia de Chipre visto por la mañana. Los Alpes

vistos de camino a Milán. Todas estas cosas las había visto yo con John.

¿Cómo podía volver a París sin él? ¿Cómo podía volver a Milán, Honolulú o Bogotá?

Si ni siquiera podía ir a Boston.

Aproximadamente una semana antes de la convención demócrata, Dennis Overbye del *New York Times* publicó un artículo sobre Stephen W. Hawking. En una conferencia celebrada en Dublín, decía el *Times*, el doctor Hawking había dicho que se había pasado treinta años equivocado antes de comprender que la información que se tragaban los agujeros negros ya no se podría recuperar nunca. Este cambio de opinión era «muy relevante para la ciencia», de acuerdo con el *Times*, «porque si el doctor Hawking hubiera tenido razón, eso habría violado un precepto básico de la física moderna: que resulta imposible ir hacia atrás en el tiempo, rebobinar la película, como suele decirse, y reconstruir lo sucedido, por ejemplo, en la colisión de dos coches o en el colapso de una estrella que al morir se transforma en agujero negro».

Recorté el artículo y me lo llevé a Boston.

En aquel artículo había algo que me parecía importantísimo, aunque no supe qué era hasta un mes más tarde, durante la primera tarde de la convención republicana en el Madison Square Garden. Me encontraba en las escaleras mecánicas de la torre C. La última vez que había estado en unas escaleras mecánicas como aquellas en el Garden había sido con John, en noviembre, la noche antes de que voláramos a París. Habíamos ido con David y Jean Halberstam a ver jugar a los Lakers contra los Knicks. David había conseguido asientos a través del comisionado de la NBA, David Stern. Ganaron los Lakers. Más allá de las escaleras mecánicas, la lluvia resbalaba por los cristales. «Es buena suerte, un augurio, una gran forma de empezar este viaje», recuerdo que dijo John. No se refería a haber conseguido buenos asientos ni tampoco a la victoria de los Lakers, ni

a la lluvia, se refería a que estábamos haciendo algo que no hacíamos normalmente, lo cual se había convertido en un problema para él. Hacía poco que me había empezado a comentar a menudo que ya no nos divertíamos (no hacíamos esto y no hacíamos lo otro), pero yo también lo había entendido. Se refería a hacer cosas no porque se esperara que las hiciéramos ni porque las hubiéramos hecho siempre o tuviéramos que hacerlas, sino porque nos daba la gana. Se refería a querer cosas. Se refería a vivir.

Aquel viaje a París era el que nos había hecho pelearnos.

Aquel viaje a París era el que John me había dicho que necesitaba hacer porque, si no, nunca volvería a ver París.

Yo seguía estando en las escaleras mecánicas de la torre C.

Se reveló otro torbellino.

La última vez que yo había cubierto una convención en el Madison Square Garden había sido en 1992, la convención demócrata.

John se esperaba todas las noches a que yo subiera al norte de Manhattan sobre las once para cenar conmigo. Paseábamos hasta el Coco Pazzo en aquellas noches calurosas de julio y compartíamos un plato de pasta y una ensalada en alguna de las pequeñas mesas sin reservar que había en el bar. Durante aquellas cenas de medianoche creo que jamás hablamos de la convención. El domingo por la tarde, antes de que empezaran los actos, lo convencí para que me acompañara a Harlem a un acto de Louis Farrakhan que al final no se celebró, y entre lo improvisado de la cita y la caminata de vuelta desde la calle Ciento veinticinco hasta el sur de la isla, se le agotó casi del todo el aguante para la convención demócrata de 1992.

Y aun así…

Cada noche me esperaba para cenar conmigo.

Yo estaba rememorando todo esto en las escaleras mecánicas de la torre C y de pronto se me ocurrió: acababa de pasar un par de minutos en aquellas escaleras mecánicas pensando en la noche de noviembre de 2003 antes de que voláramos a París y en aquellas noches de julio de 1992 en que cenábamos a medianoche en el

Coco Pazzo y en la tarde en que nos habíamos quedado en la calle Ciento veinticinco esperando aquel acto de Louis Farrakhan que no llegó a celebrarse. Había estado en aquellas escaleras mecánicas rememorando aquellos días y noches sin pensar ni una sola vez que podía cambiar su resultado. Me di cuenta de que, desde la última mañana de 2003, la mañana después de que él muriera, yo había estado intentando ir atrás en el tiempo, rebobinar la película.

Ya habían pasado ocho meses, era el 30 de agosto de 2004, y lo seguía haciendo.

La diferencia era que durante aquellos ocho meses había estado intentando cambiar el rollo de película por otro alternativo. Ahora solo estaba intentando reconstruir la colisión, el colapso de la estrella muerta.

16

He dicho que entendía lo que quería decir John cuando se quejaba de que no nos lo pasábamos bien.

Lo que quería decir tenía que ver con Joe y Gertrude Black, una pareja a la que habíamos conocido en Indonesia en diciembre de 1980. Estábamos allí en un viaje de la USIA, dando conferencias y conociendo a escritores y académicos indonesios. Los Black se presentaron una mañana en un aula de la Universidad Gadjah Mada, en Yakarta, una pareja norteamericana que parecía sentirse completamente a sus anchas en el remoto y en muchos sentidos extraño trópico de la Java central, con unas caras abiertas y espectacularmente luminosas. «Las teorías críticas del señor I. A. Richards —recuerdo que me preguntó un estudiante aquella mañana—. ¿Qué piensa?». Por entonces Joe Black tenía cincuenta y tantos años y Gertrude debía de ser un par de años más joven, pero también pasaba de los cincuenta. Él se había jubilado de la Rockefeller Foundation y había ido a Yakarta a dar clases de ciencia política en la Gadjah Mada. Había crecido en Utah. De joven había hecho de extra en *Fort Apache* de John Ford. Gertrude y él tenían cuatro hijos, uno de los cuales contaban que había sido víctima de los años sesenta. Solo hablamos dos veces con los Black, pero ambas conversaciones resultaron curiosamente francas, como si hubiéramos naufragado juntos en la misma isla. A lo largo de los años John siguió mencionando con frecuencia a Joe y Gertrude Black, y siempre a modo de ejemplos, de lo que él consideraba la mejor clase de norteamericanos. Para él representaban algo

personal. Eran modelos de la vida que él quería que acabáramos llevando. Como John los había vuelto a mencionar unos días antes de morirse, hice una búsqueda de sus nombres en su ordenador. Los encontré en un archivo llamado «AAA pensamientos al azar», uno de los archivos en los que guardaba las notas del libro que estaba intentando poner en marcha. La nota que seguía a sus nombres era algo críptica: «Joe y Gertrude Black: el concepto del servicio».

Pero yo también sabía lo que él quería decir con aquello.

Él había querido ser Joe y Gertrude Black. Igual que yo. Pero no lo habíamos conseguido. «Echarse a perder» era una de las definiciones del crucigrama de aquella mañana. La palabra definida tenía diez letras, «malograrse». ¿Acaso era eso lo que habíamos hecho nosotros? ¿Acaso era aquello lo que él creía que habíamos hecho?

¿Por qué no lo escuchaba yo cuando él se me quejaba de que no nos estábamos divirtiendo?

¿Por qué no me movía yo para cambiar nuestra vida?

De acuerdo con la fecha que llevaba, el fichero titulado «AAA pensamientos al azar» había sido modificado por última vez el 30 de diciembre de 2003 a las 13.08, el día de su muerte, seis minutos después de que yo guardara el archivo que terminaba «¿Cómo se convierte una "gripe" en una infección que afecta al cuerpo entero?». Él debía de estar en su despacho y yo en el mío. No puedo dejar de ir al sitio al que esto me lleva. Deberíamos haber estado juntos. No necesariamente en una clase de la Java central (no me hago tantas ilusiones sobre nosotros como para imaginarme esa situación tal cual, y además él tampoco se refería a una clase de la Java central), pero sí juntos. El archivo titulado «AAA pensamientos al azar» tenía ocho páginas. No tengo forma de saber qué es lo que él añadió, cambió o guardó a las 13.08 de aquella tarde.

17

El dolor por la pérdida de un ser querido resulta ser una situación que nadie conoce hasta que llega a ella. Nos imaginamos (sabemos) que alguien cercano a nosotros podría morir, pero no nos planteamos más que los pocos días o semanas inmediatamente posteriores a esa muerte imaginada. Y hasta malinterpretamos la naturaleza de esos pocos días o semanas. Si la muerte es repentina, podemos suponer que nos quedaremos en *shock*. Pero no nos esperamos que ese *shock* sea aniquilador, que nos trastorne tanto el cuerpo como la mente. Podemos suponer que nos quedaremos postrados, inconsolables, enloquecidos por la pérdida. Pero no esperamos enloquecer literalmente, convertirnos en «mujeres muy fuertes» que están convencidas de que su marido va a regresar y le van a hacer falta sus zapatos. En la versión del dolor por la pérdida de un ser querido que nos imaginamos, el modelo es la «curación». En ella siempre prevalece cierto progreso. Los peores días serán los primeros. Nos imaginamos que el momento que nos supondrá la prueba más dura será el funeral y que después vendrá esa hipotética curación. Cuando nos imaginamos el funeral, nos preguntamos si acaso conseguiremos «superarlo», si estaremos a la altura de la situación, si mostraremos esa «fortaleza» que invariablemente se menciona como la reacción correcta a la muerte. Suponemos que tendremos que echarle agallas a ese momento: ¿seré capaz de saludar a la gente, seré capaz de salir de escena, seré capaz siquiera de vestirme ese día? No tenemos forma de saber que el problema no será ese. No tenemos forma de saber que el funeral en sí será

anodino, una especie de regresión narcótica en la cual nos veremos envueltos en el cariño de los demás y en la gravedad y el sentido de la ocasión. Ni tampoco podemos conocer por anticipado (y aquí reside la diferencia esencial entre el dolor por la muerte de un ser querido tal como nos lo imaginamos y tal como es en realidad) la ausencia interminable que vendrá después, el vacío, que es justamente lo contrario del sentido, la sucesión implacable de momentos durante los cuales afrontaremos la experiencia del sinsentido mismo.

De niña yo pensaba mucho en el sinsentido, que por entonces me parecía el rasgo negativo más llamativo del horizonte. Al cabo de unos años de no conseguir encontrar sentido en los lugares que me recomendaban con mayor asiduidad, descubrí que podía encontrarlo en la geología, y me puse a ello. A su vez, esto me remitió a la letanía episcopaliana, y de forma más pronunciada a las palabras «tal como era en el principio, así es y será siempre, mundo sin fin», que yo interpretaba como una descripción literal de los cambios constantes de la Tierra, la erosión interminable de las costas y de las montañas, los movimientos inexorables de las estructuras geológicas que podían erigir montañas e islas y con la misma seguridad podían hacerlas desaparecer. Los terremotos me resultaban, hasta cuando me encontraba en medio de ellos, profundamente satisfactorios, pruebas repentinamente reveladas del plan en vigor. El hecho de que aquel plan pudiera destruir las obras del hombre tal vez fuera una pena a nivel personal, pero en el esquema general de las cosas que yo había llegado a distinguir, seguía suscitando una indiferencia perdurable. No hay nada contemplando al gorrión. Nadie me estaba mirando. «Tal como era en el principio, así es y será siempre, mundo sin fin». El día que se anunció que habían lanzado una bomba atómica sobre Hiroshima, fueron estas las palabras que vinieron automáticamente a mi mente de niña de diez años. Cuando unos años más tarde me enteré de que habían brotado hongos nucleares

sobre el enclave de las pruebas de Nevada, me volvieron a venir a la cabeza las mismas palabras. Empecé a despertarme antes del amanecer, imaginando que las bolas de fuego de las pruebas nucleares de Nevada iban a iluminar el cielo de Sacramento.

Más tarde, después de casarme y tener una hija, aprendí a encontrar idéntico sentido en los rituales repetitivos de la vida doméstica. En el hecho de poner la mesa. Prender las velas. Encender la chimenea. Cocinar. Todos aquellos *soufflés*, todos aquellos flanes, todos aquellos estofados provenzales y albóndigas y sopas de quingombó. Las sábanas limpias, los montones de toallas limpias, los fanales para cuando había tormenta, las provisiones de agua y de comida suficientes para hacer frente a los fenómenos geológicos que se nos pudieran presentar. *Estos fragmentos los he usado para sostener mis ruinas*, eran las palabras que me venían por entonces a la cabeza. Aquellos fragmentos me importaban. Yo creía en ellos. El hecho de que yo pudiera encontrar sentido en la naturaleza intensamente personal de mi vida como esposa y madre no me parecía incongruente con el hecho de encontrarlo también en la gigantesca indiferencia de la geología y las pruebas nucleares. Los dos sistemas existían para mí en vías paralelas que ocasionalmente convergían, en particular durante los terremotos. En mi imaginación siempre llegaba un punto, la muerte de John y la mía, en que las vías convergían por última vez. Hace poco encontré en internet fotografías aéreas de la casa de la península de Palos Verdes en la que habíamos vivido de recién casados, la casa a la que llevamos a Quintana desde el Saint John's Hospital de Santa Mónica y la dejamos en el moisés junto a las glicinas plantadas en cajones. Las fotografías, parte del California Coastal Records Project, que tiene como objetivo documentar toda la costa de California, costaban de descifrar de forma concluyente, pero la casa tal como era cuando nosotros vivíamos en ella parecía haber desaparecido. La torre donde había estado la cancela parecía intacta, pero el resto de la estructura no me resultó familiar. En el lugar donde habían estado las glicinas y el jardín de cajones ahora parecía haber una piscina. La

zona en sí aparecía identificada como «desplome de Portuguese Bend». Se podía ver la parte combada de la colina allí donde había tenido lugar el desprendimiento. También se veía, en la base del acantilado del cabo, la cueva en la que solíamos entrar nadando cuando la marea fluía de la forma propicia.

El oleaje de las aguas claras.

Allí había otro modo en que mis dos sistemas podrían haber convergido.

Podríamos haber estado los dos entrando a la cueva, llevados por el oleaje de las aguas claras, y el cabo entero se podría haber desplomado y hundido en el mar a nuestro alrededor. El que el cabo entero se desplomara a nuestro alrededor era la clase de final que yo me esperaba. No me esperaba un paro cardíaco en la mesa de la cena.

Te sientas a cenar y la vida que conocías se acaba.

La cuestión de la autocompasión.

La gente que acaba de perder a un ser amado piensa mucho en la autocompasión. Nos preocupamos por ella, la tememos y fustigamos nuestros pensamientos en su busca. Tenemos miedo de que nuestros actos revelen ese estado que se describe comúnmente como «obcecarse». Entendemos la aversión que la mayoría de la gente siente por el hecho de «obcecarse». Las señales visibles del duelo nos remiten a la muerte, lo cual se interpreta como algo antinatural, como una incapacidad para lidiar con la situación. «Te falta una sola persona y ya ves el mundo vacío —escribió Philippe Ariès a propósito de esta aversión en *Historia de la muerte en Occidente*—. Pero ya no tienes derecho a decirlo en voz alta». Nos recordamos a nosotros mismos una y otra vez que nuestra pérdida no es nada en comparación con la pérdida que ha experimentado (o lo que es peor: que no ha experimentado) la persona que ha muerto; lo único que consigue este intento de introducir un pensamiento correctivo es hundirnos todavía más en el abismo del

interés propio. (*¿Por qué no lo vi venir, por qué soy tan egoísta?*). El lenguaje mismo que usamos al pensar en la autocompasión revela el profundo aborrecimiento que le tenemos: la autocompasión es *sentir lástima de ti mismo*, la autocompasión es *chuparse el pulgar*, la autocompasión es *bua-bua, pobrecito de mí*, la autocompasión es el estado que *se permiten* quienes tienen lástima de sí mismos y en el que incluso *se regodean*. La autocompasión siempre ha sido el más común y el más universalmente repudiado de nuestros defectos de carácter, y su potencial pestilente para la destrucción nunca se cuestiona. «Nuestro peor enemigo», la llamó Hellen Keller. «Nunca vi a un animal salvaje / sentir pena de sí mismo —escribió D. H. Lawrence, en una homilía de cuatro versos muy citada que, si uno la examina bien, resulta no tener más sentido que el puramente tendencioso—. El pajarito caerá muerto de su rama / sin haber sentido jamás lástima de sí mismo».

Puede que esta sea la idea que Lawrence (o nosotros) preferiría tener de las criaturas salvajes, pero acuérdense ustedes de esos delfines que se niegan a comer después de la muerte de su compañero o compañera. Piensen en esos gansos que se ponen a buscar al compañero perdido hasta que se desorientan y también mueren. De hecho, quienes han perdido a un ser amado tienen razones de peso para sentir lástima de sí mismos, y hasta una necesidad apremiante de hacerlo. Hay maridos que abandonan a su mujer, mujeres que abandonan a su marido y parejas que se divorcian, pero esos maridos y mujeres dejan tras de sí redes de asociaciones intactas, por muy llenas de rencor que estén. Únicamente los supervivientes de una muerte se quedan solos de verdad. Todas las conexiones que componían su vida, tanto las profundas como las que parecen (hasta que se rompen) insignificantes, han desaparecido. John y yo nos pasamos cuarenta años casados. Y salvo los primeros cinco meses de matrimonio, durante los cuales John todavía trabajaba en *Time*, siempre trabajamos los dos en casa. Nos pasábamos veinticuatro horas al día juntos, un hecho que mi madre y mis tías seguían considerando

motivo tanto de regocijo como de preocupación. «En la riqueza y en la pobreza, pero nunca a la hora del almuerzo», decía a menudo alguna de ellas durante nuestros primeros años de matrimonio. Yo no podía contar las veces durante un día normal y corriente en que surgía algo que yo necesitaba contarle a John. Y este impulso no acabó con su muerte. Lo que terminó fue toda posibilidad de respuesta. Ahora leo cosas en el periódico que normalmente le habría leído en voz alta a él. Me fijo en algún cambio del vecindario que a él le habría interesado: Ralph Lauren se ha expandido con un local nuevo entre las calles Setenta y uno y Setenta y dos, por ejemplo, o por fin se ha alquilado el local vacío que antes era la Madison Avenue Bookshop. Recuerdo que una mañana de mediados de agosto volví de Central Park con una noticia urgente que transmitirle: los árboles habían perdido el verde intenso del verano de la noche a la mañana, ya estaba cambiando la estación. *Tenemos que hacer planes para el otoño*, recuerdo que pensé. *Tenemos que decidir adónde queremos ir para Acción de Gracias, Navidad y Fin de Año*.

Llegué a dejar las llaves en la mesilla de la entrada antes de acordarme del todo. No había nadie a quien contarle la noticia, no había ningún lugar al que ir con los planes pendientes, con los pensamientos incompletos. No había nadie que se fuera a mostrar de acuerdo, o en desacuerdo, ni a replicar. «Creo que estoy empezando a entender por qué el dolor por la muerte de un ser amado se parece a la intriga —escribió C. S. Lewis tras la muerte de su mujer—. Viene de esa frustración de todos aquellos impulsos que habían llegado a ser habituales. Pensamiento tras pensamiento, sensación tras sensación, acto tras acto, tenían como objeto a H. Y ahora su objetivo ha desaparecido. Por puro hábito sigo poniendo la flecha en la cuerda y luego me acuerdo de que tengo que dejar el arco. Había muchos caminos que llevaban a H. Yo cogí uno de ellos. Pero ahora, en medio de ese camino, hay un puesto fronterizo infranqueable. Con tantos caminos que había antes, ahora solo quedan callejones sin salida».

Una y otra vez nos quedamos, en otras palabras, sin más objetivo que nosotros mismos, una fuente de la que fluye naturalmente la autocompasión. Y cada vez que me sucede a mí (y me sigue sucediendo), me vuelve a asombrar la infranqueabilidad permanente de la barrera. Hay gente que ha perdido a su marido o a su mujer y explica que siente su presencia, que recibe sus consejos. Hay quien dice haber visto a su ser amado muerto, lo que Freud describe en «Duelo y melancolía» como «aferrarse al objeto por medio de una psicosis alucinatoria y nostálgica». Otros describen no una aparición visible, sino una «presencia que se siente con mucha fuerza». Yo nunca he experimentado ninguna de esas cosas. Ha habido algunas ocasiones (el día en que querían hacer la traqueotomía en el UCLA, por ejemplo) en que le pregunté a John sin más qué tenía que hacer. Le dije que necesitaba su ayuda. Le dije que no podía hacer aquello yo sola. Dije aquellas cosas en voz alta, llegué a vocalizar las palabras.

Soy escritora. Para mí, imaginar lo que alguien diría o haría es tan natural como respirar.

Y sin embargo, cada vez que yo le suplicaba que se presentara lo único que conseguía era reforzar mi conciencia del silencio final que nos separaba. Cualquier respuesta que él me diera solo podía existir en mi imaginación, en mi versión. El hecho de imaginarme lo que él podría decir únicamente en mi versión resultaba obsceno, una violación. No tenía manera de saber qué diría John del UCLA y la traqueotomía, exactamente igual que no podía saber qué intención había tenido al quitar la palabra *to* de la frase sobre J. J. McClure, Teresa Kean y el tornado. Siempre nos imaginábamos que sabíamos todo lo que el otro pensaba, hasta cuando no necesariamente queríamos saberlo, pero con el tiempo he llegado a darme cuenta de que la verdad es que no sabíamos ni una minúscula fracción de lo que había que saber.

«Cuando me pase algo», decía él con frecuencia.

«No te va a pasar nada», le decía yo.

«Pues si me pasa algo».

«Si me pasa algo», continuaba él. Si le pasaba algo, por ejemplo, yo no me tenía que mudar a un apartamento más pequeño. Si le pasaba algo, yo estaría rodeada de gente. Si le pasaba algo, tendría que organizar las cosas para dar de comer a toda aquella gente. Si le pasaba algo, yo no tardaría ni un año en volver a casarme.

«No lo entiendes», le decía yo.

Y la verdad era que no lo entendía. Ni yo tampoco: éramos igualmente incapaces de imaginar la realidad de la vida sin el otro. Esta no será la típica historia en que la muerte del marido o de la esposa se convierte en el equivalente de la secuencia de créditos de una nueva vida, en el catalizador del descubrimiento de que «se puede amar a más de una persona» (una idea que en esa clase de historias suele introducir el hijo o hija precoz de la persona que ha enviudado). Por supuesto que se puede, pero el matrimonio es algo distinto. El matrimonio es memoria y el matrimonio es tiempo. «Ella no conocía las canciones», recuerdo que me contaron que había dicho un amigo de un amigo después de un intento de repetir la experiencia. El matrimonio no es solo tiempo: también es, paradójicamente, la negación del tiempo. Me pasé cuarenta años viéndome a mí misma con los ojos de John. Yo no envejecía. Y este último año, por primera vez desde que tuve veintinueve, me he visto a mí misma con los ojos de otra gente. Este año me he dado cuenta de que una de las razones de que me alcanzaran tantas veces los recuerdos de cuando Quintana tenía tres años es la siguiente: que cuando Quintana tenía tres años, yo tenía treinta y cuatro. Recuerdo los versos de Gerard Manley Hopkins: «Oh, Margaret, ¿te apenan las hojas / caídas de la Arboleda Dorada?», y «Es la pena para la que el hombre ha nacido, / es Margaret a quien lloras».

Es la pena para la que el hombre ha nacido.

No somos animales salvajes e idealizados.

Somos seres mortales imperfectos, conscientes de esa mortalidad incluso cuando la apartamos a empujones, decepcionados por

nuestra misma complejidad, tan incorporada que cuando lloramos a nuestros seres queridos también nos estamos llorando a nosotros mismos, para bien o para mal. A quienes éramos. A quienes ya no somos. Y a quienes no seremos definitivamente un día.

Los sueños de Elena trataban de morir.

Los sueños de Elena trataban de envejecer.

Aquí no hay nadie que no haya tenido (o no vaya a tener) los sueños de Elena.

«El tiempo es la escuela en la que aprendemos, / el tiempo es el fuego con que nos quemamos»: Delmore Schwartz nuevamente.

Recuerdo que odié el libro que había escrito la viuda de Dylan Thomas, Caitlin, tras la muerte de su marido, *Leftover Life to Kill* [«Vida sobrante que pasar como sea»]. Recuerdo que desprecié e incluso censuré su «autocompasión», sus «lloriqueos» y su «obcecación». *Leftover Life to Kill* se publicó en 1957. Yo tenía veintidós años. El tiempo es la escuela donde aprendemos.

18

Durante la época en que empecé a escribir esta crónica, en octubre de 2004, yo seguía sin entender cómo ni por qué ni cuándo había muerto John. Yo había estado presente en su muerte. Había visto cómo el equipo de urgencias intentaba resucitarlo. Pero seguía sin saber cómo ni por qué ni cuándo. A principios de diciembre de 2004, casi un año después de su muerte, recibí el informe de la autopsia y el expediente del servicio de urgencias que yo le había pedido al New York Hospital el 14 de enero, dos semanas después de que sucediera y un día antes de que yo le contara lo ocurrido a Quintana. Cuando miré aquel expediente me di cuenta de que una de las razones de que hubiera tardado once meses en llegarme era que yo había escrito mal la dirección en el impreso de solicitud del hospital. Por entonces yo vivía en la misma dirección de la misma calle del Upper East Side en la que había vivido los últimos dieciséis años. Y, sin embargo, la dirección que le había dado al hospital era la de otra calle completamente distinta, en la que John y yo solo habíamos vivido los cinco primeros meses después de nuestra boda en 1964.

Un médico al que le mencioné esto se limitó a encogerse de hombros, como si le estuviera contando una anécdota familiar.

Me contestó que aquellos «déficits cognitivos» se podían relacionar con el estrés, o bien que aquellos «déficits cognitivos» se podían relacionar con el dolor por la muerte de un ser querido.

Era indicio de aquellos déficits cognitivos el hecho de que unos segundos después de que me lo dijera yo ya no tenía ni idea de cuál de las dos cosas me había dicho.

Según el formulario de Documentación de Enfermería del Departamento de Urgencias, la llamada a los Servicios de Urgencias Médicas se había recibido a las 21.15 de la noche del 30 de diciembre de 2003.

Según el registro de la portería del edificio, la ambulancia había llegado cinco minutos más tarde, a las 21.20. Durante los siguientes cuarenta y cinco minutos, según el formulario de Documentación de Enfermería, se había administrado la siguiente medicación, ya fuera mediante inyección directa o infusión intravenosa: atropina (tres veces), epinefrina (tres veces), vasopresina (40 unidades), amiodarona (300 miligramos), epinefrina de dosis alta (3 miligramos) y nuevamente epinefrina de dosis alta (5 miligramos). De acuerdo con la misma documentación, el paciente había sido intubado en la misma escena del ataque. Yo no recuerdo para nada esa intubación. Puede que fuera un error de quien había cumplimentado la documentación o puede que fuera otro déficit cognitivo mío.

Según el registro de la portería del edificio, la ambulancia había salido hacia el hospital a las 22.05.

Según el formulario de Documentación de Enfermería del Departamento de Urgencias, el paciente había llegado a ingresos de urgencias a las 22.10. Se lo describía como asistólico y apneico. No había pulso palpable. No se le detectaba pulso mediante ecografía. No se le detectaban respuestas mentales. La piel mostraba palidez. La puntuación en la escala de coma de Glasgow era 3, la más baja posible, lo cual indicaba que tanto las respuestas ocular como la verbal y la motriz estaban ausentes. Se le percibían laceraciones en el lado derecho de la frente y en el puente de la nariz. Tenía ambas pupilas fijas y dilatadas. Se percibía «lividez».

Según el Informe Médico del Departamento de Urgencias, el paciente había sido reconocido a las 22.15. Las notas del médico

terminaban diciendo: «Paro cardíaco. Ingresado cadáver: probable infarto de miocardio. Dictamen: 22.18».

Según el diagrama de flujo de enfermería, al paciente se le había extraído la vía intravenosa y la intubación a las 22.20. A las 22.30 las notas decían: «Esposa junto al lecho. Asistente social George junto al lecho con la esposa».

Según el informe de la autopsia, el examen mostraba una estenosis de más del 95 por ciento tanto de la arteria descendente anterior izquierda como de la coronaria izquierda. El examen también mostraba una «ligera palidez miocárdica al efectuarse el teñido con tetrazolio, indicativa de infarto agudo en el riego de la arteria descendente anterior izquierda».

Leí aquella documentación varias veces. La cronología indicaba que el tiempo transcurrido en el New York Hospital se había dedicado, tal como yo pensaba, a pura burocracia, procedimientos hospitalarios, la regulación de la muerte. Y, sin embargo, cada vez que yo leía aquellos impresos oficiales, me fijaba en algún detalle nuevo. Por ejemplo, en mi primera lectura del Informe Médico del Departamento de Urgencias no me había fijado en las palabras «Ingresado cadáver». Lo más seguro es que al leer por primera vez el Informe Médico del Departamento de Urgencias yo todavía estuviera intentando asimilar el formulario de Documentación de Enfermería del Departamento de Urgencias.

Pupilas «fijas y dilatadas». Midriáticas.

Sherwin Nuland: «Aquellos jóvenes y tenaces hombres y mujeres vieron cómo las pupilas del paciente dejaban de reaccionar a la luz y se ensanchaban hasta convertirse en grandes círculos fijos de negrura impenetrable. A su pesar, el equipo interrumpió sus esfuerzos. […] Los restos de la batalla perdida quedaron desperdigados por la sala».

Círculos fijos de negrura impenetrable.

Sí. Eso fue lo que el equipo de la ambulancia vio en los ojos de John cuando lo encontraron en el suelo de nuestra sala de estar.

«Lividez». Lividez post mortem.

Yo sabía lo que implicaba la lividez porque es un fenómeno importante en las morgues. Los detectives la tienen en cuenta. Se puede usar para determinar la causa de una muerte. Tras detenerse la circulación, la sangre sigue el curso de la gravedad y se acumula allí donde el cuerpo está apoyado. Hay un lapso de tiempo antes de que esta acumulación de la sangre se haga visible a simple vista. Lo que yo no recordaba era la duración de aquel lapso. Busqué «lividez» en el manual de patología forense que John tenía en la estantería de encima de su mesa. «Aunque la lividez es variable, normalmente empieza a formarse inmediatamente después de la muerte y se suele percibir con claridad al cabo de una hora o dos». Si las enfermeras de ingresos en urgencias pudieron percibir con claridad la lividez a las 22.10, eso quería decir que había empezado a formarse una hora antes.

Y una hora antes era cuando yo estaba llamando a la ambulancia.

Lo cual quería decir que ya estaba muerto entonces.

Después de aquel instante a la mesa de la cena ya nunca volvió a estar no muerto.

«Ya sé cómo me voy a morir», había dicho en 1987, después de que le despejaran por angioplastia la arteria descendente anterior izquierda.

«No tienes más idea de cómo te vas a morir que yo o que cualquiera», le había dicho yo en 1987.

«La llamamos la hacedora de viudas, colega», le había dicho su cardiólogo de Nueva York refiriéndose a la arteria descendente anterior izquierda.

Durante aquel verano y aquel otoño, cada vez me obsesioné más con encontrar la anomalía que podía haber permitido su muerte.

Con mi mente racional yo ya sabía cómo había sucedido. Con mi mente racional yo había hablado con muchos médicos que me habían contado cómo. Con mi mente racional yo había leído lo que había escrito David J. Callans en el *New England Journal of Medicine*: «Aunque la mayoría de los casos de muerte súbita por causas cardíacas son de pacientes con enfermedades arteriales coronarias previas, el paro cardíaco es la primera manifestación de ese problema subyacente en el 50 por ciento de los pacientes. […] El paro cardíaco súbito es principalmente un problema que afecta a pacientes extrahospitalarios; de hecho, el 80 por ciento de los casos de muerte súbita por paro cardíaco tiene lugar en el hogar del paciente. La tasa de resucitación con éxito de pacientes con paros cardíacos extrahospitalarios ha sido muy baja, con una media de entre el 2 y el 5 por ciento en las ciudades de gran tamaño. […] Los esfuerzos para producir la resucitación después de ocho minutos están casi siempre abocados al fracaso». Con mi mente racional yo había leído a Sherwin Nuland en *Cómo morimos*: «Cuando un paro cardíaco tiene lugar en cualquier sitio que no sea el hospital, solo sobreviven entre un 20 y un 30 por ciento de los pacientes, y se trata siempre de los que responden rápidamente a la reanimación cardiopulmonar. Si no ha habido respuesta para cuando se llega al servicio de urgencias, la probabilidad de sobrevivir tiende a cero».

Con mi mente racional yo sabía todo esto.

Sin embargo, yo no estaba funcionando con mi mente racional.

Si hubiera estado funcionando con mi mente racional, no habría estado albergando fantasías que no estarían fuera de lugar en un velatorio irlandés. Por ejemplo, no habría experimentado, al enterarme de la muerte de Julia Child, un alivio tan claro, una sensación tan clara de que *la cosa por fin se estaba arreglando*: John y Julia podrían cenar juntos (esto fue lo primero que me vino a la cabeza), ella podría cocinar, él le podría preguntar por la Oficina de Servicios Estratégicos, se podrían divertir el uno con el otro y caerse bien. Habían coincidido una vez en un desayuno, mientras

estaban los dos promocionando sus respectivos libros. Ella le había firmado un ejemplar de *The Way to Cook* y se lo había regalado.

Encontré el ejemplar de *The Way to Cook* y miré el autógrafo.

Decía: «*Bon appetit* a John Gregory Dunne».

Bon appetit a John Gregory Dunne y a Julia Child y a la Oficina de Servicios Estratégicos.

Y si hubiera estado funcionando con mi mente racional, yo tampoco habría prestado tanta atención a todos los artículos «de salud» de internet ni a los anuncios farmacéuticos de la televisión. Por ejemplo, me inquietó un anuncio de una aspirina de dosis baja fabricada por Bayer que se decía que «reducía de forma significativa» el riesgo de ataque al corazón. Yo sabía perfectamente que la aspirina reduce el riesgo de ataque al corazón: impide que la sangre se coagule. También sabía que John estaba tomando Coumadin, un anticoagulante mucho más potente. Y sin embargo, se adueñó de mí la idea descabellada de no haber pensado antes en la aspirina de dosis baja. Me preocupó de forma parecida un estudio realizado por la UC-San Diego y la Tufts que mostraba un aumento del 4,65 por ciento en las muertes cardíacas durante el período que iba de Navidad a Año Nuevo. Me preocupó un estudio de la Vanderbilt que demostraba que la eritromicina quintuplicaba el riesgo de paro cardíaco si se tomaba simultáneamente con medicación común para el corazón. Me preocupó un estudio sobre las estatinas y el aumento repentino del riesgo de ataque al corazón en los pacientes que dejaban de tomarlas.

Mientras rememoro esto, me doy cuenta de lo abiertos que estamos al mensaje persistente de que podemos evitar la muerte.

Y a su correlato punitivo, el mensaje de que si nos pilla la muerte, los únicos culpables somos nosotros.

Solo después de leer el informe de la autopsia, empecé a creerme lo que me habían contado en repetidas ocasiones: que nada de lo que él y yo hubiéramos hecho o dejado de hacer había causado su muerte ni tampoco la podría haber evitado. John había heredado un corazón débil. Y este tenía que acabar matándolo. La

fecha en que lo tenía que matar ya se había visto pospuesta por medio de muchas intervenciones médicas. Y al llegar esa fecha, ninguna acción que yo pudiera haber emprendido en la sala de estar —ni un desfibrilador casero ni reanimación cardiopulmonar ni nada que no fuese un carrito de soporte vital plenamente equipado y la tecnología necesaria para inyectarle medicación intravenosa segundos después de la cardioversión— podría haberle dado ni un solo día más.

Ese día más del «te quiero más que».

Tal como solías decirme.

Solo después de leer el informe de la autopsia dejé de intentar reconstruir la colisión, el colapso de la estrella muerta. El colapso llevaba allí todo el tiempo, invisible, insospechado.

Estenosis de más del 95 por ciento tanto de la arteria descendente anterior izquierda como de la coronaria izquierda.

Infarto agudo en el riego de la arteria descendente anterior izquierda.

Aquella era la situación. La descendente anterior izquierda se la habían arreglado en 1987 y había seguido arreglada hasta que todo el mundo se había olvidado de ella y se había vuelto a desarreglar. «La llamamos la hacedora de viudas, colega», había dicho el cardiólogo en 1987.

«Yo os digo que no viviré dos días», dijo Gawain.

«Cuando me pase algo», había dicho John.

19

Me cuesta considerarme a mí misma una viuda. Me acuerdo de que vacilé la primera vez que tuve que rellenar la casilla correspondiente en el apartado de la «situación conyugal» de un impreso. También me costaba antes considerarme una esposa. Dado el valor que yo les atribuía a los rituales de la vida doméstica, el concepto de «esposa» no debería haberme resultado difícil, y sin embargo me lo resultaba. Durante mucho tiempo después de casarnos, me resultaba difícil llevar anillo. Me venía lo bastante grande como para caérseme del dedo anular de la mano izquierda, de manera que durante un par de años lo estuve llevando en la derecha. Después de quemarme el dedo de la derecha al sacar una bandeja del horno, empecé a llevar el anillo colgado de una cadena dorada alrededor del cuello. Cuando nació Quintana y alguien me regaló un anillo de bebé, me limité a añadirlo a la cadena.

Aquello pareció funcionar.

Sigo llevando los anillos de la misma forma.

—Tú querías una clase distinta de esposa —le decía yo con frecuencia a John durante los primeros años de nuestro matrimonio. Normalmente se lo decía en el camino de regreso a Portuguese Bend después de cenar en la ciudad. Solía ser la andanada inicial de aquellas peleas que empezaban cuando pasábamos por las refinerías de las inmediaciones de la San Diego Freeway—. Tendrías que haberte casado con una mujer más parecida a Lenny.

Lenny era mi cuñada, la mujer de Nick. Lenny siempre recibía visitas en casa, almorzaba con sus amistades, llevaba unos vestidos

franceses preciosos, se ocupaba de su casa sin esfuerzo alguno y siempre estaba disponible para ir a ver una casa, dar una fiesta de bienvenida para un futuro bebé o llevar a Disneylandia a sus visitas de fuera de la ciudad.

—Si quisiera casarme con una mujer más parecida a Lenny, me habría casado con una más parecida a Lenny —contestaba John, primero con paciencia y luego con menos.

De hecho, yo no tenía ni idea de cómo ser una esposa.

Durante aquellos primeros años, me ponía margaritas con horquillas en el pelo para intentar conseguir un efecto más de «novia».

Más tarde encargué faldas de cuadritos idénticas para mí y para Quintana, intentando dar imagen de «madre joven».

Mi recuerdo de aquellos años es que tanto John como yo estábamos improvisando, volando a ciegas. Hace poco yo estaba vaciando un archivador y me encontré con un grueso expediente que llevaba la etiqueta «Planificación». El mero hecho de que hiciéramos expedientes con la etiqueta «Planificación» sugiere lo poco que planificábamos las cosas. También teníamos reuniones de planificación, que consistían en sentarnos con cuadernos pautados, notificar en voz alta el problema entre manos y a continuación, sin hacer nada más para solucionarlo, irnos a almorzar. Y eran almuerzos festivos, como si estuviéramos celebrando un trabajo bien hecho. Un local al que íbamos mucho era el Michael's de Santa Mónica. Pues en aquel expediente de «Planificación» en concreto encontré varias listas de Navidad de la década de 1970, unas cuantas notas sobre llamadas telefónicas y, formando el grueso del expediente, muchas notas también de la década de 1970 relacionadas con gastos e ingresos que teníamos en perspectiva. Son notas impregnadas de un aire de desesperación. Había una relativa a una reunión con Gil Frank celebrada el 19 de abril de 1978, cuando estábamos intentando vender la casa de Malibú para pagar la de Brentwood Park, en la que ya habíamos dejado un depósito de 50 000 dólares. No conseguíamos vender la casa de Malibú porque

llevaba toda la primavera lloviendo. Había desprendimientos. La Pacific Coast Highway estaba cerrada. Nadie podía ni siquiera visitar la casa a menos que viviera ya en el lado de Malibú del corrimiento de tierras. Durante un período de varias semanas no tuvimos más que una visita para ver la casa, un psiquiatra que vivía en la colonia de Malibú. Dejó los zapatos fuera bajo la lluvia torrencial para ver «qué sensación le producía la casa», se puso a caminar descalzo por el suelo de azulejos y por fin informó a su hijo, que a continuación informó a Quintana, de que la casa era «fría». Decía la nota correspondiente al 19 de abril de aquel año: «Tenemos que suponer que no vamos a vender la casa de Malibú hasta finales de año. Tenemos que dar por sentado lo peor para que cualquier mejora suponga un alivio».

Una nota tomada una semana más tarde, me imagino que con vistas a una «reunión de planificación»: «Discutir: ¿abandonar Brentwood Park? ¿Comernos los 50 000 dólares?».

Dos semanas más tarde volamos a Honolulú, con intención de huir de la lluvia y plantearnos las cada vez más escasas opciones que nos quedaban. Cuando regresamos de nadar a la mañana siguiente, nos encontramos un mensaje: en Malibú había salido el sol y teníamos una oferta dentro de lo que nosotros pedíamos.

¿Qué nos hizo pensar que un hotel de un enclave turístico de Honolulú era el lugar adecuado para resolver una crisis de liquidez?

¿Y qué lección extrajimos del hecho de que funcionara?

Veinticinco años más tarde, enfrentados a una crisis parecida y decididos también a resolverla yendo a París, ¿cómo pudimos pensar que estábamos ahorrando con aquel viaje porque habíamos conseguido un billete gratis para el Concorde?

En el mismo archivador me encontré unos cuantos párrafos que John había escrito en 1990, en nuestro vigésimo sexto aniversario: «El día que nos casamos ella se pasó toda la ceremonia llevando gafas de sol, en la pequeña iglesia de la misión de San Juan Bautista, en California; también se pasó toda la ceremonia llorando. Mientras caminábamos por el pasillo de la iglesia, nos prometimos el

uno al otro que podíamos dejarlo al cabo de una semana y no teníamos que esperar a que nos separara la muerte».

Aquello también funcionó. Por alguna razón todo había funcionado.

¿Por qué pensaba yo que aquella improvisación podía durar para siempre?

Y si yo hubiera visto que no podía, ¿qué habría hecho distinto?

¿Y qué habría hecho distinto él?

20

Estoy escribiendo estas líneas mientras se acerca el final del primer año. El cielo de Nueva York está oscuro cuando me despierto a las siete de la mañana y vuelve a oscurecer sobre las cuatro de la tarde. En la sala de estar hay luces de Navidad de colores puestas sobre ramas de árbol de membrillo. También había luces de Navidad de colores puestas sobre ramas de membrillo hace un año, la noche en que sucedió, pero en primavera, poco después de sacar a Quintana del UCLA, aquellas guirnaldas de luces se quemaron y murieron. Aquello sirvió de símbolo. Compré guirnaldas de luces de colores nuevas. Me sirvió de profesión de fe en el futuro. Siempre que puedo, aprovecho para inventarme profesiones por el estilo, puesto que en realidad me falta fe en el futuro.

Me doy cuenta de que he perdido el talento para los encuentros sociales normales que tenía hace un año, por poco desarrollado que pudiera haberlo tenido. Durante la convención republicana me invitaron a una pequeña fiesta en el apartamento de una amiga. Yo me alegré de ver a la amiga y también a su padre, que era el homenajeado, pero me resultó difícil conversar con el resto de la gente. Mientras me marchaba, me di cuenta de que estaba allí el Servicio Secreto, pero ni siquiera tuve paciencia para quedarme el rato suficiente y enterarme de quién era la personalidad importante que venía. Otra noche de la convención republicana fui a una fiesta que daba el *New York Times* en el edificio Time Warner. Había velas y gardenias flotando en cubos de cristal. Yo no conseguía concentrarme en las personas con quienes estaba hablando. Solo

podía pensar en las gardenias que había absorbido el filtro de la piscina en la casa de Brentwood Park.

En esas ocasiones me oigo a mí misma intentar hacer un esfuerzo sin conseguirlo.

Me doy cuenta de que me levanto de la mesa de la cena demasiado de golpe.

También me doy cuenta de que no tengo la resistencia que tenía hace un año. Después de cierto número de crisis, el mecanismo que inundaba la situación de adrenalina se quema. La movilización se vuelve poco fiable, lenta o ausente. En agosto y en septiembre, después de las convenciones demócrata y republicana pero antes de las elecciones, escribí, por primera vez desde la muerte de John, un artículo. Trataba de la campaña. Era el primer artículo que escribía desde 1963 que él no leía en forma de borrador para comentarme qué fallaba, qué hacía falta, cómo elevar el tono en esta parte y bajarlo en aquella. Nunca he escrito los artículos con fluidez, pero este parecía estar costándome más tiempo del normal: en un momento dado me di cuenta de que no quería terminarlo, puesto que no había nadie para leerlo. No paraba de decirme a mí misma que tenía una fecha de entrega y que John y yo siempre entregábamos los trabajos con puntualidad. Lo que finalmente me ayudó a acabar aquel artículo fue lo más cerca que he estado nunca de imaginarme un mensaje de él: «Eres una profesional. Acaba el artículo».

Se me ocurre que solo nos permitimos a nosotros mismos imaginarnos esos mensajes cuando necesitamos sobrevivir.

Ahora me doy cuenta de que la traqueotomía del UCLA iba a hacerse con o sin mí.

Ahora me doy cuenta de que el hecho de que Quintana retomara su vida iba a producirse con o sin mí.

Pero terminar aquel artículo, que equivalía a decir retomar mi propia vida, no.

Cuando revisé aquel artículo para su publicación me sorprendió y me asustó cuántas equivocaciones había cometido: simples errores

de transcripción, nombres y fechas equivocados. Me dije a mí misma que aquello era temporal, parte del problema de la movilización, una prueba más de aquellos déficits cognitivos que acompañaban o bien al estrés o bien al dolor por la muerte de un ser querido, pero eso no eliminó mi inquietud. ¿Alguna vez me recuperaría? ¿Acaso podía confiar en no volver a equivocarme alguna vez?

«¿Es que siempre has de tener razón?», me había dicho él.

«¿Acaso te resulta imposible contemplar la posibilidad de que te estás equivocando?».

Cada vez me encuentro más interesada por los parecidos entre aquellos días de diciembre y los mismos días de diciembre de un año después. En cierto sentido, aquellos mismos días de hace un año me resultan más nítidos, los veo con mayor claridad. Hago muchas de las mismas cosas. Confecciono las mismas listas de cosas pendientes. Envuelvo regalos de Navidad con el mismo papel de seda de colores, escribo los mismos mensajes en las mismas postales de la tienda de obsequios del Whitney, pego las postales al papel de seda de colores con los mismos sellos dorados de papelería. Relleno los mismos cheques para los empleados del edificio, con la diferencia de que ahora los cheques solo llevan impreso mi nombre. Yo por mí no habría cambiado los cheques (como tampoco habría cambiado el mensaje del contestador), pero me dijeron que era esencial que ahora el nombre de John solo figurara en las cuentas fiduciarias. Encargo el mismo tipo de jamón en Citarella. Me pongo igual de nerviosa por el número de platos que voy a necesitar en Nochebuena, los cuento y los vuelvo a contar. Mantengo mi cita anual de diciembre con el dentista y me doy cuenta mientras guardo los cepillos de dientes de muestra en el bolso de que no habrá nadie esperándome en recepción, leyendo los periódicos hasta que podamos irnos a desayunar al 3 Guys de Madison Avenue. La mañana transcurre vacía. Cuando paso por delante del 3 Guys miro para el otro lado. Una amiga me invita a ir

con ella a oír los villancicos en Saint Ignatius Loyola, y volvemos andando a casa bajo la lluvia y a oscuras. Esa noche cae la primera nieve, aunque solo una pizca, nada de avalanchas cayendo del tejado de Saint James, como en mi cumpleaños del año anterior.

Mi cumpleaños del año anterior, cuando él me hizo el último regalo que me haría nunca.

Mi cumpleaños del año anterior, cuando a él solo le quedaban veinticinco noches de vida.

En la mesa de delante de la chimenea, me fijo en algo fuera de lugar que hay en el montón de libros más cercano al sillón en el que John se sentaba a leer cuando se despertaba en medio de la noche. He dejado deliberadamente sin tocar para nada ese montón, no movida por ningún impulso de construir una capilla, sino porque me veía incapaz de pensar en lo que él leía en mitad de la noche. Ahora alguien ha colocado encima del montón, en equilibrio precario, un libro de mesilla de café ilustrado de gran tamaño, *The Agnelli Gardens at Villar Perosa*. Muevo a un lado *The Agnelli Gardens at Villar Perosa*. Debajo hay un ejemplar repleto de marcas de lectura de *Cinco días en Londres, mayo de 1940* de John Lukacs, dentro del cual hay un punto de lectura plastificado que dice, con caligrafía infantil: «John, feliz de leerte; de John, 7 años». Al principio me deja perpleja ese punto de lectura, que debajo del plastificado está salpicado de purpurina festiva de color rosa, pero luego me acuerdo: la Creative Artists Agency hace un proyecto navideño todos los años consistente en «adoptar» a un grupo de niños de alguna escuela de Los Ángeles, cada uno de los cuales elabora un recordatorio para un cliente determinado de la CAA.

Él debió de abrir la caja de la CAA la noche de Navidad.

Debió de meter el punto de lectura en cualquier libro que estuviera encima del montón.

Le debían de quedar ciento veinte horas de vida.

¿Cómo habría elegido él vivir aquellas ciento veinte horas?

Bajo el ejemplar de *Cinco días en Londres* hay un ejemplar de la revista *New Yorker* con fecha del 5 de enero de 2004. Un ejemplar

del *New Yorker* con esa fecha se debió de entregar en nuestro apartamento el domingo 28 de diciembre de 2003. El domingo 28 de diciembre de 2003, según la agenda de John, cenamos en casa con Sharon DeLano, que había sido su editora en Random House y en los últimos tiempos era su editora en el *New Yorker*. Debimos de cenar en la mesa de la sala de estar. Según el cuaderno de mi cocina cenamos linguini a la boloñesa con ensalada, queso y una *baguette*. Llegado aquel momento le debían de quedar cuarenta y ocho horas de vida.

La razón de que yo no hubiera tocado nunca el montón de libros era cierta premonición de esta cronología.

«No me veo con fuerzas para esto», me dijo en el taxi de vuelta del Beth Israel Norte aquella noche o la siguiente. Estaba hablando del estado en el que habíamos vuelto a dejar a Quintana.

«No tienes más remedio», le dije en el taxi.

Y llevo desde entonces preguntándome si lo tenía.

21

—Sigue estando preciosa —dijo Gerry mientras él, John y yo dejábamos a Quintana en la UCI del Beth Israel Norte.

—Ha dicho que sigue estando preciosa —dijo después John en el taxi—. ¿Le has oído decirlo? ¿Lo de que sigue estando preciosa? Pero si está ahí toda hinchada y con tubos saliéndole del cuerpo y…

No pudo seguir.

Eso fue en una de aquellas últimas noches de diciembre, pocos días antes de que él muriera. No tengo ni idea de si fue el 26 o el 27 o el 28 o el 29. No fue el 30 porque el 30 Gerry ya se había marchado del hospital para cuando llegamos nosotros. Soy consciente de cuánta energía he dedicado durante los últimos meses a contar esos días y esas horas. En el momento en que él decía en el taxi de vuelta del Beth Israel Norte que nada de lo que había hecho en su vida tenía ningún valor, ¿acaso le quedaban tres horas de vida o le quedaban veintisiete? ¿Acaso sabía las pocas horas que le quedaban, sentía que se estaba yendo, acaso estaba diciendo que no quería marcharse? «No dejes que me coja el Hombre Roto», decía Quintana cuando se despertaba de sus pesadillas, una de aquellas «frases célebres» que John metió en su caja y guardó para usarlas en *Dutch Shea, Jr*. Yo le había prometido que no dejaríamos que la cogiera el Hombre Roto.

Estás a salvo.

Estoy aquí.

Yo me había creído que teníamos aquel poder.

Ahora el Hombre Roto estaba en la UCI del Beth Israel Norte esperándola a ella y ahora el Hombre Roto estaba en aquel taxi esperando a su padre. Hasta con tres o cuatro años, Quintana se había dado cuenta de que en lo tocante al Hombre Roto dependía únicamente de sí misma: «Si viene el Hombre Roto, me subiré a la cerca y no dejaré que me coja».

Ella se subió a la cerca. Pero su padre no.

Yo os digo que no viviré dos días.

Lo que les confiere tanta nitidez a esos días de diciembre de hace un año es su final.

22

> Como nieta que soy de un geólogo, aprendí muy pronto a tener en cuenta la absoluta mutabilidad de las colinas, las cascadas y hasta las islas. Cuando una colina se hunde en el océano, yo veo orden en ello. Cuando un terremoto de 5,2 en la escala de Richter me tuerce la mesa en la que escribo de mi habitación de la casa de la calle donde vivo, Welbeck Street, yo sigo tecleando. Una colina es una acomodación transitoria a la presión, y el ego tal vez sea una acomodación parecida. Una cascada es la corrección de un desajuste de la corriente con respecto a la estructura, y lo mismo, si no me equivoco, es la técnica. La isla misma a la que regresó Inez Victor en 1975 —Oahu, una masa de tierra emergente posterosiva situada en plena cadena montañosa de Hawái — es un elemento geológico temporal, y cada lluvia o temblor de las placas del Pacífico altera su forma y acorta su reinado como Encrucijada del Pacífico. Con esto en mente resulta difícil mantener convicciones definitivas sobre lo que sucedió allí en primavera de 1975, o incluso antes.

Este pasaje pertenece al inicio de una novela que escribí a principios de los años ochenta, *Democracy*. El título se lo puso John. Yo la había empezado como comedia de costumbres familiar con el título *Angel Visits*, una expresión que el *Brewer's Dictionary of Phrase and Fable* define como «interacción placentera de duración breve y ocurrencia muy esporádica», pero cuando quedó claro que el libro iba en una dirección distinta, seguí escribiéndolo sin título. Cuando terminé, John lo leyó y me dijo que debería titularlo *Democracy*. Busqué el pasaje después de que el terremoto de 9.0 en la escala de Richter a lo largo de una sección de mil kilómetros de la zona de subducción de Sumatra desencadenara el tsunami que arrasó partes enteras de la costa que bordea el océano Índico.

No puedo parar de intentar imaginar ese episodio.

No existe ningún vídeo de lo que yo intento imaginar. No hay ni playas ni piscinas inundadas ni vestíbulos de hotel partiéndose como pilares podridos bajo una tormenta. Porque lo que yo quiero ver pasó bajo la superficie. La placa de la India hirviendo mientras golpeaba por debajo a la placa de Birmania. La corriente propagándose sin ser vista por las aguas profundas. No tengo un diagrama de profundidades del océano Índico, pero puedo hacerme una idea general solo con mi globo terráqueo de cartón de Rand McNally. Setecientos ochenta metros frente a la costa de Banda Aceh. Dos mil trescientos entre Sumatra y Sri Lanka. Dos mil cien entre las islas Andamán y Tailandia y luego la profundidad se va reduciendo gradualmente hacia Phuket. El instante en que el frente de avance de la corriente invisible fue ralentizado por la plataforma continental. La acumulación del agua cuando el fondo de la plataforma empezó a vaciarse.

Tal como era en el principio, así es y será siempre, mundo sin fin.

Hoy es 31 de diciembre de 2004, un día y un año más tarde.

El 24 de diciembre, Nochebuena, me vino gente a cenar a casa, igual que nos había venido a John y a mí la Nochebuena del año anterior. Me dije a mí misma que lo estaba haciendo por Quintana, pero también lo estaba haciendo por mí misma, había jurado que no me pasaría el resto de mi vida como un caso especial, una invitada, alguien que no podía funcionar ella sola. Encendí la chimenea, prendí las velas y coloqué los platos y los cubiertos en una mesa de bufet en el comedor. Puse unos discos compactos: Mabel Mercer cantando a Cole Porter, Israel Kamakawiwo'ole cantando «Over the Rainbow» y una pianista de *jazz* israelí llamada Liz Magnes tocando «Someone to Watch Over Me». John había estado sentado una vez al lado de Liz Magnes en una cena en la misión israelí y después ella le había mandado el CD, un concierto de Gershwin que había dado en Marrakesh. Gracias a su capacidad para evocar veladas de copas

en el hotel King David de Jerusalén durante el período británico, aquel CD le había resultado espectralmente interesante a John, una reverberación más de la Primera Guerra Mundial. Se refería a él como «la música del Mandato». La noche de su muerte lo tuvo puesto mientras leía antes de la cena.

Sobre las cinco de la tarde del 24 me pareció que no podía afrontar la velada, pero cuando llegó el momento la velada se ocupó de ella misma.

Susanna Moore mandó guirnaldas de flores desde Honolulú para su hija Lulu, para Quintana y para mí. Nos las pusimos. Otra amiga trajo una casa de pan de jengibre. Había muchos niños. Puse la música del Mandato, aunque el nivel de ruido era tan alto que no la oyó nadie.

La mañana del día de Navidad retiré los platos y los cubiertos y por la tarde fui a Saint John the Divine, donde había básicamente turistas japoneses. Siempre había turistas japoneses en Saint John the Divine. La tarde en que Quintana se había casado en Saint John the Divine había turistas japoneses sacando fotos mientras Gerry y ella se alejaban del altar. La tarde en que colocamos las cenizas de John en la capilla anexa al altar principal de Saint John the Divine, un autocar turístico japonés se había incendiado y había ardido delante de la iglesia, una columna de humo elevándose de la avenida Amsterdam. El día de Navidad, la capilla anexa al altar principal estaba cerrada por culpa de las obras de reconstrucción de la catedral. Un guardia de seguridad me acompañó adentro. La capilla estaba vacía y dentro solo había andamios. Agaché la cabeza bajo los andamios y encontré la placa de mármol que tenía el nombre de John y el de mi madre. Colgué la guirnalda de flores de una de las varas metálicas que sujetaban la placa de mármol a la bóveda, salí de la capilla para regresar a la nave y cogí el pasillo principal en dirección al enorme rosetón.

Caminé con la vista clavada en el rosetón, medio cegada por su resplandor pero decidida a mantener la mirada fija hasta captar ese momento en que el rosetón cada vez más cercano parecía estallar

de luz y llenaba todo mi campo de visión del color azul. Aquel rosetón había tenido un papel en la Navidad de las plumas Buffalo y el despertador negro y fino y los fuegos artificiales por todos los barrios de Honolulú, la Navidad de 1990, la Navidad en que John y yo habíamos estado haciendo la reescritura relámpago de la película que nunca llegaría a filmarse. Habíamos situado el desenlace de la película en el campanario (el protagonista es el único que se da cuenta de que el artefacto explosivo está en Saint John the Divine y no en las torres del World Trade Center), y habíamos hecho estallar al tipo que no sabía que lo llevaba a través del enorme rosetón. Aquella Navidad habíamos llenado la pantalla de azul.

Mientras escribo esto, me doy cuenta de que no quiero terminar esta crónica.

Y tampoco quiero terminar el año.

La locura se está alejando, pero no hay ninguna claridad que venga a ocupar su lugar.

Busco resolución, pero no la encuentro.

No quiero terminar el año porque sé que a medida que pasen los días, a medida que enero se convierta en febrero y febrero dé paso al verano, pasarán ciertas cosas. La imagen que tengo de John en el instante de su muerte se volverá menos inmediata y menos cruda. Se convertirá en algo que pasó en un año distinto. Mi noción del mismo John, de John vivo, se volverá más remota, más «difusa», desdibujada, transmutada en lo que sea que sirva mejor para vivir sin él. De hecho, ya está empezando a pasar. Llevo todo el año guiándome por el calendario del año pasado: ¿qué estábamos haciendo este mismo día el año pasado? ¿Dónde cenamos? ¿Hoy hace justo un año no estábamos volando a Honolulú después de la boda de Quintana? ¿Hoy hace justo un año no estábamos volviendo de París? ¿*No fue hace justo un año*? Hoy me he dado cuenta por primera vez de que en mi recuerdo de este mismo día del año pasado no está John. Porque este mismo día del año pasado era 31

de diciembre de 2003. John no llegó a ver este mismo día del año pasado. John estaba muerto.

Estaba cruzando Lexington Avenue cuando se me ha ocurrido.

Sé por qué intentamos mantener con vida a los muertos: intentamos mantenerlos con vida para tenerlos con nosotros.

También sé que si queremos seguir vivos llega un momento en que tenemos que dejar ir a los muertos, dejarlos ir, dejarlos muertos.

Dejar que se conviertan en la fotografía de la mesa.

Dejar que se conviertan en el nombre de las cuentas fiduciarias.

Dejar que se los lleve el agua.

Saber esto no hace que me resulte más fácil dejar que se lo lleve el agua.

De hecho, hoy en Lexington Avenue la idea de que nuestra vida juntos será cada vez menos el centro de mi día a día me ha parecido una traición tan flagrante que he perdido toda noción del tráfico que venía.

Pienso en el hecho de haber dejado la guirnalda de flores en Saint John the Divine.

Un recuerdo de aquella Navidad en Honolulú en que llenamos la pantalla de color azul.

Durante los años en que la gente seguía yéndose de Honolulú con los barcos de la línea Matson, la costumbre en el momento de marcharse era tirar guirnaldas de flores al agua, a modo de promesa de que el viajero regresaría. Las guirnaldas se quedaban atrapadas en la estela del barco y se quedaban todas marrones y estropeadas, igual que las gardenias atrapadas en el filtro de la piscina de la casa de Brentwood Park se quedaron marrones y estropeadas.

La otra mañana al despertarme intenté acordarme de cómo habían estado distribuidas las habitaciones de la casa de Brentwood Park. Me imaginé recorriendo las habitaciones, primero las de la planta baja y luego las de arriba. Ese mismo día me di cuenta de que me había olvidado de una.

La guirnalda que dejé el otro día en Saint John the Divine ya debe de estar marrón.

Las guirnaldas se ponen marrones, las placas tectónicas se mueven, las corrientes profundas avanzan, las habitaciones se olvidan.

Volé a Indonesia, a Malasia y a Singapur con John, en 1979 y en 1980.

Algunas de las islas que había allí por entonces ahora ya no estarán, en su lugar habrá simples bajíos.

Me acuerdo de cuando entraba nadando con él en la cueva de Portuguese Bend, entre el oleaje de las aguas transparentes, en la forma en que este cambiaba, en la rapidez y el empuje que ganaba cuando se estrechaba por entre las rocas de la base del cabo. La corriente tenía que ser la adecuada. Teníamos que estar en el agua en el momento mismo en que había la corriente adecuada. No pudimos hacerlo más que media docena de veces como mucho durante los dos años que vivimos allí, pero es lo que recuerdo. Cada vez que lo hacíamos a mí me daba miedo que perdiéramos la corriente de regreso, que nos quedáramos rezagados, que calculáramos mal. John nunca tenía miedo. Había que sentir el cambio del oleaje. Había que seguir aquel cambio. Me lo dijo. No hay nada contemplando al gorrión, pero él me lo dijo.

JOAN DIDION (Sacramento, 1934). Es novelista y periodista. Graduada por la Universidad de Berkeley en California, comenzó trabajando en la revista *Vogue*, donde fue editora y crítica de cine. Ha sido colaboradora habitual de *The New York Review of Books*. Junto a su marido, John Gregory Dunne, escribió también guiones cinematográficos. Es autora de las novelas *Run River, Play It as It Lays, Book of Common Prayer, Democracy* y *The Last Thing He Wanted*, de un libro de memorias, *Where I Was From*, y de diversos libros de ensayo sobre la cultura y la política norteamericanas, una selección de los cuales se incluyen en *Los que sueñan el sueño dorado. El año del pensamiento mágico* fue ganadora del National Book Award y finalista del Premio Pulitzer y del National Book Critics Circle Award, y tuvo un gran éxito de crítica y ventas. Didion publicó luego *Noches azules*, donde profundiza sobre la vida y la muerte de su hija.